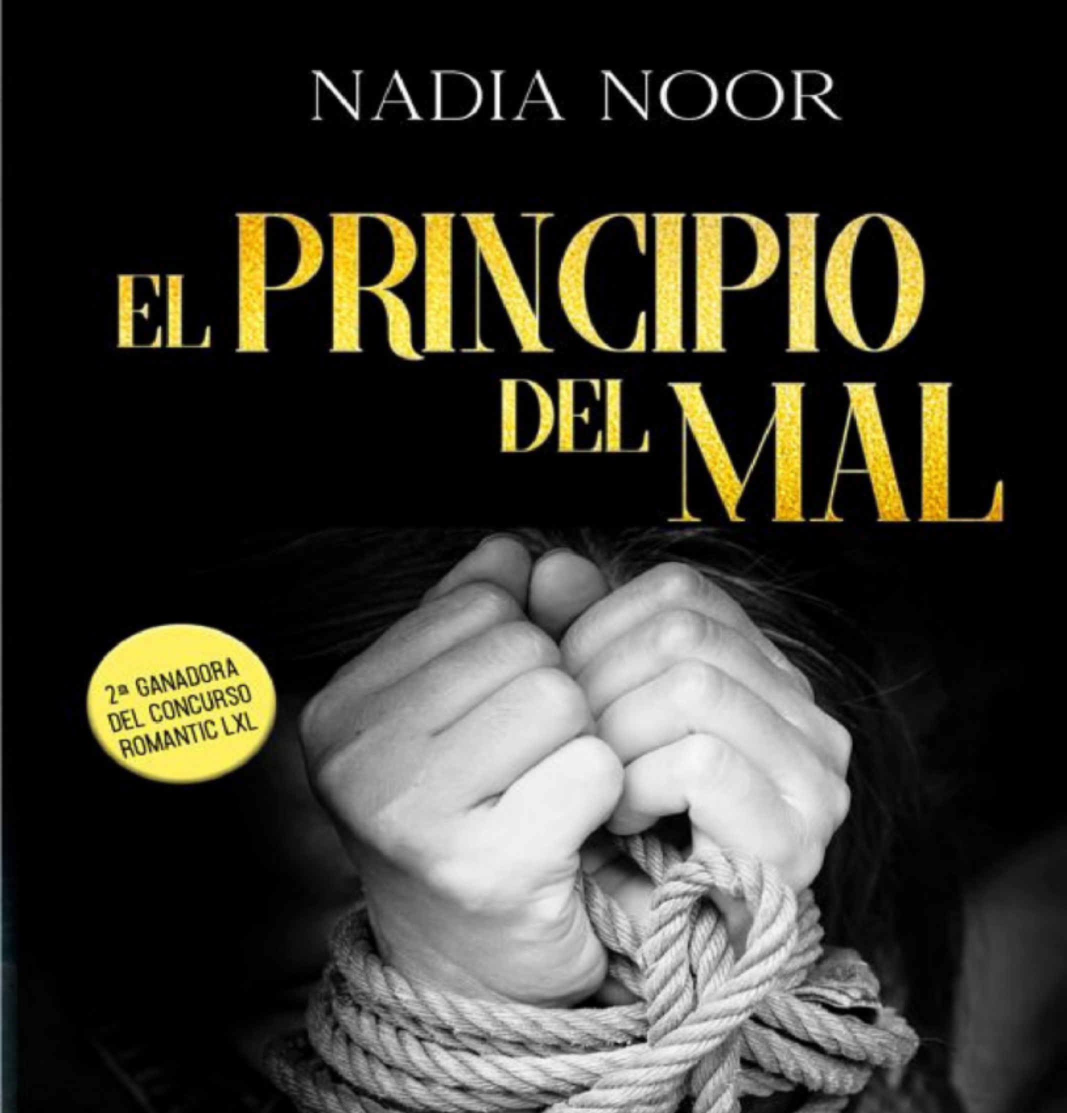
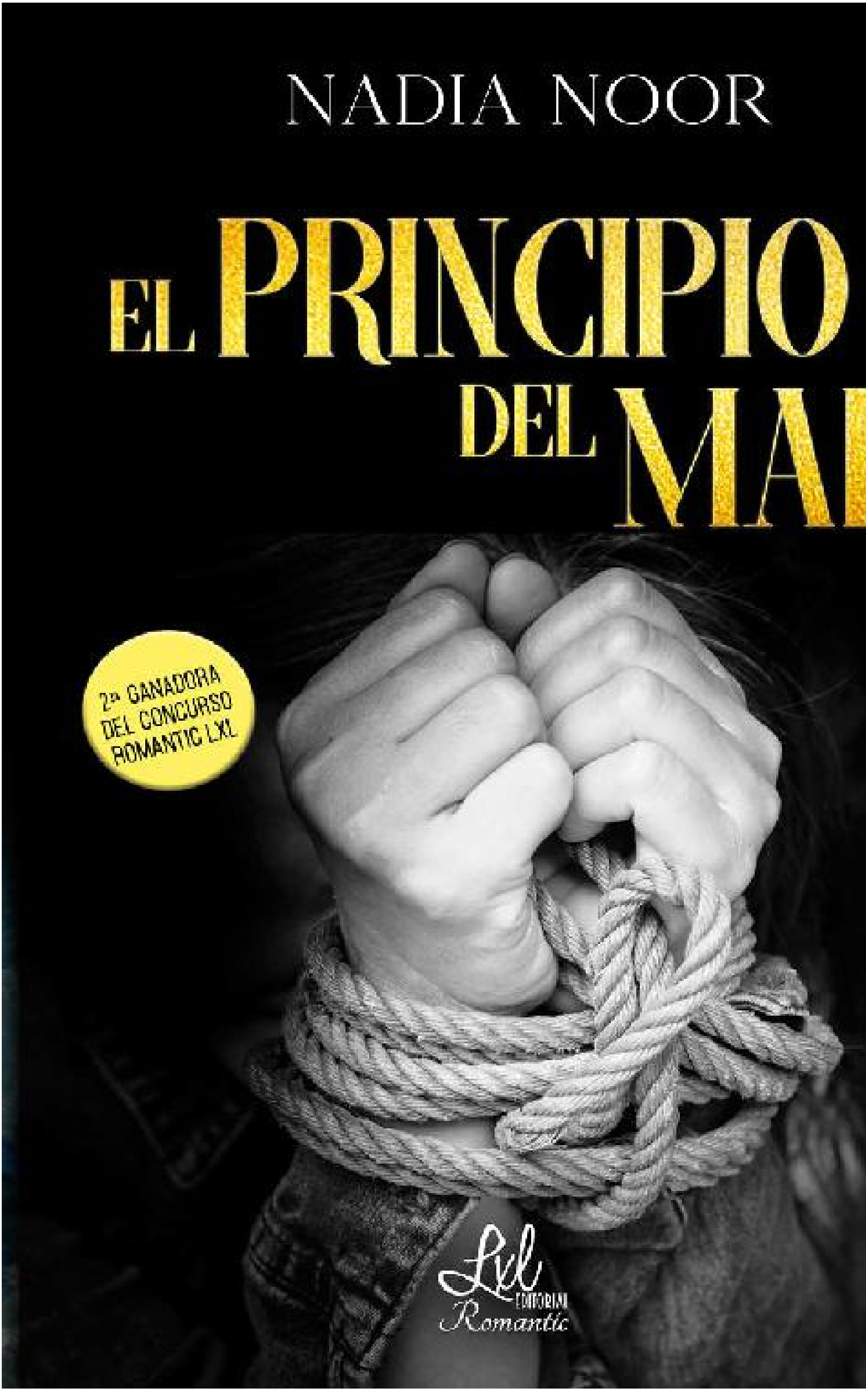

NADIA NOOR
EL PRINCIPIO DEL MAL
2ª GANADORA DEL CONCURSO ROMANTIC LXL
LxL EDITORIAL Romantic


NADIA NOOR
EL PRINCIPIO
DEL MAL
2ª GANADORA
DEL CONCURSO
ROMANTIC LXL
LxL
EDITORIAL
Romantic

El principio
del mal

El principio del mal
Nadia Noor

1.ª edición: Septiembre 2018
Copyright
© Nadia Noor 2018
© Editorial LxL 2018
© Sello Romantic
www.editoriallxl.com
dirección@lxleditorial.com
ISBN: 978-84-17516-49-9
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CÓDIGO PENAL).
Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.
Diseño cubierta – LxL Editorial
Maquetación – LxL Editorial

A Ben, mi compañero de vida.
Gracias por comprender mi pasión.

Agradecimientos

Esta novela tiene como base una vivencia personal. El verano del año 2017 viajé a la República Dominicana, un país maravilloso que me sirvió de inspiración para escribir este libro. Quedé enamorada de la alegría, de la gente y de la belleza del paisaje.

Hice una excursión a la selva, por lo que «Moreno», el caballo que aparece en el libro, existe en la realidad, y también el guía llamado «Papá George». El viaje a la cascada y algunos otros lugares descritos en la novela son reales, el resto de los personajes y acontecimientos son ficción.

Por todo ello quiero dar las gracias a este maravilloso país y a su gente por ser mi fuente de inspiración. Espero poder regresar algún día.

No puedo no mencionar a mi familia que apoya mi pasión y me da el espacio necesario para poder escribir. Quiero agradecer a mi hermosa Bianca todo su entusiasmo y el hecho de ser mi fuente de inspiración para el nombre de la protagonista.

A mi editorial, por apostar por esta novela y otorgarle el segundo premio de novela romántica, y en especial a Angie, mi editora.

A todos mis seguidores de Instagram y Facebook, gracias infinitas por todos los likes, palabras de cariño, corazones y comentarios. Sin vosotros este sueño sería menos emocionante.

A mi amiga Annia, por ayudarme con la traducción de las frases en polaco, y a mí querido Fransy, por saber ser crítico conmigo cuando lo necesito.

A todos los lectores que decidan dar una oportunidad a esta novela, ¡un gracias enorme! Vosotros sois el alma de las historias.

Primera parte
Max

1

Max estiró la manga de su almidonada camisa y miró de soslayo su caro reloj suizo. Unas ganas salvajes de gritar se apoderaron de todo su ser al ver lo tarde que era. No quería retrasarse ese día. Se removió inquieto en la silla y posó su mirada impaciente sobre el presidente del bufete de abogados en el que trabajaba. Hans Hecht, su jefe, era un hombre entrado en los sesenta, de escaso cabello rubio y avispados ojos azules. Su pasión por la comida basura y la cerveza habían dejado señales visibles alrededor de su cintura que parecía un balón hinchado a punto de explotar.

—Señores, no podemos relajarnos. Nuestro bufete es uno de los más prestigiosos de la ciudad pero, si seguimos perdiendo juicios, nuestra reputación caerá por los suelos y perderemos a los clientes más importantes. —Juntó las manos en actitud reflexiva y analizó a los miembros del consejo con mirada crítica.

Un repentino silencio se instauró en la sala al tiempo que, los dieciséis abogados que formaban el famoso bufete Bo&Nex, clavaban la vista en la superficie lustrosa de la mesa de juntas. Era de sobra sabido que Hecht nunca estaba satisfecho con los resultados obtenidos, por excelentes que estos fuesen, y ante esa conocida realidad, la mejor forma de librarse de sus sermones era el silencio. En ocasiones, llegaba a ser cruel y disfrutaba humillando a sus empleados en público. Los segundos cargados de tensión pasaron con lentitud mientras, de fondo, se escuchaban las nerviosas respiraciones de los abogados.

—Bien. Vuestra actitud me dice que estáis arrepentidos. —Dieciséis pares de ojos se miraron entre sí con optimismo porque, la parte en donde los trabajadores se arrepentían de sus fracasos, era la que cerraba la agotadora reunión mensual del bufete.

Sin embargo, el señor Hecht se levantó de su silla con dificultad y su frente arrugada indicaba que no se había quedado a gusto, todavía. Quería más, necesitaba arrancar trozos de almas inocentes y asustadizas para su regocijo interior. Así que, para la desesperación de los asistentes, no dio la reunión por finalizada, sino que abrió una carpeta y comenzó a criticar con crueldad los resultados pocos atractivos de sus empleados.

Max sentía la impotencia recorriendo sus venas y la necesidad de comunicarse con Bianca se le hizo imperiosa. Sabía que Hans desaprobaba con vehemencia el uso de los móviles en las juntas, pero decidió arriesgarse de igual modo. Agarró con cuidado su teléfono y comenzó a escribir, por debajo de la mesa, con dedos febriles, un mensaje a Bianca. Ese día cumplían un año de casados y le había prometido llegar a tiempo para cenar. Se aseguró de no tener encima los astutos ojos del jefe y envió el mensaje, sintiéndose como un estudiante de primaria, en vez de como el reputado abogado entrado en la treintena que era. Palpó con la mano el bolsillo de su chaqueta para guardar el móvil, aunque antes de que pudiese finalizar ese gesto tan simple,

sintió posarse sobre él la mirada inquisitiva de Hecht. Un sudor frío le traspasó la columna vertebral y, de pronto, se resbaló el *smartphone* de los dedos para terminar sobre la escurridiza superficie de la mesa. No pudo evitarlo y presenció impotente cómo el ruido que hizo el móvil al caerse se extendió por toda la sala. El sepulcral silencio se vio alterado, y las miradas de los presentes se posaron sobre aquel pequeño aparato que daba volteretas sobre el mármol reluciente, ajeno a la terrible tormenta que estaba a punto de formarse.

—Señor Trent, se le ha caído el móvil —le dijo Hans con voz cortante, mientras sus brillantes zapatos se paraban al lado del aparato cuando este, al fin, terminó en el suelo. El temible hombre se agachó con dificultad y lo recogió con sumo cuidado—. Tome, espero que la urgencia que ha tenido fuera importante. —Alargó la mano hacia un pálido Max, que rebuscaba, con desesperación, dentro de su cerebro algo coherente que decir.

Había sido pillado *in fraganti* y, ante eso, poco podía alegar en su defensa. Los dedos le temblaron ligeramente al disponerse a recuperar el móvil y las oleadas de pánico comenzaron a agitarse en su interior. Se sentía estúpido y aterrorizado al mismo tiempo, y la sensación de ser un estudiante de primaria volvió a apoderarse de él.

«Joder, Max. Deja de tenerle miedo a este capullo. Solo has enviado un estúpido mensaje de dos líneas, no has cometido un crimen».

Su lucha interior dejó señales visibles en su cara y, ante ese azoramiento, Hecht se creció:

—Espero no haber entorpecido sus planes, señor Trent. —Posó sobre Max una mirada expectante.

—No… yo… lo siento —logró articular un nervioso Max, al tiempo que observaba cómo la pantalla del móvil se iluminaba, y la cara adorable de Bianca hacía acto de presencia en las regordetas manos de su jefe. Alargó los dedos para hacerse, de una vez por todas, con su teléfono, antes de que Hans se diese cuenta de la llamada. No obstante, fue mucho pedirle al universo aquella pequeña muestra de piedad, puesto que Hecht divisó la pantalla iluminada y se quedó mirándola un rato.

—Le está llamado su mujer… cójalo, puede que sea algo importante. Me imagino que no le habrá contado aún el mal bache profesional por el cual está pasando, ¿no?

Max se quedó, literalmente, con la boca abierta al escuchar aquellas palabras envenenadas. ¿Que él pasaba un bache profesional? ¿Desde cuándo? Si era uno de los abogados más eficientes y temidos por sus oponentes en los tribunales. Una bola de furia comenzó a deslizarse en su interior mientras se mordía la lengua para no dar muestra de la indignación que sentía en ese instante.

«Calma, Max, no alimentes la furia del dragón, que será peor. Mantén la boca cerrada un par de segundos más y todo habrá acabado».

Sin embargo, no fue así. Su silencio animó a Hans, que encontró en esa

pequeña confrontación un alivio a su amargura y siguió cargando en su contra con maldad.

—Al fin y al cabo, ella no sabe que usted es un incompetente que ha perdido dos juicios este mes. ¡Dos! No uno, ¡dos!

Max escupió una cadena de palabrotas en su mente y agarró, con rabia, el móvil de las manos de su jefe como punto final. Pulsó enfadado la tecla para rechazar la llamada de su esposa y se levantó de su silla con brusquedad. La furia se había desatado de forma irremediable en su interior y la necesidad de liberarla se hizo apremiante. Había sido comedido y paciente, pero su orgullo y su ego masculino no podían permitir ni un segundo más de humillación.

«¡Al demonio con todo! Si mis siete años de duro trabajo en este despacho están a punto de finalizar, pues que así sea», se dijo así mismo, al tiempo que recogía su maletín con gesto tenso.

—Señor Hecht, está usted en lo cierto. Se trata de una emergencia y debo irme. Sin embargo, antes de hacerlo, necesito aclararle algunas cosas. No sé si se ha dado cuenta, pero son las nueve y cuarto de la noche. Nuestra jornada laboral finaliza a las seis. Si hacemos un cálculo matemático, rápido y sencillo, nos sale que hace más de tres horas que nuestras familias deberían de haber sabido algo de nosotros. —Se aflojó el apretado nudo de su corbata e inspiró profundamente—. Somos un equipo de gente responsable. No es necesario que nos martirice y humille. Sabemos que no podemos permitirnos perder juicios, pero… ¡Demonios! somos seres humanos, no máquinas. Hacemos todo lo posible para cumplir los objetivos y dejar a este bufete en buen lugar. Y creo que, hasta ahora, lo hemos logrado, aun cuando usted no encuentra nunca necesario comentarlo, ni mucho menos felicitarnos. Nos ganamos el pan y soportamos sus sermones, porque nos paga bien y nuestras hipotecas son desmesuradas, pero por mi parte, esto se acabó.

»No puedo seguir trabajando para alguien que pisotea mi dignidad y me humilla en público cada vez que tiene ocasión. —Dejó el maletín caer sobre la superficie negra de la mesa con gesto enfadado—. Me rindo. Recogeré mis cosas y me iré a mi casa, donde mi esposa me espera ansiosa para celebrar nuestro primer aniversario de casados. Para usted, tal vez carezca de valor, pero para mí significa mantener una promesa. Esta mañana, al salir de casa, le prometí que llegaría a una hora decente. No me mire como si me hubiesen salido cinco cabezas, sé perfectamente lo que digo. A partir de mañana, buscaré otro empleo y me aseguraré de que valoren mi trabajo y a mí como persona. Jamás permitiré a nadie que me vuelva a tratar de la forma en la que lo ha hecho usted.

La cara de Hans sufrió una completa metamorfosis y su expresión engreída, de segundos atrás, se tornó roja y contraída. Sus ojos chispeaban y su respiración afanada indicaba lo alterado que estaba.

El genio de Max se sintió liberado después de años y años de encorsetamiento y contención. Recorrió con la vista a sus quince compañeros

que lo observaban con miradas asombradas.

—Estoy seguro de que algunos de mis colegas se están aguantando las ganas de mear y no se atreven a pedir permiso para ir al baño. Puede que esa pequeña observación final le haga reflexionar, o puede que no.

Se dio la vuelta con intención de marcharse cuando, de repente, notó la mano firme de su jefe sujetando su antebrazo.

—¿Señor Trent, se encuentra usted bajo los efectos de alguna sustancia? —le preguntó Hecht con la cara crispada y enrojecida.

Max mostró una sonrisa desprovista de humor. Relajó la expresión tensa de su rostro y se encaminó con paso decidido hacia la puerta.

—No, de hecho, me encuentro mucho mejor de lo que debería. Adiós, señor, considere mi renuncia como definitiva. —Una expresión de triunfo se dibujó en su semblante, y su mirada almendrada observó por primera vez a su jefe de frente—. Compañeros, un placer, nos veremos por ahí.

—No tan rápido —le pidió Hans en un tono peligrosamente calmado al tiempo que se agachaba y sacaba un folio de un cajón. Se lo puso delante y le apremió con la mirada—. Para mí una renuncia definitiva siempre va acompañada de una firma. Ya sabe, gajes de oficio. Si quiere que la considere definitiva, fírmela.

El entusiasmo de Max disminuyó un poco al recordar la cantidad de veces que había visto empleados engañados por firmas rápidas y poco aconsejadas. El sepulcral silencio pedía a gritos un movimiento por su parte. Se sintió arrinconado porque, aun cuando su intención era marcharse, le hubiera gustado finalizar su relación laboral con el bufete de otra manera. La mirada complacida de Hans le hizo reaccionar. No, no le daría el gusto de verlo derrotado. Para bien o para mal, los dados estaban lanzados. Cogió el boli y estampó su firma con mucho ímpetu.

—Aquí la tiene. No sufra. —Se la tendió con gesto relajado. —Es usted un auténtico cabrón.

Max no esperó ver la reacción que produjeron sus últimas palabras y salió de la sala de juntas poseído de una creciente euforia. Sentía su cuerpo liberado, como si acabase de quitarse de encima varias cadenas. Tras dar un par de zancadas, se paró en medio del pasillo y, la realidad de lo que acababa de hacer, se hizo evidente. Su reciente hazaña se podía resumir en dos partes: se había enfrentado al jefe del prestigioso bufete Bo&Nex y, como consecuencia, se había quedado sin trabajo. Se apoyó en una pared para serenar una enorme ola de arrepentimiento.

«Dios, no tenía que haber hecho esto».

Se palpó la cara para cerciorarse de que no estaba soñando y el sudor frío de su frente confirmó su temor, en efecto, no lo estaba. Un carraspeo le sobresaltó y se topó con la mirada sorprendida de Sara, la secretaria de Hans.

—Señor Trent, ¿se encuentra usted bien? Tiene mala cara. —Se acercó a él y le tocó el hombro en actitud compasiva.

Max asintió levemente con la cabeza y comenzó a dar pequeños pasos

en dirección a la salida. Mientras intentaba alcanzar el ascensor, la astronómica cifra de su hipoteca comenzó a pasearse por delante de su mirada perdida. ¡Joder! ¿Qué es lo que acababa de hacer? Bianca era enfermera, su sueldo apenas llegaba a mil ochocientas libras al mes y unas cuatrocientas se iban para la letra de su coche. ¿Cómo pagarían todos los gastos a partir de ahora?

«Max Trent, eres un buen abogado, no, que digo bueno, eres uno de los mejores de la ciudad. En dos días estarás instalado en un nuevo despacho, donde te darán un buen trato y serás feliz».

Con los ánimos renovados, pulsó el botón del ascensor y esperó impaciente a que llegase. Escuchó la puerta de la sala de juntas abrirse y un zumbido de voces llegó hasta a él. No quería volver a cruzarse con su exjefe ni con sus compañeros. Le harían preguntas, y con seguridad, pensarían que su reciente locura se debía al hecho de que ya tenía una oferta de trabajo sobre la mesa. Nadie en su sano juicio dejaría, en plena crisis económica, un prestigioso despacho para quedarse en el aire.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia las escaleras, puesto que el ascensor tardaba en llegar. A sus espaldas, escuchó a Hans Hecht gritar:

—¡Señor Trent, búsquese otro oficio! ¡En esta ciudad, nadie le dará trabajo de abogado! —Unas carcajadas forzadas acompañaron su desplante—. No lo tome como una amenaza, tómeselo como un hecho.

Max aceleró el ritmo de sus pasos y no paró hasta entrar en el garaje. Su potente BMW de color blanco le esperaba silencioso, ajeno a su drama personal. Acarició el relieve de su moderna carrocería al tiempo que se preguntaba si podría seguir pagando las letras cada mes. Sonrió con amargura y se acomodó en su confortable asiento de cuero beige. A pesar del hervidero de su cerebro, no pudo no sentirse liberado. Cayó en la cuenta de que había sido prisionero de sus propios deseos. Se había encerrado en una terrible trampa mortal y, lo peor de todo, era que lo había hecho de forma inconsciente. La misma vida que le había concedido una mente privilegiada y ganas de superación, le había anclado dentro de un círculo vicioso. Nada más acabar su carrera de Derecho, comenzó a tener sueños caros: un coche moderno, un *loft* en la mejor zona de la ciudad, ropa estilosa y elegante, restaurantes minimalistas y una novia bonita a la que quiso impresionar con regalos exclusivos.

Max Trent provenía de una familia humilde, que se ganaba la vida trabajando en el modesto negocio familiar, una panadería. Residían en un apartamento pequeño situado en un barrio obrero del sur de Manchester. El olor a pan recién hecho traspasó el fino velo de los recuerdos y Max suspiró confundido. Toda su vida había huido de lo humilde, de la vida anónima y aburrida, de la gente simple y sin aspiraciones. Siempre había deseado ser alguien importante. Y lo había logrado, pero ¿a qué precio?

Vivía en una excelente barriada de Manchester, conducía un coche de gama alta y se había convertido en un prestigioso abogado. Tras muchas

aventuras con chicas despampanantes, había conseguido enamorarse. La mujer que su corazón había elegido, Bianca, era todo lo que un hombre podría desear: pequeña y bien proporcionada, de rasgos dulces y personalidad encantadora. Sin embargo, Max no disponía de tiempo para gozar de lo que tenía. Llegaba a casa tarde, demasiado estresado y cansado para disfrutar. Muchas veces pisaba su hogar de noche y volvía a salir de madrugada. A Bianca la veía entre un suspiro y otro, y su importante carrera se reducía a citas y reuniones con gente sin escrúpulos. Defendía a defraudadores, personas influyentes que se dedicaban a burlar la ley… y los ayudaba a librarse de las consecuencias de sus actos. Y lo hacía para permanecer en el mismo círculo vicioso que le llevaba a todas partes y, al mismo tiempo, a ninguna.

Dejó descansar la cabeza en sus manos para calmar su agitada mente. Se sentía liberado y, a la vez, preso. Comprendió que su subconsciente estaba aterrado ante los cambios que se avecinaban. Había abandonado la zona de *confort* y, a partir de ese momento, sus pies pisarían tierras movedizas. No sabía qué esperar de esa nueva vida que se desplegaría delante de él. ¿Y Bianca? ¿Lo entendería? Por primera vez, desde que inició su particular huelga personal, se paró a pensar en ella. Era una mujer simple, de gustos sencillos, dulce y muy comprensiva. En el caso de que tuviesen que mudarse del ático no se sentiría defraudada. Bianca lo apoyaría. No obstante, una vocecita envenenada sembró la duda en su corazón. ¿Seguro? Es fácil aparentar ser sencillo cuando lo tienes todo.

Recordó el día que la vio por primera vez. Bianca acudió al bufete Bo&Nex, junto a dos enfermeras más, como consecuencia de una campaña nacional de donación de sangre. Hans no aprobaba las interrupciones laborales, pero le gustaba aparentar bondad y generosidad delante de los demás, por lo que obligó a todos los empleados a ir a la sala de juntas para donar.

Max fue malhumorado, puesto que las agujas le daban pavor. Se sentó en un sillón incómodo y dejó reposar el brazo sobre este en actitud crispada. No le gustaban los pinchazos, ni las agujas, ni el olor a desinfectante.

La enfermera que tenía la tarea de agujerearle el brazo era menuda y vestía un impecable uniforme blanco. Sin saber por qué le analizó las muñecas y, al ver que eran estrechas y delicadas, se tranquilizó. Un repentino e inexplicable deseo de ser tocado por aquellas manos, le recorrió de arriba abajo. Ella, ajena a sus desvaríos mentales, se acercó y le sonrió con calidez. Una de esas sonrisas que uno sabe, desde un principio, que dejarán huella en su mundo interior. Cuando le miró fijamente a los ojos, el corazón de Max dio un vuelco y su mirada almendrada se perdió en las profundidades verdes de ella.

—¡Hola! Soy Bianca, encantada. —Le tocó el hombro en actitud amistosa y añadió—: Prometo no sacarte más sangre de la necesaria.

—¿Y cu… cuánto es eso? —balbuceó. Los ojos del abogado se

agrandaron y los hombros se tensaron de forma evidente.

—Una bolsa de 450cc —le aclaró ella sacando a relucir una voz dulce y aterciopelada—. Algo así como seis tubos, de los que ves que tengo aquí delante. —La joven le enseñó un frasco delgado de cristal.

—¿Seis tubos? Me parecen muchos.

Ella se limitó a sonreírle condescendiente y acto seguido, desabrochó el botón del puño de Max y comenzó a rular la manga de su camisa hacia el codo. El recorrido de sus dedos sobre la piel de su brazo le supo delicioso. Tan suave y tan deseable. Dejó de estar en guardia, relajó la expresión de su rostro y le mostró una de sus armas más letales: su sonrisa. Ella parpadeó alarmada, se giró bruscamente y cogió una cinta de caucho con la que rodeó el brazo bien formado de Max. Cogió un poco de algodón y lo impregnó en alcohol sanitario. Recorrió el brazo desnudo de él con los dedos, y cuando localizó el pulso enloquecido de Max, se paró y comenzó a frotar sobre el mismo. Un mechón sedoso se escapó de su coleta, y el joven abogado la miró embelesado, deseando poder recolocárselo detrás de la oreja. Jamás había pensado que encontraría una extracción de sangre tan sexy y excitante. Cayó en la cuenta, sobrecogido, que la combinación de todo lo que ella le hacía, le provocaba una creciente excitación.

«Max, no. No puedes empalmarte ahora mismo, cretino», se reprendió al notar su miembro despertar de una forma más que evidente. La aparición de la temible aguja hizo que su potencia bajara en intensidad y que el corazón le diese otro vuelco. Se aguantó las ganas de salir corriendo y dejó de respirar cuando observó la terrorífica cabeza de la aguja traspasar la piel de su brazo.

—Tranquilo, será solo un momento. Relaja el brazo, por favor. —El timbre suave de su voz consiguió calmarlo y, al mismo tiempo, inquietarlo. Se preguntó sorprendido cómo viviría a partir de ese día sin escuchar aquella dulce voz. Y en ese glorioso instante, Max decidió que, algún día, él se casaría con esa chica.

Cuando la extracción hubo finalizado, se incorporó un poco y al encontrarse en su campo visual la bolsa de sangre, sintió que desfallecía allí mismo. Una suave caricia en la mejilla le hizo ver estrellas de placer. Nunca antes una simple caricia le había sabido tan placentera. No, no se casaría algún día con esa chica, se casaría lo antes posible con ella.

Unos repentinos golpes en la ventanilla del coche, le sobresaltaron haciendo que olvidase sus recuerdos. Levantó la cabeza y se encontró a Mary, su compañera de despacho. No deseaba hablar con nadie, además se había hecho tardísimo, eran casi las diez de la noche, pero sus buenos modales le impidieron no atenderla. Abrió la ventanilla y se esforzó en mostrarle una sonrisa de cortesía.

—Hola, Mary.

—Max, tío, ¿te encuentras bien? —La mirada preocupada de su colega le escrutaba con atención—. Dios, no te imaginas la que has montado.

Después de que te marcharas, pensé que Hecht nos comería de uno en uno, no sabes qué cara de asesino traía. —Sonrió sin humor.

—Si no te importa, no quiero hablar de Hans ni de nada de lo que haya ocurrido en el bufete. Estoy cansado y… Bianca debe de estar muy enfadada, hoy es nuestro aniversario. Tengo que irme.

—Menudo día, entonces. Bueno, sé que no es un buen momento, pero tengo que pedirte un favor, ¿me puedes llevar? Thomas me acaba de llamar para decirme que el coche no arranca y tardaría un año en metro. ¡Por favor! Prometo no abrir la boca durante el trayecto.

La expresión de Max se suavizó. No era un buen momento para nada, pero comprendió que, ante cualquier calamidad, el curso de la vida seguía inalterado. Su mundo entero se estaba tambaleando a punto de desmoronarse, aunque, en otra parte de la ciudad, el coche de Thomas se había estropeado y su mujer no podía llegar a casa. Mary formaba parte de su círculo íntimo, pues era la esposa de su mejor amigo. De ninguna manera la dejaría tirada. Abrió la puerta del copiloto y la invitó entrar. Arrancó el vehículo y con rapidez se perdieron en la oscuridad de Manchester.

2

Un pitido rítmico y algo molesto provocó que Max despertara. Hizo varios intentos para despegar los párpados, pero para su sorpresa, no lo consiguió. Se llevó la mano a la cara y notó que su dedo menique arrastraba un objeto sujeto a una correa. Apartó un hilo de plástico a un lado y consiguió llevarse una mano al rostro. Se palpó los ojos cerrados y comprobó que tenía un vendaje pegado sobre ellos. Procuró incorporarse, sin embargo, no consiguió moverse siquiera. Asustado, trató de hacer memoria. Estaba claro que debió haber sufrido algún tipo de accidente, puesto que sentía las manos y las piernas muy pesadas. Agudizó los sentidos y se preguntó qué fue lo último que había hecho. A causa de la concentración, arrugó la frente y, como consecuencia, sintió unos fuertes pinchazos en el cráneo. Lo último… lo último… fue… ¡El despido! Una cascada de emociones se desató en su interior y recordó haberse sentido aliviado, arrepentido y asustado. Toda esa mezcla de sentimientos le pudo haber dejado medio atolondrado, pero no hasta el punto de tener las piernas inmovilizadas y los ojos cubiertos de vendaje. ¿Qué era lo que había hecho después? Mary había subido a su coche y él había puesto rumbo en dirección a la casa de ella.

—¡No! ¡El coche! ¡Los faros y el choque! ¡No! —chilló atormentado mientras un estridente pitido comenzaba a sonar con fuerza en su cabeza. La rotura de un cristal y los gritos de Mary le hicieron perder el conocimiento. Lo último que visualizó fue a su compañera, tendida en la calle, en medio de una mancha oscura de sangre.

Cuando despertó de nuevo, no supo apreciar el tiempo que había pasado sumido en la oscuridad. Podrían haber sido minutos o incluso días. Sentía su cuerpo debilitado y en una especie de trance. Notó que unas manos cálidas le acariciaban el brazo y le conectaban una correa sobre el mismo. A Max le llegó un olor familiar, una mezcla de flor de naranjo y limón, o puede que lima, no pudo apreciarlo muy bien. Inspiró con avidez y comprendió que se trataba de una esencia conocida que él amaba. Tras bucear en las redes de su memoria, recordó que se trataba del perfume de Bianca. Se alegró al saber que la tenía cerca y puso todo el empeño que fue capaz de reunir para intentar abrir los ojos, pero no lo consiguió. La llamó de forma desesperante, aunque pronto comprendió que la voz no salía de su garganta. Se sentía atrapado en el cuerpo pesado de un muerto. Era como presenciarse a sí mismo desde algún lugar desconocido. El simple pensamiento le hizo estremecerse. ¿Y si había fallecido?

Intentó quitarse de encima esa horripilante idea, pero una voz envenenada le gritaba en su cabeza que aquello podría ser cierto. Lo había visto multitud de veces en las películas; una vez que la vida abandonaba un cuerpo, el alma del difunto fluía un tiempo sobre el mismo. Sintió miedo ante la idea de haber muerto. No obstante, si lo estaba ¿por qué percibía los olores? Había olido el perfume de Bianca, de eso estaba seguro. Sobrecogido, se

preguntó si las almas podrían sentir. Su corazón dio un vuelco cuando los dedos de Bianca se posaron sobre su frente y la suavidad de sus labios rozaron su mejilla.

«Siento su olor y el tacto de sus labios, no puedo estar muerto», pensó. «Si no lo estás, demuéstralo, abre los ojos», le pedía una vocecita en su cabeza.

Hizo un gran esfuerzo para abrirlos, incluso lanzó un grito largo y desesperado, pero sus párpados no lograron despegarse, ni su voz llegó a traspasar su garganta.

«No estoy vivo, pero tampoco estoy muerto, ¿qué es lo que me pasa entonces?».

Una horrible tristeza se instaló dentro de él y la angustia que se apoderó de todo su ser le hizo perder el contacto con la realidad.

El joven abogado se vio a sí mismo bajar de su potente BMW y caminar por una acera asfaltada. Vestía un traje impecable hecho a medida, color gris claro, y una camisa oscura. Se dirigía algo preocupado hacia una zona comercial, donde se encontraban algunos locales de moda. Se paró delante del conocido restaurante Tattu y lanzó una mirada al espejo del recibidor para comprobar que su pelo, cortado a la última moda, estuviera perfecto. Sonrió a su reflejo e inspiró satisfecho.

Max Trent podría preocuparse por muchas cosas ese día, pero su aspecto físico no era uno de ellas. Animado por esos pensamientos positivos, se adentró más en la antesala y pensó que el local que había escogido para esa cita se parecía a una chica que se había maquillado de más. La decoración era muy recargada, hasta el punto de llegar a cansar la vista, no obstante, era atractiva y digna de disfrutar. Los platos llamativos hacían rugir el estómago de cualquiera y el entorno se veía espectacular, en parte, potenciado por el árbol en flor que regía en medio del comedor. Fue recibido con una amplia sonrisa por una camarera amable, quien lo acompañó a su mesa. Pidió un vermut blanco y mientras lo saboreaba, contemplaba su reloj Carter, formado por una esfera blanca y varios puntos negros simétricos.

Se preguntó ansioso si Bianca vendría. La había conocido una semana antes, el día que el bufete donde trabajaba se volcó con la donación de sangre y, desde entonces, no había cesado en su empeño de tener una cita con la mujer que le había extraído sangre. Ella, de forma muy educada, se encargó de darle largas, pero los ánimos de Max no decayeron, puesto que no le había dicho tampoco el temido «no». El juego de yo te invito y tú me das largas había durado siete días. ¡Siete! Esa misma mañana, un precioso domingo de abril, Max la había llamado, preparado para recibir los bien conocidos «hoy no creo que pueda, tal vez otro día…», pero para su sorpresa, en esta ocasión, le había contestado con un simple y escueto «sí».

—Entonces, ¿nos vemos a las ocho de la tarde en el Tattu? —le preguntó él, entre sorprendido y complacido.

—Sí. —Fue su única respuesta y colgó.

Max volvió a comprobar el reloj y se crispó al observar que habían pasado cinco minutos de la hora acordada. Bianca no era una bellezón, en el sentido literal de la palabra, en sus días de gloria él se había topado con mujeres mucho más exuberantes y llamativas que ella, pero poseía algo tan sutil y deseable que le hacía hervir por dentro. Fue conocerla y darse cuenta de que su vida sin ella sería pobre e insignificante. Una necesidad tan cruda y devoradora, que jamás hubiera imaginado que sentiría por otro ser humano.

En medio de aquellas profundas conjeturas, hizo su aparición. Caminaba hacia él con paso ágil y comedido y cuando sus miradas se rozaron, su rostro con facciones delicadas se encendió. Vestía de forma muy sencilla, casi sin adornos. Llevaba puesto un vestido de algodón, en tono verde oliva, ni corto ni largo, con mangas tres cuartos y un escote tipo barco, recatado y clásico. Bianca era de estatura media y, cuando llegó a la mesa y él se levantó para recibirla, comprobó que le sacaba una cabeza, por lo que dedujo que mediría menos de uno setenta. La joven se disculpó por los cinco minutos de tardanza, mientras se alisaba su melena sedosa, color trigo tostado, que le llegaba hasta los hombros. Todo en ella era reservado, como si al nacer, su madre hubiese medido los ingredientes que llevaría. Ojos color verde pálido, no muy expresivos pero luminosos y limpios. Apenas llevaba maquillaje y el poco perfume que se había puesto, olía a flores de primavera.

Comenzaron hablando de la campaña de donación, tema que rápidamente derivó en sus respectivos trabajos. Su educación, unida a su delicadeza innata, hizo que la admiración y el deseo que Max sentía por ella, crecieran por momentos. Si la primera vez que la vio deseó casarse con ella algún día, en ese instante estaba seguro de que lo haría cuanto antes. Y no en un hipotético «algún día», sino lo antes posible. Bianca con sus finas facciones y su tono suave de voz hacía a un hombre sentirse protector y, al mismo tiempo, necesitado. O, por lo menos, así le hacía sentir.

Mientras tomaban el postre, compuesto por fruta de la pasión con helado de vainilla, decidió poner las cartas sobre la mesa.

—Mira, espero no alarmarte ni asustarte, porque apenas nos conocemos, pero quiero que sepas que desde el momento que te vi he sentido una conexión especial contigo y mi instinto me dice… —Una repentina ola de calor le encendió por dentro, por lo que Max tuvo que parar de hablar para serenarse. Cogió la copa, bebió un sorbo de vino, hizo una larga inspiración y le tomó la mano entre las suyas—. Siento una necesidad de estar contigo que me asusta. ¡Quiero… que nos casemos! Cuanto antes.

¡Ya está! Había soltado la bomba.

Mientras aquellas alocadas palabras salían de su boca, ella se atragantó con la espuma de frambuesa que se estaba tomando. Tosió un poco y bebió un trago largo de vino. La combinación de espuma y vino hizo que sus labios quedasen coloreados en un sensual rojo intenso. Su mirada verde se agrandó por la sorpresa, pero su carácter amable y prudente, la ayudó a reponerse y dijo:

—Me siento alagada de que me encuentre tan… tan necesaria en su vida un tipo carismático y arrebatador como tú. Aunque me intimida esta repentina atención hacia mí y no estoy segura de creérmela del todo. —Sonrió—. Puede que te atraiga el mito del abogado y la enfermera, o encuentres algún tipo de morbo en ese sentido. En todo caso, me veo en la obligación de pedirte que pares lo que sea que estés haciendo porque, lo que me pides, es imposible.

El término imposible hizo que el mundo entero dejase de rodar. Así, sin más. Un terrible pensamiento se coló dentro de la agitada cabeza de Max. Sus palabras arrojaron una pizca de cordura en su nebulosa mente. Bianca debía de estar casada, fue ingenuo por su parte pensar que una mujer delicada como ella sobreviviera libre en un mundo plagado de cazadores.

—Imposible, ¿por qué? —le preguntó él al divisar en la mirada de ella una pizca de algo que le dio esperanzas y que no supo cómo interpretar. Puede que, al final, el universo fuera piadoso y ella solo estuviera comprometida.

Un cúmulo de voces llegó de forma paulatina hasta Max. En un principio, le costó orientarse e intentó moverse, pero al sentir las manos pesadas y los párpados pegados, comprendió que todavía estaba atrapado en algún lugar entre el ensueño y la realidad.

Al oír varias veces «Mary» y «accidente», sintió una corriente helada circular por su espalda y se estremeció. Procuró captar alguna parte entendible de aquella conversación. Intentó mover los labios y pedir un poco de agua, puesto que la garganta seca le provocaba dolor al tragar, pero sus labios permanecieron sellados y no logró hacerse escuchar. Entonces, se volvió a preguntar si habría muerto.

«Si es que sí, ¿por qué estoy sediento? Los muertos no deberían tener necesidades primordiales como sed y hambre, ¿verdad?».

—No puedo imaginarme siquiera vivir sin ella. ¡No puedo! —Unos sollozos intensos rompieron el silencio y, a continuación, Max escuchó el crujido de la ropa al abrazarse dos cuerpos. La voz tranquilizadora de Bianca, de su Bianca, consolaba a un hombre que lloraba angustiado.

—Thomas, cálmate, aún hay esperanza. Deja a los médicos hacer su trabajo. Mientras el corazón de Mary siga latiendo, hay posibilidades.

—No las hay, Bianca. Si sobrevive, nunca volverá a ser la misma. Ya has oído a los especialistas esta mañana. Lesiones permanentes, derrame cerebral… De superarlo se quedaría postrada en una cama para el resto de sus días. No quiero que Mary sea un vegetal.

—Pero eso es mejor que no tener nada —afirmó Bianca intentando animar al hombre que lloraba en su hombro.

—Y mientras tanto, ¿este cabrón qué hace? Está aquí tan tranquilo, sumido en una confortable amnesia temporal. Apenas tiene unos pocos rasguños, joder.

—Thomas, no dirijas tu rabia hacia Max, por favor. Él no tuvo la culpa

del accidente, o por lo menos, aún no está confirmado que así fuera.

El silencio, unido al movimiento de la ropa que se tensaba debido al abrazo, hizo que unos flashes desgarradores llegasen a la retina de Max. De repente, las piezas sueltas de su cabeza se fueron enlazando y lo recordó todo. No, él no estaba muerto pero, en ese instante, deseó estarlo de todo corazón.

3

Max se adentró en la carretera y giró el volante con brusquedad para incorporarse en el tráfico denso que había a última hora de la tarde. El color rojo chillón de las luces que iluminaban el salpicadero de su coche mostraba con crueldad el veloz paso del tiempo. Se llevó la mano izquierda a la frente y se friccionó en un intento de quitarse de encima la presión que sentía. Eran las diez y media de la noche y aún le faltaba, por lo menos, media hora de camino. Miró de soslayo a Mary y se sintió enfadado con ella por tener que desviarse para acercarla a su casa.

No obstante, enseguida, se reprendió por esos pensamientos injustos y se centró en la conducción. Pisó el acelerador con más fuerza de la necesaria y su potente BMW respondió a sus órdenes con un rugido ensordecedor. Encendió el móvil y pidió a su controlador de voz comunicarlo con su mujer. Cinco tonos seguidos sin respuesta le confirmaron lo que ya sospechaba. La dulce y siempre comprensiva Bianca estaba enfadada, y con razón. Inspiró una generosa porción de oxigeno y deslizó la ventanilla hacía abajo. El aire fresco de principio de primavera se coló en el interior del coche y le insufló un soplo de energía.

—Se le pasará —añadió Mary a modo de consuelo, tras presenciar el silencio de Bianca y el consecuente estado afligido de Max—. No te angusties, comprenderá tu tormenta, a veces las mujeres tenemos un pronto intenso, pero ¿sabes?, los intensos suelen ser los mejores, tan rápidos que vienen, tan rápidos que se van. Y después de un intenso, todo sabe mejor, hasta el sexo. —Una sonrisa amistosa cortó el silencio y Max consiguió relajar sus nervios.

—O sea que… cuanto más tenso, ¡mejor! —repitió complacido al tiempo que giraba hacia una callejuela estrecha que le llevaría a un atajo.

La calle parecía estar desierta por lo que aceleró de nuevo. Cuando llegaron a mitad de la misma, fue sorprendido por unos faros muy potentes que llegaron de la nada y se acercaban demasiado deprisa. Max se preguntó por una milésima de segundo si habría entrado en una calle prohibida, pero se convenció enseguida de que no, puesto que no era la primera vez que tomaba ese camino. Intentó apartarse hacia un lado, pero la estrechez de la misma le imposibilitó hacerlo.

Comenzó a tocar el claxon de forma desesperada y a señalizar con los faros para avisar al otro conductor que chocarían. Escuchó los gritos desgarradores de Mary, al tiempo que una luz muy intensa le deslumbró. Frenó en seco y su potente coche se clavó como un ancla en medio del mar; no obstante, debido a la gran velocidad, unida al frenazo, hizo que el vehículo chocara con un bordillo lateral y después contra el otro. Intentó controlar el volante y no dejarse llevar por el incesante mareo que le producían los movimientos en zig zag del coche. Puso todo el empeño del que fue capaz para controlarlo, pero no lo consiguió. De pronto, un choque ensordecedor propulsó los cuerpos de los dos ocupantes del vehículo hacía adelante

impactándoles contra el parabrisas.

Durante unos segundos, perdió el contacto con la realidad y, cuando lo recobró, intentó situarse. Desorientado, observó las luces intermitentes de una ambulancia y, a modo de cámara lenta, se vio a sí mismo tendido sobre una camilla móvil. Acto seguido un celador introducía la camilla sobre la que estaba tumbado en el interior de la ambulancia. Un medico colocó un tubo de plástico sobre su cara, mientras que una enfermera le pinchaba en el brazo alguna medicina. Después, todo se cubrió de silencio y de oscuridad.

Max agudizó los sentidos para localizar las voces que estaba escuchando a su alrededor. Recordó que se encontraba en el hospital y se preguntó cuántos días habrían pasado desde que tuvo el accidente.

«Dios, el accidente». Recordó los momentos previos y sintió una corriente helada traspasarle la columna vertebral. Por lo que intuía Mary había salido muy mal parada, y si algo le pasaba sería culpa suya. Comenzó a pensar en el coche que venía de frente y se preguntó si podría haber escogido por error una calle prohibida. No. ¡No! Si eso fuese cierto, él no podría seguir viviendo con esa terrible carga sobre su conciencia.

Centró todo su poder de concentración en Bianca y la llamó en su mente con una necesidad desgarradora. Desaseaba sentirla cerca de él, escuchar su respiración, inspirar su perfume y recibir una pequeña muestra de comprensión por su parte.

—Bianca, cariño, necesito que vengas a mi lado. Por favor. ¡Ahora! Tócame la cara y pídeme que vuelva. Si no lo haces, no podré regresar a tu lado. Sin tu ayuda, no puedo hacerlo. —Notó su cuerpo encorvarse bajo la intensa conexión espiritual.

No sabía si el intento de telepatía que acababa de hacer su subconsciente iba a dar resultado, pero lo había visto multitud de veces en las películas y, francamente hablando, debería funcionar.

Y funcionó.

Escuchó cómo Bianca se disculpaba con alguien y oyó con claridad sus pasos acercándose a su cama. Notó que las manos de ella alcanzaron la suya y, tras acariciarle con suavidad, comenzó a desinfectarle las heridas con algún líquido que hizo que el maltrecho corazón de Max se encogiera por el escozor.

Después, como si hubiese sabido que le dolía, le alivió con una crema calmante y comenzó a taponarle la frente con una venda mojada. El dolorido cuerpo del abogado se relajó, y las palabras de consolación de su mujer reconfortaron sus nervios. Deseó despertar y estrecharla entre sus brazos, decirle que tenía momentos de lucidez, deseaba poder decirle tantas cosas…

—Max, cariño, ¿qué has hecho? —la escuchó preguntar con voz apagada. El dolor que se divisó en sus palabras fue tan denso que se estremeció. Sentía erizarse el vello corporal, especialmente el de sus brazos, y una incómoda sensación se apoderó de su cuerpo.

Desconcertado por sus palabras se preguntó a qué se estaba refiriendo. ¿Por qué su voz sonaba acusadora? Sintió cómo los labios de Bianca se

posaban sobre su frente, y una caricia delicada calmaba la mejilla dolorida. Intentó de nuevo separar los labios, pero no logró ni siquiera emitir un pequeño sonido. Se sintió desesperadamente deprimido al comprender que se encontraba atrapado dentro de su propio cuerpo.

¿Y si nunca lograra volver? La palabra vegetal llegó a sus pensamientos y un miedo atroz se coló dentro de su cabeza. Notó su sangre acelerarse en las venas y la sensación de ahogo le dejó prácticamente inconsciente. La poca cordura que le quedaba fue alterada por una vocecita venenosa que no dejaba de increparle y decirle que estaba atrapado. Intentó agarrarse a la realidad como un naufrago perdido en el mar, pero poco a poco, se vio envuelto por un grueso manto de oscuridad.

Un dolor agudo en la espalda hizo que Max volviera a ser consciente de su nueva realidad. Despertó animado y con muchas ganas de regresar al mundo. Hizo un gran esfuerzo para moverse un poco y aliviar sus músculos doloridos, pero sus brazos pesaban como el plomo y las piernas parecían empeñadas en quedarse inmóviles. Por lo que había escuchado en los ratos que estuvo consciente, los médicos pensaban que podría tratarse de un coma temporal.

El término temporal le insufló un soplo de esperanza. Se puso a pensar en su situación, juntado en su cerebro toda la información de la que disponía hasta el momento. Sabía que había sufrido un terrible accidente y la mujer de su mejor amigo estaba luchando por su vida. Se centró en recordar el momento en cuestión, los faros, el otro coche, pero no consiguió visualizar ni recordar nada.

Bianca llegó a sus pensamientos y el abogado se preguntó cómo se habría tomado la noticia del accidente. No quería ni siquiera imaginarse lo preocupada que debía de estar. Echaba mucho de menos su sonrisa dulce y compasiva, sus muestras de cariño y amor, sus palabras consoladoras. Echaba de menos abrazarla y fundirse dentro de su cuerpo, besarla y hacerle al amor hasta perderse el uno en el otro. Quería bajar de la cama de un salto, buscarla y decirle que toda aquella pesadilla había terminado. Maximilian Trent no se dejaba vencer tan fácilmente. Y ella debía saberlo.

Eso, en teoría resultaba fácil, no obstante, la realidad se presentaba bien diferente. El estado de impotencia en el que estaba sumido hizo que una horrible tristeza se instalase dentro de él. Se sentía inepto y, aun cuando intentaba animarse con pensamientos positivos, su situación era deprimente. La vocecita venenosa que le acompañaba en sus ratos de lucidez comenzó a reírse dentro de su cabeza:

«Nunca más podrás abrazarla, ni besarla, ni decirle lo mucho que la amas. Te quedarás aquí, postrado en esa cama de hospital, solo, dolorido y angustiado».

«¡Noooo!», gritó alterado y volvió a sumergirse en la espiral del tiempo que lo llevó al momento cuando se declaró a Bianca.

—¿Imposible por qué? —la pregunta salió directa y un poco agresiva.

Se reprendió al instante al verse invadido por una avalancha de pensamientos extraños que se agolpaban en su mente. Nunca antes había experimentado ese sentimiento de posesión, de sentirse con derechos, ni siquiera cuando ya llevaba tiempo saliendo con alguna chica. Se llevó la mano a la frente en un intento de acallar sus alborotados pensamientos.

Bianca levantó la vista hacia él, sorprendida. Su mirada amable, en tono verde cálido, se volvió tajante y asombrada, y Max no podía culparla. Cualquier mujer con dos dedos de frente se hubiera sentido de la misma manera. En sus ojos debía de parecer un loco de remate que presumía de sentir una pasión instantánea por una mujer que acababa de conocer tan solo una semana antes. Un abogado desquiciado al que le había sacado seis tubos de sangre y quien, desde entonces, se había dedicado a atosigarla con llamadas, rematando su actitud acosadora con una declaración de intenciones y matrimonio en la primera cita.

¡Matrimonio! ¡Dos personas que se habían visto una sola vez! En un contexto nada romántico, además. Visto de ese modo, su actitud, era cuanto menos inquietante, pero Max sabía que ese algo que se había detonado en su interior, nada más conocerla, lo había sentido ella también.

—Porque tengo novio —le contestó ella tras unos segundos de escaneo recíproco. Un silencio incómodo se instauró entre ellos y Max casi pudo distinguir como sus alborotados ánimos de segundos atrás abandonaban su cuerpo, dejándole débil y derrotado.

Ya está. La incógnita había sido resuelta: novio. No era una palabra tan latente como marido, pero era latente, al fin y al cabo, porque el estado de novio es el estado previo al de marido… O no.

No supo cómo, ni por qué lo hizo, pero no se derrumbó al escuchar que la chica de sus sueños tenía novio, sino más bien todo lo contrario. Alargó su mano y la posó con determinación sobre la de ella. La sintió temblando y le dio la impresión de ser reconfortada por su contacto. Se miraron a los ojos con esa intensidad que poseen los amantes, antes de su primera vez. Sus energías se unieron y se acompasaron en la misma onda astral.

—Dime que no sientes lo mismo que yo y te dejaré en paz —le pidió con el corazón desbocado.

—No siento lo mismo que tú —le contestó ella en voz baja, en un intento de sobreponerse y tomar el control sobre sus emociones.

Sin embargo, los dos, sabían que era mentira.

4

Bianca acabó su turno en el hospital a las cinco de la madrugada. Se sentía agotada, y hubiera dado cualquier cosa por tumbarse un rato en una cama y descansar. Aunque, antes de marcharse hizo su habitual parada en la habitación de Max. Desde el día que su marido sufrió aquel fatídico accidente habían pasado ciento dos días. Cien largos días de angustia y desesperación, de remordimientos y preguntas vacías. De impotencia y rabia.

El estado físico de Max era bueno, las pocas heridas superficiales que tenía se le curaron tiempo atrás. No se apreciaban daños celébrales evidentes y los resultados del TAC salían siempre perfectos. A pesar de los buenos resultados médicos que hacían presagiar una inminente recuperación del paciente, seguía sumido en un coma profundo que, según los médicos, era temporal. Todo parecía indicar que debía de haber despertado de ese estado vegetativo hacía tiempo, no obstante, ahí estaba, perdido en su mundo, ajeno a las desgracias de su alrededor. Algunas veces, Bianca sentía que la llamaba y la necesitaba cerca, una especie de conexión más allá de lo comprensible, pero si eso fuese cierto… ¿por qué no despertaba?

Antes de entrar a la habitación doce, la joven enfermera hizo una parada en el cuarto de baño para arreglar su aspecto. Se lavó la cara con una generosa cantidad de agua fría y se cepilló los dientes con mucho ímpetu. Sabía que su deseo de verse bien ante él era una tontería más grande que una catedral, aun cuando tenía la esperanza de que ese día, fuese el que, al entrar, Max la recibiría con su encantadora sonrisa de siempre. Le diría cosas bonitas, le sacaría una sonrisa y pintaría de mil colores sus interminables días grises.

Días grises, de esos había a raudales en su vida sin Max. Sin Max… que raro le sonaba imaginarlo siquiera. Mientras estos pensamientos rodaban por su mente, se quitó el uniforme de enfermera y se puso un vestido vaporoso con flores. La primavera estaba en sus días finales y la temperatura era muy agradable. Se echó un poco de perfume floral y se soltó el pelo. Lo cepilló con fuerza y lo recogió en una coleta alta. Se pellizcó sus mejillas para darles color y, tras un último vistazo al espejo, encaminó sus pasos hacia el cuarto de su marido. Antes de entrar, hizo una larga inspiración para prepararse emocionalmente, y abrió la puerta.

Nada más entrar, se acercó a la ventana y descorrió la cortina metálica hasta el límite permitido. Unos alegres rayos de sol le acariciaron la cara y una ráfaga de aire fresco se coló por la obertura. Se aproximó a la cama de Max y lo escrutó con atención. Aquella mañana ofrecía un aspecto desolador, parecía ido, sumido en un profundo sueño permanente. Su cuerpo era rígido, entumecido, como si la vida le hubiese abandonado y un inexplicable miedo le hizo acercar la cara a su pecho para escuchar su respiración. Relajó su gesto contraído al verse saludada por los latidos rítmicos del corazón de su marido. Aquel pum pum débil pero presente le infundió el ánimo necesario para seguir adelante.

Pensativa, le agarró una mano y le presionó el pulso con precisión. Sonrió al sentirle agitado y latente, puesto que aquello significaba esperanza. Esperanza de que en algún momento sus tristes días grises, terminarían. Más animada, cogió el mando y presionó un botón que puso en marcha el motor de la cama. El cabezal de la misma comenzó a elevarse y ella lo paró cuando llegó a la posición deseada. Era un ritual que hacía todas las mañanas para aliviar a su marido la presión de la espalda. Los médicos le habían asegurado que, mientras estuviera en coma, no debería sentir dolor ni molestia alguna, pero Bianca quería mantener su cuerpo controlado para ahorrarle complicaciones cuando saliese de ese estado. Al tenerlo medio incorporado, le acarició la cara y depositó un beso cargado de ternura en su mejilla. Después, le agarró por los hombros y lo giró de lado. Le desató la camisa de hospital que llevaba puesta y le untó la espalda con una crema relajante. Mientras sus dedos recorrían la piel desnuda, sus ojos se llenaron de lágrimas a causa de la impotencia y la desazón que sentía. La parte de los cuidados en donde tenía que tocarle la piel, le afligía y entristecía siempre. Acarició con la mano el perfil de sus hombros y de sus brazos bien formados y pegó su mejilla en los omoplatos para escuchar de nuevo los latidos de su corazón. Se sentía ridícula, patética y muchos adjetivos más, pero era el único consuelo que tenía. Se limpió las lágrimas con la manga de su vestido y juntó dos almohadas sobre las cuales dejó descansar las piernas de Max. El fisioterapeuta de guardia se suponía que debía de hacer ese ritual todos los días, pero ella era enfermera y sabía que, en un hospital, no todo lo que se debía se hacía, por falta de medios, tiempo o simplemente ganas.

Mojó una comprensa en agua y limpió su cara con sumo cuidado. Se entristeció al ver el tono grisáceo de su piel y la expresión enfadada de su rostro. Había adelgazado muchísimo y sus mejillas parecían haberse escondido. Su mirada traviesa y seductora de antaño estaba apagada, oculta bajo la cortina formada por sus generosas pestañas oscuras. Se había encargado de afeitarlo y cortarle el pelo con regularidad, puesto que Max era muy presumido y ella quería que él tuviese el mismo aspecto cuidado de siempre. Se sentó en el sillón del acompañante y le tomó la mano con delicadeza. Se le veía delgada e inerte, como un trozo de carne que espera ser fileteada para echarla a una sartén caliente.

—Hola, Max. ¿Cómo te encuentras hoy? Te echo de menos. Mucho. —Lo miró expectante, esperando alguna pequeña muestra de reacción por su parte. Un leve parpadeo de pestañas, un vuelco involuntario de algún músculo de la cara… un amago de sonrisa, algo. Nada. No había nada—. Bueno, hoy parece que tampoco tienes ganas de hablar conmigo y… esto es muy frustrante. Los médicos dicen que deberías de haber despertado hace tiempo, no se explican el porqué de tu estancamiento… ahí dónde sea que estés. —Lanzó un suspiró hondo—. Lo llaman un mecanismo de autodefensa, ¿pero autodefensa de qué, Max? El mundo ahí fuera es complicado, pero siempre lo fue y, el Max del que yo me enamoré, no era un cobarde. El hombre que amo

con todas mis fuerzas es un tipo fuerte, luchador y valiente. No se rinde ante nada y sigue sus metas hasta conseguirlas. ¿Te acuerdas del día en que nos conocimos? Me miraste de un modo tan intenso y seductor que pensé que me desmayaría. Con el pulso desbocado y el corazón alocado tuve que encontrarte la vena, pinchártela y sacarte seis largos tubos de sangre.

Sonrió con amargura y le soltó la mano. Ocultó su rostro entre sus manos, apoyando la cabeza en ellas, y comenzó a sollozar. Las lágrimas le ardían el rostro y su corazón latía a un ritmo desbocado. Notó una fuerte presión dentro del pecho y el convencimiento de que él la estaba llamando, la dejó perpleja. Era como un velo fino de magia que se cernía sobre ella, llevándola a un mundo lejano, a su mundo. Le volvió a coger la mano entre las suyas y le dio un fuerte apretón. Un leve cosquilleo en su dedo menique le hizo estremecerse. No, no lo había soñado, Max había dado una pequeña muestra de querer volver.

—¡Vamos Max, puedes conseguirlo! Vuelve, vuelve, cariño. No puedes dejarme sola.

Esperó unos segundos presa de una importante expectación y, al ver que no ocurría nada más, se sintió doblemente desdichada. Le zarandeó los hombros entre sollozos y suspiros con la esperanza de hacerle reaccionar. Un pitido largo sonó en el monitor de constantes vitales y, en cuestión de segundos, una enfermera entró en el cuarto. Se acercó a ella y la apartó del cuerpo de Max. La reprendió con la mirada al tiempo que acomodaba los brazos de él sobre la cama y le bajaba su cuerpo en la misma posición horizontal de siempre. Bianca observó la forma de la figura de su marido bajo la almidonada sábana de hospital, y pensó que tenía una apariencia desoladora, parecía un cuerpo sin vida. Su Max lleno de inquietudes y de espontaneidad, ya no era nada.

—Bianca, vamos, eres enfermera. Sabes mejor que nadie que no despertará si le zarandeas. No pierdas la calma con él, de lo contrario daré parte. No es la primera vez que lo haces y le puedes provocar daños —le regañó su compañera, al tiempo que posaba en ella una mirada cargada de lástima.

Bianca bajó la cabeza arrepentida. Le pidió perdón con los ojos, sabiendo que la enfermera de guardia tenía razón. Debía mantener la calma y esperar.

—No volverá a ocurrir. Lo hice porque movió el dedo menique. O, al menos eso me ha parecido. Me sentía muy impotente, estando ahí sin hacer nada. Déjame una hora a solas con él. Me dio la impresión de que me estaba llamando, me sentaré a su lado por si la cercanía le ayudase en algo. ¡Por favor!

—Vale, tienes una hora. —Asintió y salió.

Bianca se quitó las sandalias y se puso unos botines de protección confeccionados de papel desechables. Se tumbó al lado de Max y se abrazó a su cuerpo. Durante unos largos minutos no ocurrió nada; solo él y ella,

abrazados como en los viejos tiempos. Muy pronto se sintió reconfortada por el calor de su cuerpo y el zumbido de su corazón. Le besó la comisura de sus labios y le dijo en voz baja:

—¿Te acuerdas de mí? Decías que era superior a tus fuerzas dormir en la misma cama conmigo y no desnudarme. Y ahí estás, sin querer mirarme, siquiera. Por favor, abre los ojos, aunque sea una última vez. Necesito tu fuerza. He intentado ser valiente, todo allí fuera se me ha hecho muy complicado, pero ya no puedo más. Sé que estás atrapado en algún rincón de tu mundo, pero si me quieres de verdad, encuentra la manera de volver. Eres un chico de recursos, el chico que halla la solución a un problema hasta cuando no lo tiene. ¡Encuéntrala ahora! ¡Hazlo por mí! —Depositó un beso largo y necesitado en sus labios inertes y comenzó a llorar.

El cansancio y los sentimientos frustrados la dejaron exhausta. Necesitaba dormir al menos un par de horas para recargar fuerzas. Se levantó de la cama y acudió al baño. Se miró al espejo y sus ojeras exigían un buen descanso. Alejarse de todo y dejar de pensar. Se lavó la cara con agua fría, se recogió el pelo despeinado y salió de la habitación doce sin despedirse.

Una media hora más tarde, la joven llegó a su nuevo apartamento y se recostó en el sofá. No se quitó el vestido ni las sandalias, ni hizo el menor intento de arrastrarse hasta el dormitorio. Mientras hundía la cabeza en la almohada de plumas se preguntó si Max aprobaría los cambios que se había visto obligada hacer. Tras el accidente, todo su mundo se había venido abajo. Una hora antes de sufrilo, Max presentó la renuncia en su trabajo por lo que el bufete no se hizo cargo de nada. Ni del hospital, ni de las facturas, ni mucho menos de seguir pagándole el sueldo. No pudo tampoco reclamar nada a la seguridad social, puesto que su marido no figuraba como empleado, ni costaba inscrito en el paro. Era de risa, puesto que de una situación personal a otra había trascurrido tan solo una hora, pero todos los responsables echaban la pelota en el tejado de otro y se quitaban la responsabilidad de encima. A toda esta dramática situación, se juntó la trágica circunstancia de Mary. Había luchado como una campeona, pero no pudo superar los daños cerebrales y, finalmente quedó en estado vegetativo. Debido a que la policía señaló como único culpable del accidente a Max, sabía que algún día, Thomas le pediría una indemnización por daños y perjuicios. Bianca tenía la intención de pagarla de todos modos, era lo mínimo que podía hacer por Mary, aun cuando no sabía de dónde conseguiría el dinero. La situación económica en la que se encontraba era más que precaria y, para salir de las deudas, la joven puso el ático de Max a la venta.

Un astuto agente inmobiliario supo ver lo necesitada que estaba y le hizo una oferta muy por debajo del valor real del inmueble, pagándole ochenta mil libras menos de lo que a Max le costó en su día. Bianca sabía que si querría obtener un precio mejor debía de esperar y no podía permitirse el lujo de hacerlo. No tuvo elección y acabó vendiéndolo por debajo de su precio real. Con el dinero que le pagaron finiquitó la hipoteca y, lo poco que le sobró,

lo destinó al alquiler de un apartamento pequeño en una zona modesta del sur de Manchester.

Para hacer frente a las facturas del hospital pidió un crédito y puso a la venta el potente BMW de su marido. Ahorraba todo lo que podía intentando no pensar que algún día ese dinero se terminaría y no tendría otras pertenencias que vender. Según sus cálculos le quedaba dinero para poder mantenerlo en el hospital un par de meses, como mucho. Si en ese tiempo Max no despertaba, se vería obligada a llevárselo a casa. Tendría cuidados, ella misma se encargaría de hacerlo, no obstante, necesitaba seguir trabajando y no podía atenderlo las veinticuatro horas del día.

Vencida por el cansancio, dejó de preocuparse por el futuro, el dinero, los gastos y los cuidados médicos y sucumbió a un profundo sueño.

5

La presión que Oleg ejercía sobre su brazo era fuerte. Bianca hizo un intento de liberarse de su encorsetamiento, sintiéndose de repente muy pequeña bajo su afilada mirada. La sangre comenzó a agitarse en sus venas y el olor del miedo se coló en su interior.

—No puedes dejarme —le soltó entre dientes, mirándola de un modo intimidatorio—. Eres mi novia de siempre, nuestras familias así lo han decidido hace muchos años atrás. Maldita sea, regreso de la puta guerra y me encuentro que mi futura mujer tiene pájaros en la cabeza.

Ella parpadeó asustada, intentado ocultar el temblor de sus brazos.

—Nuestras familias se han quedado estancadas en el pasado, Oleg. Suéltame, me haces daño.

—No digas bobadas. Nuestras costumbres no tienen que ver con el pasado, ni con el presente, ni con el futuro. Simplemente tenemos que respetarlas porque somos diferentes. No puedes pretender saltarte todas las normas y romper el acuerdo de nuestros padres. Quedarías fuera de nuestro mundo si lo hicieras y lo sabes. —Zarandeó el brazo de su prometida con mucha fuerza y su voz enfadada le golpeó los oídos. Bianca hizo una mueca de dolor mientras observaba como el rostro hermoso de Oleg se impregnaba en cuestión de segundos de odio y rencor. Inspiró una generosa porción de oxigeno, intentando mantener la calma y no derrumbarse. Él se percató de su mirada asustada y aflojó el tensor—. Mój maleńki —moduló la voz, al tiempo que empleaba su lengua materna para hacerla entrar en razón.

Obtuvo el efecto que deseada, ya que la expresión decidida de los ojos de Bianca y sus ideas alocadas, comenzaron a disiparse perdiendo fuerza. Volvía a ser la chica buena, sumisa y responsable que había sido toda su vida. Tanto Oleg como ella eran hijos de inmigrantes polacos, que habían emigrado en los años ochenta a Manchester, en busca de un futuro mejor. Sus dos respectivas familias pertenecían a la misma aldea y a la misma congregación católica. Fieles devotos y defensores de las tradiciones no habían dejado de lado sus raíces, ni sus convicciones. Criaron a sus hijos bajo reglas y normas estrictas y se encargaron de prometerlos en matrimonio desde adolescentes. Bianca y Oleg fueron inscritos en la misma escuela y cuando cumplieron la mayoría de edad, sus caminos se separaron: ella comenzó a estudiar enfermería, él se alistó en el ejército. Le habían destinado a Afganistán y ganaba un buen sueldo, pero a cambio arriesgaba su vida defendiendo unos intereses y principios que no le correspondían.

—Me juego la vida cada día para que tú y yo, para que nuestros hijos, tengan un futuro digno. Sabes que la vida de un inmigrante no es fácil, ¿verdad? Nunca te dejarán ser como ellos, siempre habrá alguien de su familia que se encargará de humillarte y decirte a la cara que, a pesar de haber nacido aquí, no eres igual que ellos. —Le golpeó la frente con el índice con tanta fuerza que se tambaleó—. Métetelo en la cabeza, toda tu vida serás

despreciada. ¿Esto es lo que quieres? Maldita seas, Bianca, no entiendo por qué has cambiado. Yo te respetaré y te cuidaré. No puedes ser tan tonta como para renunciar a una vida digna a mi lado —la increpó con rabia.

—Yo… yo lo siento —se disculpó cohibida—. No quiero hacerte daño, nos queremos desde siempre… pero como… como hermanos. El acuerdo de nuestros padres se sostuvo en pie mientras fuimos niños y no supimos oponernos. No tenemos por qué seguirles la corriente, si lo rechazamos juntos, no se sentirán decepcionados. No serás feliz conmigo y yo tampoco. El amor es…

—¡El amor! —bufó mirándola con desprecio a los ojos—. El amor tiene muchas caras. Demasiadas para que una boba como tú pueda comprenderlas. Te has calentado como una zorra barata y piensas que estás enamorada. Y lo más grave de todo es que, piensas que él también lo está de ti. ¿Crees que un abogado con un futuro prometedor por delante querrá amar a una puta como tú? Solo desea meterse entre tus piernas y darte un revolcón.

—No soy una… puta. —Las lágrimas ardían sobre las mejillas encendidas de Bianca, puesto que las palabras envenenadas de Oleg consiguieron dar en el blanco.

Un mar de dudas y malos pensamientos se cernieron sobre ella. Estaba traspasando los límites impuestos por su familia, desobedeciendo las normas y los principios de los suyos. Se había enamorado de un hombre que no pertenecía a su cultura ni a su religión. Si seguía adelante con su decisión, era más que probable que se quedase en tierra de nadie, porque su familia se sentiría traicionada y la expulsaría de su nido. Podría no pertenecer a ningún lado. Ni los suyos ni los de fuera la aceptarían plenamente. Sería una hoja arrancada de la rama de un árbol que flotaría al aire, siendo llevada a terrenos desconocidos. El temblor de su cuerpo le hizo reaccionar y decidió ser valiente. Se dijo que era mejor ser una hoja desarraigada que vivir al lado de un hombre que la humillaba y despreciaba de esa manera. Levantó la vista con coraje y enfrentó la mirada avasalladora de Oleg con valentía. Aun cuando Max no estuviese enamorado de ella, no renunciaría a soñar. Después de haber conocido su forma de amar, su optimismo y espontaneidad, su modo alegre de ver la vida, sabía que jamás podría contentarse con tener a Oleg. Un hombre frío, egoísta, avasallador y de principios machistas. Un hombre que se creía mejor solo por el hecho de ser hombre. Un hombre que imponía su fuerza cada vez que su voluntad se veía desconsiderada. Un hombre que la llamaba «pequeña mía» al tiempo que clavaba los dedos con fuerza en su brazo.

—No tienes por qué insultarme ni preocuparte tanto por mi futuro. Mi decisión está tomada. No voy a casarme contigo, lo siento. Podemos regresar con nuestras familias, estoy lista para comunicarles mi decisión. —La lucha interna había terminado y el lado valiente de Bianca se proclamó justo vencedor. Había enfrentado sus miedos, a Oleg, ahora le quedaba oponerse a su familia. Estaba decidida a retar al mundo entero por Max, si fuese

necesario—. Me casaré con Max, así que...

—Te arrepentirás —le soltó entre dientes—. Te arrepentirás, suko. —Le apretó el cuello con sus manos grandes y la miró de forma amenazante a los ojos.

Hundió los dedos en el lugar donde latía su pulso y disfrutó al verla ahogarse. Cuando la cara de ella se convirtió en papel blanco, soltó la presión despacio y de forma paulatina, empujándola hacia la pared en gesto despectivo, le lanzó una última mirada intimidatoria, giró sobre sus talones y salió de su casa dando un sonoro portazo.

Bianca necesitó un par de minutos para serenarse y recobrar el dominio sobre sí misma. Sabía que no iba a ser fácil dejar a Oleg, pero jamás había sospechado que sería capaz de mirarla con tanto odio y de agredirla físicamente. Exhausta y casi sin fuerzas, abrió la puerta del comedor y se lanzó, sin ninguna medida de protección, al vacio, puesto que sus padres y los de Oleg la contemplaban con caras disgustadas, incrédulos.

—Yo… yo… lo siento. No me casaré con Oleg.

El brillo de odio que divisó en los ojos oscuros del corpulento padre de su exprometido, le hizo temblar. Sus piernas apenas se sostenían en pie y creía desvanecerse de un momento a otro. Observó a modo de cámara lenta cómo el señor Zaronski, tomaba con brusquedad el codo de su mujer y la empujaba hacia la salida. Cuando llegaron a su lado, soltó un escupitajo en el suelo, señal del profundo desprecio que sentía hacía ella.

—Vuestra hija ha deshonrado a mi familia, a nuestro hijo y a nuestra comunidad. Nunca vamos a perdonar esta ofensa. —Y salió dando un sonoro portazo, arrastrando a su mujer detrás de él con rudeza.

Bianca se apoyó contra la pared, esperando asustada las consecuencias de su rebelión. Podía escuchar con claridad los latidos enloquecidos de su asustado corazón. Nunca antes había osado llevarle la contraria a su familia. Es más, nunca había osado llevarle la contraria a nadie. No supo de dónde había encontrado fuerzas para revelarse contra el mundo entero. Estaba preparada para enfrentar las consecuencias, porque sabía que su mundo no se lo perdonaría. Observó como su madre apuntaba su mirada compasiva en un punto imaginario en el suelo y se preparó para lo peor. Su padre, un fornido albañil, fiel devoto y defensor de las traiciones, se acercó a ella con paso lento y decidido. Le tomó la barbilla con brusquedad y su piel áspera le arañó la piel. Su mirada envenenada escupía fuego y se creció ante el terror que encontró en los ojos de su desobediente hija. Levantó la otra mano y le cruzó el rostro con una sonora bofetada. Rápida, corta, fulminante. Letal.

—A partir de hoy, dejas de ser nuestra hija. Sal de esta casa y no regreses jamás.

Un grito prolongado hizo que los ojos de Bianca se abrieran de golpe. Empapada de sudor miró el reloj y comprobó que había dormido seis horas seguidas. Hacía tiempo que no soñaba con sus padres ni con el último día en

su casa. Sentía frío, como cada vez que recordaba el odio y el desprecio que desprendía la mirada de Oleg al despedirse de ella.

6

El timbre de una voz conocida traspasó el velo del subconsciente y llegó a Max en forma de ondas irregulares. En un principio eran simples palabras que no significaban nada, pero poco a poco se fue despertando y los sonidos cobraron sentido.

—Te voy a destrozar la vida, cabrón. No sé cómo ni cuándo, pero prometo arrebatarte lo más valioso que tengas, que es ella. No te quepa duda, de que lo haré. Por ahora me sirve jugar un poco con tu vida. Así como tú jugaste con la de Mary. Te quitaré el tubo de oxigeno unos pocos segundos cada día, así tu cerebro dejará de brillar tanto. ¿Quién podría sospechar de mí? Ojalá pudieras escucharme y ver el odio con el que te estoy mirando. Pobre Max, allí tumbado, tan desvalido y callado. Haré todo lo esté en mi mano para ayudarte a quedar siempre así, como has hecho tú con ella.

»¡Ojalá pudieras escucharme, maldito seas! Me gustaría tanto presenciar el color del miedo en tu bonita mirada. ¡El bueno y deseado Max! Siempre has tenido todo lo que quisiste, fuiste un guaperas de primera que se cepillaba las tías más buenas, dejando las sobras para los demás. Nunca tuviste que echar en falta una palabra de cariño ni un cuerpo caliente a tu lado. Y cuando te cansaste de jugar a Don Juan, volviste a elegir lo mejor de lo mejorcito. Elegiste una delicada flor que huele a primavera y a sueños cumplidos. La primera vez que me la presentaste te odié intensamente, un mujeriego como tú no se merecía el amor de una delicia como Bianca. Solo con verla, se me encienden los huevos.

Max tardó un rato en reconocer la voz de Thomas y comprender el sentido de sus palabras cargadas de maldad. Su cuerpo se tensó debido al veneno que desprendía la voz de su mejor amigo. Una parte de su cerebro se negaba a aceptarlas como ciertas y dar crédito a lo que estaba escuchando. Se animó pensando que aquello era fruto de su estado y que lo que había oído solo existía en su imaginación. Sin embargo, no pudo obviar cómo un hilo de sudor helado comenzó a hormiguear por su columna vertebral. Hizo varios intentos por levantarse, pero sus esfuerzos quedaron en leves intentos fallidos.

«Vamos Max, haz un esfuerzo y abre los ojos de una vez por todas. Necesitas asegurarte si las palabras de Thomas han sido reales o solo imaginaciones tuyas».

Una parte de él podría entender rencor, rabia, dolor, por haberle arrebatado a Mary pero, maldita sea, ¿odio? ¿Su mejor amigo? Envidia, celos, y ¿qué más? Además, no comprendía por qué Thomas le consideraba el único culpable del accidente adjudicándole toda la culpa, cuando no lo había sido. Max había hecho todo lo posible por apartarse del otro coche que invadió su carril. Tuvo que tomar una decisión rápida y, frenar, fue lo más sensato que pudo hacer dadas las circunstancias. Sintió el pulso acelerarse en las venas y oyó un largo pitido sonar en un aparato.

Escuchó unos pasos acercándose a su cama, y una oleada de pavor

invadió su maltrecho cuerpo. El clic de un botón al cerrarse, le hizo pensar que Thomas había apagado la maquina que le mantenía con vida. Una cascada de gritos se agolpó en su garganta al entender que cabía la posibilidad de que estuviera presenciando su propio asesinato. Las fuerzas abandonaron su voluntad poco a poco y la insuficiencia respiratoria le hizo desaparecer de nuevo en su mundo. Le pareció observar cómo una sombra alargada se desprendía de su cuerpo y se alzaba hacia el techo. Una luz brillante se abrió paso a través de la ventana y la sombra se encaminó hacia ella, haciendo unos movimientos extraños. Los zumbidos de unas voces lejanas hicieron que la luz desapareciera y la sombra alargada volvió a colarse en el interior de su cuerpo. Los últimos atisbos de cordura que permanecían en su cerebro le hicieron comprender que su vida prendía de un hilo. Necesitaba con desesperación encontrar un punto de agarre. Y su mente regresó a uno de los momentos más felices de su vida.

Detrás del hospital donde trabajaba Bianca había un pequeño parque compuesto por densos arbustos y árboles bajos que mecían sus copas al compás de la agradable brisa de mayo. Max caminaba con paso lento por la acerca adoquinada y, de vez en cuando, lanzaba miradas furtivas al reloj que abrazaba su muñeca. Era inútil esperar que fueran las dos, cuando el reloj marcaba la una. No es que Bianca se hubiera retrasado, sino que el ansia que se apoderó de él le empujó a acudir a la cita una hora antes. Era la segunda vez que quedaban formalmente y la expectación del joven abogado era tanta que apenas podía controlar la ansiedad que sentía.

A lo largo de toda la semana la estuvo llamando; hablaban de todo y de nada en particular. En la única ocasión que él se atrevió a sacar a relucir el espinoso tema del futuro, ella le suplicó que no lo hiciera.

—No me preguntes nada, por favor. En cuanto mis sentimientos estén menos alborotados, prometo que lo hablaremos.

Y al abogado no le quedó más remedio que ser paciente. Durante cuatro largas semanas, Max se aguantó las ganas de verla, besarla y hacerla suya. Se aguantó las ganas de saber si aquella angustiosa espera tendría la muy ansiada recompensa. Ese día, sabría por fin la respuesta. ¿Le daría el muy ansiado final feliz? Levantó la vista en busca de un lugar para sentarse y divisó un banco situado cerca de un arbusto florecido que desprendía un glorioso perfume a su alrededor. Max se sentó y se quitó la chaqueta de cuero que llevaba puesta. Se puso las gafas de sol y extendió los brazos contra el respaldo del banco.

Una agradable sensación de paz y sosiego se apoderó de su cuerpo, mientras los suaves rayos de sol acariciaban su cara. Una ráfaga de aire le hizo abrir los ojos y observó a lo lejos el andar grácil de ella, acercándose. Llevaba un vestido primaveral, color lila claro, con flores de cerezo impresas sobre el mismo. Agitó la mano, saludándole con impaciencia mientras una sonrisa cargada de dulces promesas floreció en sus labios. El cuerpo de Max comenzó a arder por todas partes y, comprendió que su larga y angustiosa

espera había merecido la pena. Se levantó de un saltó y corrió a su encuentro, hambriento, deseoso, impaciente. No la dejó saludar, ni le permitió malgastar segundos preciosos en una conversación de cortesía. Se abalanzó sobre su cuerpo y la tomó en sus brazos. Se sorprendió al ver que ella se aferraba a él con las mismas ganas, poseída por la euforia.

No fueron necesarias las palabras. Sus labios se buscaron con una necesidad imperiosa y se fundieron en un beso largo, dulce y pasional. Se abrazaron un largo rato, mirándose con deseo, felicidad, impaciencia y gozo. Ella rodeó sus hombros y se alzó de puntillas para llegar a su altura, mientras que Max hundía las manos en sus cabellos sedosos que brillaban como los mismos rayos del sol. Cuando la euforia inicial se estuvo apagando, Max sintió la necesidad de escuchar de sus labios una promesa. La invitó a sentarse en el banco y le permitió hablar.

—Te ves tan bonita… Perdona mi entusiasmo, no te he dejado abrir la boca. —Y cuando hizo el intento de decir algo, volvió a abalanzarse sobre ella, llenándola de besos.

—A este paso, no sabrás nunca lo que he decidido. —Rio con tanta dulzura que sintió su corazón implosionarse dentro de su pecho.

—Tu cuerpo ha hablado por ti, tus ojos, la expresión de tu cara, no hace falta que me digas nada, lo sé todo —se pavoneó.

Ella le tomó la cara entre sus manos, y dijo mirándolo fijamente a los ojos:

—Max, no sabes nada. Escúchame con atención. Estoy cometiendo la primera locura de mi vida. He dado un salto al vacío y no sé si debajo hay tierra firme o terrenos movedizos. Casi no nos conocemos, pero desde el momento en el que nuestras miradas se chocaron por primera vez, supe que esto iba a suceder. He intentado resistirme, pero ha sido más fuerte que yo. Sé que puedo fiarme de ti, que todo lo que vivimos y sentimos viene de nuestro interior, como también sé que puede ser una pasión pasajera.

Max volvió a verter sobre ella una lluvia de besos.

—No es una pasión pasajera. —La efusión que encontró en sus ojos almendrados la desarmó.

—Eso tú no lo sabes —protestó entre besos y caricias.

—Cuando se trata de ti y de mí, lo sé todo.

Sus miradas encendidas se fijaron con intensidad y sus cuerpos se fundieron en un abrazo sentido y necesitado.

—Puede que ahora lo sientas así, pero no sabemos qué será mañana. Eres optimista si piensas que sentiremos siempre con esta intensidad.

—Soy optimista porque creo que es la mejor forma de ser. —Max le acarició la mejilla con ternura y se acercó a sus labios despacio. Se impregnó de su dulzura y le dijo en voz baja, colmada de emoción—: Y la intensidad nunca dejará de crecer. Ya lo verás.

Ella rio complacida y le devolvió el beso, eufórica. Max hundió los dedos en su sedosa mata de pelo y la atrajo hacia él, al tiempo que su lengua

se deleitaba por primera voz con su sabor dulce. Al darse cuenta de que estaba temblando sonrió para sus adentros recordando la primera vez que había besado a una chica. De aquello habían pasado muchos años y nunca más había revivido las mismas emociones. Cuando su boca se fundió con la de Bianca reconoció la misma emoción contenida y a la vez explosiva, que se adueñó de él al dar el primer beso. Se sentía como un torpe adolecente dando el primer beso en un parque. Una cascada de emociones desconocidas comenzó a retumbar en su interior y cuanto más profundizaba el beso más crecía la necesidad en su interior. Era como un fuego que había empezado a arder de forma vivaz bajo su piel y no hacía más que alimentarse. Cuando la ardiente pasión se fue apaciguando, se separaron un poco para oxigenar sus pulmones.

—¡Ha sido increíble! —Una resplandeciente sonrisa iluminó el rostro de ella.

—¡Ha sido mucho más que increíble! —exclamó Max eufórico—. Me has hecho temblar solo con un beso.

—No ha sido solo un beso —protestó condescendiente—. Ha sido el beso. Nuestro beso.

Se volvieron a abrazar para apaciguar el torrente de pasión que bullía dentro de ellos. Una vez que las primeras emociones se calmaron, Bianca le contó que se deshizo de las ataduras de su pasado.

—¿Cómo se lo ha tomado tu familia? —le preguntó al notar un leve tono de tristeza en el verde cálido de sus ojos.

—Mal, pero no me sorprendió que así fuera, no había ni la más mínima oportunidad de que mi familia se lo hubiese tomado de manera diferente —suspiró dolida—. Ha ocurrido lo que más temía. El hecho de romper mi compromiso con el chico que ellos eligieron para mí fue una ofensa muy grande. Una parte de mí lo comprende, un tiempo serán señalados por los demás miembros de la comunidad, no podrán acudir a los eventos por culpa de las habladurías. Me considerarán una traidora. Sin embargo, me ha dolido la frialdad con la que se despidieron de mí.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y Max la reconfortó en sus brazos cálidos, consolándola con duces palabras.

—¿Y tu novio? ¿Él como se ha tomado tu perdida? —Se arrepintió al instante de esa pregunta, al notar cómo su cuerpo se tensaba en sus brazos. El silencio aumentó la ola de tensión que se instaló entre ambos. La mirada cálida de ella se oscureció al tiempo que fruncía el ceño.

—No quiero hablar de él. Por favor, nunca me preguntes nada. Pertenece al pasado.

Max se sorprendió por el tono vehemente de su voz y asintió comprensivo. Depositó un beso sentido en su pelo y le pidió en voz baja, cargada de deseo:

—Vente conmigo a mi casa. Múdate hoy mismo, no hay necesidad de esperar ni un minuto más —le pidió con anhelo.

—No puedo hacerlo. —Rio sorprendida por su aplomo—. Necesitamos conocernos. Por ahora he alquilado una habitación en un piso compartido con unas compañeras de trabajo. Max, no seas impaciente, deja que el tiempo fluya.

—No quiero que el tiempo fluya sin sentido. Quiero que fluya a tu lado.

—¿Por qué? —le preguntó presa de un repentino entusiasmo.

—Porque la vida es muy corta —le contestó el abogado, sin saber realmente por qué lo decía.

Regresando al presente, Max sintió unas ganas terribles de llorar. El cuarto estaba silencioso y la máquina que le mantenía con vida, al parecer, funcionaba con normalidad. Se preguntó si las palabras envenenadas de Thomas habrían sido imaginaciones suyas. Debían de serlo. Su mejor amigo no pudo haberse convertido en su enemigo, ni desearle la muerte. Pensó con amargura en que la vida había sido muy poco generosa con él. Le había ofrecido solo un año al lado de Bianca. Si no conseguía liberarse de la prisión en la que se encontraba, no tendrían más recuerdos, ni otros momentos para ellos dos. Su vida se habrá desvanecido como una bola de nieve fundida bajo los primeros rayos del sol.

«Max, si no quieres que esto ocurra, despierta de una maldita vez. Abre los ojos y enfréntate a la vida».

7

Bianca recorrió con la vista la finca silenciosa donde vivían sus amigos. Hizo una larga inspiración para calmar sus nervios, pulsó el timbre de la entrada y esperó paciente. Escuchó pasos detrás de la puerta y, segundos después, la mirada cansada de Thomas le sonrió a modo de bienvenida. Ella ladeó el ramo de hortensias amarillas que había traído para Mary y le dio un abrazo de ánimo al mejor amigo de su marido.

—Muy amable por tu parte haber traído flores, pero no hacía falta haberte molestado, ya sabes, Mary no puede verlas… ni sentir su delicado olor.

—Eso tú no lo sabes —le contestó Bianca, intentado insuflarle optimismo. Le tocó la mano en actitud compasiva buscando animarle—. Acuérdate que soy enferma y, a veces, ocurren milagros. Puede que, en este caso, no haya esperanzas, pero no puede ser nada malo dejar en su mesita de noche un ramo tan hermoso como este. El cuerpo humano responde muchas veces a los estímulos de manera sorprendente. Vamos, tengo ganas de verla y luego necesito hablar contigo de un asunto.

Thomas la invitó a pasar, cruzando un pequeño pasillo que daba a una estrecha habitación. Sin intención, ella recorrió con la vista el salón que quedaba a la izquierda del mismo y observó varias latas de cerveza abiertas y una botella de ron vacía. Unos restos de pizza repartidas en un plato y un cenicero repleto de restos de cigarrillos que daba la impresión no haber sido ordenado en días. Bianca sintió una punzada de lástima, pena y dolor. Recordó los tiempos cuando ella y Max acudían a ese piso a cenar o a ver algún partido de fútbol. Olía a especias, carne asada y bizcocho recién hecho, puesto que Mary era una excelente cocinera. Se reprendió por pensar de ella en el pasado y recordó con nostalgia lo felices que se veían los cuatro mientras compartían bromas, risas y las vivencias del día a día.

Thomas abrió la puerta y un olor a medicinas le golpeó de frente, por lo que se apresuró a acercarse a la ventana y descorrió la gruesa cortina con la mano.

—No la tengas tan encerrada, deja que el sol y el aire puro llegue a ella —le aconsejó a su amigo.

Se acercó y la cama y los ojos se le llenaron de lágrimas. De la mujer alegre, llena de vida que tenía las mejillas sonrosadas y los labios pintados de rojo, no quedaba ni el menor rastro. La mujer postrada en la cama tenía el pelo rapado y un tubo grande conectado a su nariz. La máquina se comprimía con un ruido molesto y su rostro grisáceo parecía contraído, como si aquello le provocase un terrible dolor. No pudo no pensar en Max y en el hecho de que se encontraba en condiciones parecidas, con la única diferencia que, en su caso, todavía quedaban esperanzas. Su corazón latía por sí mismo, el caso de Mary prendía de un hilo, tan fino y frágil que podía romperse en cualquier momento.

—¡Hola Mary! —la saludó intentando aparentar una alegría que realmente no sentía—. Mira, te he traído flores, hortensias, tus favoritas.

Cogió un florero vacío que encontró sobre la mesita de noche y colocó dentro del mismo las flores con mimo, ordenando los tallos con suma delicadeza. Dejó el florero en su sitio y se acercó a la mujer. Le acogió la mano entre las suyas y se estremeció al encontrarla fría y aparentemente inerte. Thomas le hizo a una señal con la cabeza indicándole que se marchaba de la estancia y ella se quedó un rato, leyéndole a su amiga. Después de terminar un capítulo, le dio un beso de despedida en la frente prometiéndole que volvería lo antes que pudiera.

—Siento muchísimo que te haya ocurrido esto. Lo siento tanto… que no encuentro palabras para expresarte mi dolor. Max está en la misma situación, aun cuando su estado físico es bueno no sabemos por qué no despierta. En fin, han pasado ciento diez días desde que este infierno cayó sobre nosotros, y tanto Thomas como yo estamos destrozados. —Se limpió el torrente de lágrimas que surcaba sus mejillas encendidas y salió del cuarto con el corazón partido por la pena y la desazón.

Tocó con los nudillos la puerta del salón y, al recibir permiso, entró. Su corazón se encogió de pena al observar el estado lamentable en que se hallaba Thomas, rodeado de basura y completamente hundido. Él desvió la mirada de ella y bebió un trago largo del vaso de *whisky* que se estaba tomando. Bianca se acercó a él y le obsequió con una mirada compasiva. Se le pasó por la cabeza la idea de sermonearlo por beber tan temprano, pero se controló enseguida. ¿Quién era ella para juzgar a un hombre y su desgracia? Se sentó en el sofá y se sirvió un poco de *whisky* en un vaso que encontró en la mesa. Sonrió con amargura y dijo mientras lo llevaba a los labios:

—Vendrán tiempos mejores, no desesperes.

—No, no vendrán —le contestó él tajante—. La familia de Mary quiere desconectarla la semana que viene. No tiene sentido alargar un sufrimiento que todos sabemos que no tiene fin. —Apuró la copa de *whisky* mientras su mirada perdida se llenaba de lágrimas.

Bianca dejó la copa sobre la mesa y le miró de hito en hito. Alargó la mano y tocó con suavidad la de Thomas.

—¿Y tú qué es lo que quieres?

—Yo quiero que vuelva, pero la Mary de antes, no la Mary de ahora. La estuve contemplando durante días buscando consuelo en el hecho de tomarle la mano, en el hecho de poder hablarle… pero me siento tan destrozado que no puedo soportarlo más. Además, mírala, su cara está contraída, sus labios fruncidos, la expresión de su rostro tensa… Pienso que me está pidiendo ayuda. Es muy poco lo que ha quedado de ella, sé que no está feliz, fue una mujer tan llena de vida, tan activa… No dejo de pensar en todo y sé que tener esto es mejor que no tener nada, pero ¿y si está sufriendo?

—Tranquilo, está en un coma profundo, en teoría es… es… —La joven evitó utilizar la palabra vegetal en su presencia y no supo cómo reanudar el

hilo de la conversación. Se quedaron un tiempo en silencio, cada uno preso de su propio dolor.

Thomas se sirvió otro vaso de *whisky* y ella aprovechó el momento para despedirse. Sacó del interior del bolso un fajo de billetes y se lo entregó.

—Toma, he pedido un préstamo personal. No es mucho, veinte mil… para los cuidados de Mary, por lo menos por un tiempo. Es lo mínimo que puedo hacer por vosotros.

Él abrió muchísimo los ojos sorprendido. Rehusó aceptar el dinero y dijo apenado:

—No hace falta, ¿cómo se te ocurre? ¿Tú de qué vas a vivir si repartes todo tu sueldo en préstamos? Además, tienes que cuidar de Max.

—Me las arreglaré. He pedido turno doble en el hospital, no te preocupes. Acepta el dinero, esto hace que me sienta mejor. Al menos un poco.

—No te sientas culpable, tú no hiciste nada malo. Fue Max el que…

—Lo sé, aun así, quiero que te quedes el dinero.

Bianca dejó el fajo de billetes sobre la mesa y salió corriendo de la casa de sus amigos. Mientras conducía llorando, se preguntó si alguna vez tendría motivos para sonreír de nuevo.

8

Max llevaba despierto bastante rato. No sabía si era de noche o de día, agudizó los sentidos, pero aparte del pitido rítmico de un aparato, no escuchaba nada más. Sentía su cuerpo dolorido, como si hubiese escalado una montaña enorme y se encontrase en la cima de la misma.

Experimentó unas ganas irresistibles de saltar de la cama. La espalda le ardía y notaba un tensor incómodo a lo largo de toda la columna vertebral. Sabía que si no despertaba pronto se le atrofiarían todos los músculos de su cuerpo.

«Vamos Max, hoy tiene que ser el día, abre los ojos y anda, maldito seas. Se acabaron las vacaciones».

Puso todo el empeño y la concentración de la que fue capaz en abrir los ojos. Los parpados pegados se movieron un poco, aun así, parecían cosidos y no consiguió finalizar su propósito. No supo el tiempo que pasó intentado alcanzar su meta, a su parecer, debieron de ser varias horas seguidas. Nadie le visitó en todo aquel rato y pensó con amargura que el amor de Bianca y sus ganas de permanecer junto a él eran cada vez más escasas. Las últimas veces que había despertado no la había sentido cerca.

El gusanito de la duda se coló en su cerebro y envenenó la poca cordura que le quedaba. No, no iba a desconfiar de ella. Su Bianca no le daría jamás la espalda, no obstante, tenía que admitir que notaba cómo la conexión que había entre ellos parecía haberse desvanecido. Hizo un último esfuerzo por abrir los ojos y la desesperación le dejó exhausto, sin fuerzas. No pudo evitar caer de nuevo en su mundo y, esta vez, se sumergió de pleno en su pequeño universo, formado por los días más felices junto a ella.

Se vio a sí mismo andando por la orilla del mar, vestido con unos pantalones holgados de lino blanco y una camiseta de manga corta del mismo color. Iba descalzo y la fina arena le acariciaba las plantas de sus pies mientras caminaba. El vaivén de las olas y el chillido de una gaviota que volaba en círculos sobre la superficie lisa del mar, le distrajo la atención. Se encontraba en la Playa de Teullada, una hermosa pizca del paraíso situado en el suroeste de Cerdeña. La fina arena blanca rodeada por densa vegetación era un auténtico espectáculo para la vista. Se paró debajo del arco decorado con rosas amarillas, las favoritas de Bianca, y le sonrió al oficial del registro civil que en ese instante agitaba la mano hacia él en señal de saludo.

Unos segundos más tarde, observó acercándose a Thomas y Mary, los únicos amigos que los acompañaban en ese día tan especial. Los dos iban vestidos de blanco y parloteaban animados, mientras se acercaban al nervioso novio. Le abrazaron con afecto y gastaron las típicas bromas de que la novia lo dejaría plantado.

En medio de las risas y el buen humor, hizo su aparición. Bianca llevaba un vestido blanco vaporoso que le llegaba hasta los tobillos. La suave

brisa del mar agitaba sus cabellos sueltos y hacia flotar alrededor de su cuerpo la suave tela del vestido. Una corona de margaritas blancas adornaba su frente y, en las manos, sujetaba un sencillo ramo de rosas del mismo color. Max extendió los brazos hacia ella y sus cuerpos se unieron en un sentido abrazo. Se sonrieron felices y, cogidos de la mano, se plantaron bajo el arco decorado con flores, listos para convertirse en marido y mujer.

La ceremonia fue sencilla y preciosa. No faltaron las bromas, los momentos emotivos, el beso ni los buenos deseos de los testigos. Se besaron efusivos bajo el sol de Cerdeña, prometiéndose amor eterno, respeto hasta que la muerte los separase.

—Sí, quiero —dijo él alto y claro, al tiempo que sentía su cuerpo levitar de puro gozo y felicidad.

—Sí, quiero —afirmó ella con su característica dulzura, mientras le mostraba una preciosa sonrisa cargada de promesas.

Una vez la ceremonia hubo finalizado, alquilaron un barco y navegaron hacia ninguna parte en concreto. El movimiento pausado de las olas los llevó a una cala abandonada, de fina arena blanca y rocas de color rojizo esparcidas en círculos y con los picos muy afilados. Max soltó el ancla en la profundidad del mar y cuando estuvo seguro de tenerlo bien amarado, recogieron la cesta de comida que llevaban y se refugiaron dentro de un cobertizo formado por la cresta de una roca cubierta por la densa vegetación. El aire de finales de primavera era húmedo y caliente, pero sin llegar a ser agobiante. Entre risas y bromas, descorcharon una botella de champán italiano y brindaron con entusiasmo.

—¿Has estado alguna vez borracha de ilusión? —le preguntó, mientras alzaba el vaso hacia ella—. En este instante yo creo que lo estoy. Por ti y por mí, y por nuestros primeros cincuenta días.

—¿Cincuenta ya? —Rio Bianca con cierto retintín—. ¿Solo nos conocemos desde hace cincuenta días y ya estamos casados? Me pregunto qué haremos cuando cumplamos cien… o trescientos sesenta y cinco.

Trescientos sesenta y cinco. Una bombilla iluminó el cerebro de Max y ese recuerdo hizo que abriera los ojos de golpe. Cayó en la cuenta de que el día que cumplieron trescientos sesenta y cinco de casados, no llegó a verla, ni a abrazarla, ni le dijo el muy deseado «te quiero». Había llegado el momento de enmendar su error.

Enfocó su mirada en un punto en concreto y se desvaneció la playa, el chillido de las gaviotas, la brisa marina, el rostro sonriente de Bianca y las copas de champán. En su lugar, apareció una habitación pintada en color blanco, con un gran ventanal rectangular. Una lámpara emitía una discreta luz sobre una pared desnuda. Se incorporó un poco y oleadas de mareo agitaron su cabeza que pesaba como el plomo. Observó que llevaba puesto un pijama sencillo, en color azul claro, atado a su espalda. Hizo un intento de levantar su mano derecha, pero no logró su propósito, puesto que de la misma colgaban unos cables conectados a un aparato que emitía un pitido rítmico. Juntó ambas

manos y las miró con atención. Eran extremadamente delgadas y los huesos se veían marcados de una manera muy pronunciada.

Se preguntó cuánto tiempo llevaría dormido puesto que, llevaba las uñas perfectamente cortadas. Se paseó una mano por su pelo y lo encontró igual que siempre, más corto en los laterales y con volumen en la parte de arriba. Se acarició la mejilla y sintió al tacto una perilla de un par de días. Los labios estaban secos y le escocieron al tocarlos.

—¡Hola! —lanzó un grito largo en su mente y se frustró al ver que las palabras quedaron atrapadas en su garganta—. Hola. —Intentó de nuevo, esta vez con más énfasis.

Nada, su voz por el momento permanecía paralizada, no obstante, al menos, había logrado abrir los ojos y ser plenamente consciente. La fuerza del amor que existía entre él y Bianca le había traído de vuelta al mundo. El recuerdo de lo que tuvieron lo había rescatado de sí mismo.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y los ojos sorprendidos de su mujer se toparon con los suyos. Tuvo el pensamiento de sonreírle, pero no logró mover los músculos de su cara.

«Debo de ser odioso, aquí sentado con la cara contraída y los ojos abiertos como platos», pensó al ver que ella se había vuelto pálida como en estado de *shock*. Ante esa tensa situación parpadeó con rapidez, puesto que sabía que este hecho llamaría su atención. El esfuerzo hizo que se marease y estuvo a punto de volver a su mundo particular, pero logró su objetivo y consiguió que ella reaccionase. Se acercó con rapidez y le incorporó la cama en posición obliga para que tuviera un mejor ángulo de movimiento. Pulsó un botón y gritó histérica requiriendo la presencia de un medico. Él alargo la mano y le tocó la curva de su brazo con delicadeza. Ella brincó sobresaltada. Max rozó con suavidad su muñeca enviándole un mensaje tranquilizador con la mirada y ella comenzó a llorar desconsolada.

9

En cuestión de segundos, Max se vio rodeado de varios rostros que le miraban curiosos como si fuese el mono blanco de alguna feria de un pueblo apartado de la civilización. Un médico le abrió los párpados con los dedos enguantados al tiempo que dirigía una luz muy potente a sus ojos. Parpadeó desconcertado, procurando responder a todos los estímulos. Abrió y cerró la boca cuando se lo pidieron y asintió con la cabeza dando a entender que veía perfectamente los cuatro dedos que otro profesional extendió delante de su vista. Después, siguió con la mirada un bolígrafo de plástico de color rojo que una enfermera sacó del bolsillo de su chaqueta para la ocasión.

Cuando le incorporaron en posición sentada sintió un dolor tan grande que creyó presenciar como su columna vertebral se rompía en varias partes. Su mueca dolorida paró un poco el afán de los médicos por explorarlo. Le dejaron en esa posición y le acomodaron un par de almohadas debajo de su espalda.

—¡Hola! ¿Puedes oírnos con claridad? —le preguntó un hombre bajito, entrado en los cincuenta. Ante la mirada desorientada de Max, añadió—: Lo que quiero preguntar es si nos sigues con facilidad.

A Max le hubiera gustado soltarle un par de frescas colmadas de sarcasmos, pero para su desgracia, su voz se le resistía en salir y tuvo que quedarse con las ganas. Consiguió emitir un gruñido que hizo que los asistentes de la sala se mirasen entre sí, alarmados. Definitivamente, no parecía el mono de una atracción, era el mono de una atracción. De pronto, se sintió desanimado al recordar las miradas desconcertadas de los doctores. Podía ser que su situación fuera más grave de lo que había pensado o, que nunca volviera a ser el mismo de antes.

«¿Y si nunca consigo hablar? ¡Oh, no, buen Dios! Por favor, no permitas que me quede mudo, mi voz es mi herramienta de trabajo, quítame lo que quieras, pero no me quites la voz», suplicó. «Ey, cuando digo lo que quieras, tampoco te explayes mucho, ¿eh? Me has dejado hecho una mierda, sin trabajo y sin muchas perspectivas, y si esto es un ajuste de cuentas o algo parecido, estamos en paz. ¿No cree?». Se alegró para sus adentros al observar que no había perdido su sentido de humor. ¿Qué sería de un hombre si no tuviera sentido del humor? Poco más que nada.

En medio de toda aquella lucha interior se acordó de Bianca y la buscó con la mirada. Estaba apartada del séquito de los profesionales, apoyada en una pared, con la mirada perdida. Se veía igual de angustiada y asustada que él. Hizo un esfuerzo mental para comunicarse con ella a través de los pensamientos.

—Bianca, por favor ¡mírame! ¡Ayúdame! Saca a toda esta gente de aquí para que pueda serenarme. Solo tú y yo. Necesito estar a solas contigo. Por favor.

Esperó unos segundos prudenciales y clavó sus ojos en ella. Observó

con claridad cómo se crispaba ante la conexión que, previsiblemente, le había alcanzado. Parpadeaba nerviosa presa de una importante alteración interna. Se abrió paso entre sus compañeros y se acercó a él, sonriéndole con calidez. Levantó la voz y dijo:

—Por favor, no le atosiguéis tanto, dejadle un poco de espacio para que asimile su… su vuelta. —Max sonrió en su interior al ver cómo su naturaleza delicada le impedía usar palabras que a él le pudiesen resultar violentas. Se sintió desarmado ante sus mejillas sonrojadas y su mirada brillante. El amor que sintió hacia ella en ese preciso instante no podía tener más intensidad ni más fuerza—. Yo me encargaré de hablar con él para ponerle al día de todo.

—Pero necesitamos hacerle un chequeo en profundidad. —se apresuró a protestar una enfermera que llevaba apuntando en un folio los datos referentes al ritmo cardíaco, al pulso, la temperatura y la tensión arterial—. Este hombre ha estado sumido en la oscuridad durante cuatro meses.

«¡¿Cuatro meses?! ¿Tanto?». La sorpresa fue tan grande que a Max se le aceleró el pulso en un instante, hecho que provocó una repentina subida de tensión. Un médico de edad avanzada hizo un leve movimiento de cabeza e invitó a sus compañeros a abandonar la habitación del paciente.

—Bianca tiene razón, es mejor que ella misma hable con su marido. Hemos cumplido las normas del protocolo. El paciente ha despertado del coma y sus constantes vitales son normales. Podemos esperar un poco para seguir revisando su comportamiento post amnésico. Ahora lo más importante es su estabilidad psíquica y quién mejor que su mujer para explicarle su situación.

«Así se habla ¡buen hombre!», le felicitó Max alegre, al tiempo que posaba sobre él una mirada cargada de agradecimiento.

En cuanto el séquito de médicos hubo salido de su cuarto, contempló a su mujer sin saber qué hacer a continuación. Se sentía abrumado ante la cantidad de preguntas que pasaban por su cabeza en ese momento, pero sintió temor a conocer las respuestas. Se armó de paciencia y esperó con el corazón desbocado a que ella reaccionase.

Tras varios segundos de silencio, Bianca se acercó finalmente a él y le tomó la mano disponible entre las suyas. Le besó los nudillos con delicadeza, visiblemente afectada, al tiempo que unas lágrimas cristalinas se dejaron caer sobre sus mejillas.

—Max, has vuelto a mí, he tenido tanto miedo…

Le miró a los ojos con una ternura infinita y cuando observó lágrimas saladas derramarse sobre su rostro, se acercó y le dio un beso en los labios. Él reunió toda la fuerza de la que fue capaz y le dio un leve apretón en la mano. Bianca dejó caer sobre su cara una lluvia de besos efusivos y cuando su entusiasmo se fue calmando, dijo:

—Me imagino que tienes muchas preguntas, te contaré algunas cosas, las que yo crea que son las más urgentes, ¿de acuerdo? —Se agachó y sacó una toalla limpia de un cajón y le limpió un poco la cara—. No te angusties,

es normal que no puedas hablar. Sí, ya, ya sé lo mucho que te gusta darle a la lengua, pero por un tiempo será necesario que estés calladito, ¿vale?

Max asintió con la cabeza e intentó hacer un amago de sonrisa que, quedó en eso, en un amago. Cayó en la cuenta de que había perdido dos de las cosas que más amaba de la vida, que eran hablar y sonreír. «Buen Dios, no se te ocurra dejarme así, no es por nada, pero es una pena. Me has obsequiado al nacer con el don de la oración, no es justo que ahora me lo quites».

—Muy bien —exclamó ella al tiempo que le acariciaba la frente con infinita ternura—. Me tomaré esta mueca enfurruñada de tu hermoso rostro como un flamante sí. A ver por donde empiezo. —Se paseó las manos por el pelo en una inequívoca señal de nerviosismo, al tiempo que recogía detrás de la oreja unos cuantos mechones desordenados—. Es muy extraño, he soñado con este momento cada día y hasta tenía un discurso preparado, no obstante, ahora que está ocurriendo me he quedado en blanco. Bueno… supongo que debo comenzar por el principio. Hace unos meses sufriste un accidente. No sé si lo recuerdas.

Le miró expectante y Max bajó la mirada asintiendo de forma leve. Una cascada de emociones encontradas agitó su interior, ya de por sí revolucionado. Sentía dolor, pena, culpa y una pizca de arrepentimiento. Si hubiese dominado su ira y su carácter delante de Hans puede que todo aquello no hubiese ocurrido. Claro que recordaba el accidente. Ella le acarició la mano con ternura y posó sobre él una mirada comprensiva.

—No sé qué fue lo que pasó, la policía dice que ibas muy deprisa en una calle muy estrecha y que perdiste el control. Por lo visto pegaste un frenazo importante y el coche se descontroló y se chocó de forma brusca con los bordillos de cemento que la bordeaban. Tú… tú… —Bianca titubeó nerviosa—. Tuviste suerte de alguna manera, porque el cinturón no se soltó del todo y solo te golpeaste contra el parabrisas. Físicamente estás bien, ya no te quedan marcas. El accidente pasó el treinta y uno de mayo y hoy estamos a quince de septiembre.

La mirada asombrada de Max le hizo sonreír. Le tocó la punta de la nariz en actitud traviesa en un intento de quitarle importancia al hecho que había estado en coma durante tanto tiempo.

—Ya… Me temo que te has perdido el verano. Una pena con lo que te gusta a ti tumbarte bajo el sol. Lo siento mucho, Max. ¿Estás fatigado? Si quieres te dejaré descansar un rato y seguiremos después. Lo más importante es que has luchado como un campeón y estás de vuelta. El resto… ya se solucionará. No estés triste, habrá otros veranos de los que puedas disfrutar.

Max la observaba de un modo extraño, entre sorprendido e inquieto. Alargó la mano y la metió en el bolsillo del uniforme de enfermera de su mujer. Sacó un bolígrafo al tiempo que le hacía señales dándole a entender que deseaba escribir.

—¿Quieres un folio? ¡Claro! ¿Cómo no lo he pensado antes? Esto significa que eres el mismo chico de recursos de siempre.

Sonrió con tanta calidez que a él se le encendió el alma. La observó ansioso por cómo rebuscaba en el interior de un cajón y le daba un folio. Max se apoyó sobre la bandeja extensible que encontró unida a su cama y comenzó a garabatear despacio, con letras mayúsculas como si fuese un estudiante de primaria.

«No, veo que me has quitado la sonrisa, el poder hablar, el verano entero… No me dejes ahora en evidencia y me hagas parecer un torpe delante de ella», pensó al comprender que no tenía la misma ligereza y destreza al escribir de antes.

Al terminar, releyó la nota y sintió vergüenza por la letra deforme e ilegible, pero era el único modo que tenía para decirle lo que sentía, así que se tragó su orgullo y le dio el folio. A continuación, hizo un esfuerzo sobrehumano y consiguió mostrarle una media sonrisa, o al menos esa fue su intención.

Te he echado mucho de menos. ¡Mucho! A veces te escuchaba y a veces soñaba contigo.

Mientras Bianca leía aquello, sus serenos ojos se llenaron de lágrimas al instante. Max alargó el brazo y acarició su mejilla humedecida. Volvió a coger el folio y prosiguió con su intento, agitado.

Eres hermosa hasta cuando lloras.

—Y tú zalamero hasta cuando sales de coma. —Sonrió afectada, enjugándose las lágrimas. Le revoloteó el pelo con la mano, un gesto muy querido por ambos en sus días de felicidad.

Max volvió a escribir:

¿Y Mary?

La expresión del rostro de Bianca fue respuesta suficiente. El joven abogado se inquietó al comprender que lo que había escuchado en los ratos que despertaba del coma, era cierto. Si ella reaccionaba de esa manera era porque Mary, no estaba bien.

—Ha quedado en estado vegetativo —le contestó finalmente, evitando mirarlo a los ojos.

Max cerró los suyos tratando de asimilar esa terrible noticia. Por una milésima de segundo deseó recaer en su mundo, donde al menos, no estaría obligado a enfrentar las consecuencias de sus actos. ¿Cómo volvería a caminar con ese terrible peso sobre sus hombros? ¿Cómo volvería a mirar a Thomas a la cara, sabiendo que le había arrebatado a su mujer? ¿Y Mary? Le había robado la vida a una amiga muy querida. De pronto, recordó el otro coche y se sintió aliviado. Con seguridad la policía habría recopilado bastante información para esclarecer los hechos. Recordaba con claridad que había pisado el freno, porque otro vehículo se acercaba de frente a gran velocidad. Comenzó a escribir sobre el folio la pregunta que rondaba en su cabeza:

¿Y el otro coche?

Ella levantó la cabeza sorprendida.

—¿Qué otro coche?

Una escalofrió le recorrió de arriba abajo. Si el otro coche no había aparecido, aquello podría ser un intento de homicidio. ¿Pero quién podría

desearle la muerte? Y lo más importante, ¿por qué? No recordaba el impacto, podría ser que le hubiese cegado con los faros y, antes de llegar a chocar, hubiera podido dar marcha atrás. O, puede que simplemente estuviera demasiado cansado y alterado y el otro coche hubiera aparecido solo en su imaginación.

Bianca posó sobre él una mirada cargada de compasión y amor infinito.

—No te agobies, al final uno se acostumbra a vivir con lo que tiene, Max. Estas son las cartas que tenemos, debemos aprender a manejarlas lo mejor que podamos, porque no tenemos otras, por ahora. Lo siento. La policía te ha señalado como el único culpable del accidente. Frenaste en medio de la carretera y debido a la velocidad perdiste el control del coche. Tú te empotraste contra el parabrisas y Mary salió despedida. La encontraron varios metros más lejos. No hubo choque alguno, si esto es lo que piensas, el BMW apenas tuvo un par de rasguños, aparte del parabrisas no hizo falta cambiarle ni una sola pieza.

Max cerró los ojos y se dejó caer contra la dura almohada del hospital. Necesitaba encontrar en su interior una pizca de autocompasión para enfrentarse a las consecuencias de esa fatídica noche. Su parte racional deseó no haber despertado jamás. Ni siquiera el abrazo sentido de Bianca pudo ofrecerle consuelo en ese doloroso y duro enfrentamiento consigo mismo.

10

Tres días más tarde, Max abandonó el hospital en compañía de su mujer. Los médicos se explayaron a gusto en hacerle todas las pruebas pertinentes, hallándolo apto para reincorporarse a su vida normal. Seguía sin poder hablar, pero para su sorpresa, aun así los médicos no lo encontraron alarmante. Le tranquilizaron diciéndole que se trataba de un proceso lento, que requería esfuerzo y ganas por parte del paciente. La ciencia no podía ayudarle en ese sentido más de lo que lo había hecho ya. El otorrinolaringólogo que lo atendió le dio algunos consejos para ejercitar las cuerdas vocales y le dijo de forma tajante que volver a utilizarlas dependería únicamente de él.

—Señor Trent, deberá consumir todos los días de ocho a diez vasos de agua para aclarar el mucus y tener las cuerdas vocales lubrificadas y humedecidas. No se esfuerce demasiado en conseguirlo y, de ninguna manera, intente gritar o chillar. No le serviría de nada. Comience por decir palabras sencillas, como si fuera usted un bebé, le recomiendo probar a decir: mamá, papá o agua.

Y ya convertido prácticamente en un bebé al que se le permitía intentar decir mamá y papá, ayudado por Bianca, se montó en el minúsculo coche de ella, un Fiat 500, con rumbo a su nueva vida. No tenía ni idea que debería esperar de sí mismo y por dónde comenzar a retomar su antigua vida. Ni siquiera se reconocía cuando se miraba al espejo. Había adelgazado tanto, que sus facciones ya no parecían las mismas. Sus ojos se veían demasiado grandes y apagados en contraste con las mejillas secas y delgadas. Los hoyuelos que se le formaban en las dos partes de la cara cuando sonreía se habían desvanecido y los vaqueros se le escurrían de un modo feo por su cuerpo delgado. Sus brazos, bien ejercitados antaño por el pádel, se quedaron en dos líneas rectas sosas y hasta su potente reloj suizo, se resistía en quedarse colgado a su lugar de siempre. El joven abogado llevaba un blog de notas colgado en el cuello con una cadena de terciopelo y un bolígrafo sujetado el mismo que, por el momento, era su único modo de comunicarse.

Desde su asiento observaba la forma de conducir de Bianca: intentaba aparentar optimismo y alegría, pero él la conocía bien y sabía que los nervios la consumían por dentro. Tomaba las curvas en círculo cerrado y cambiaba de carril con demasiada frecuencia. Y no utilizaba el intermitente, hecho que, en sus días normales, era algo impensable en ella. Su mujer ocultaba los ojos detrás de unas gafas oscuras de sol, aun cuando el cielo estaba cubierto de abundantes nubes negras. Llegados a un cruce, a Max le llamó la atención el hecho de que Bianca, en vez de adentrarse hacía la autopista que los llevaría a City Center, torcía en dirección contraria, hacia Hulme.

Al instante, agarró el bolígrafo y comenzó a escribir. Le enseñó el cuaderno tirándole un poco de la manga de su vestido para llamarle la atención. Ella echó una breve ojeada a la hoja que ponía:

—¿Adónde vamos?

Se tomó su tiempo en contestarle y cuando lo hizo, ni siquiera le miró a la cara.

—A casa.

«¿A casa? ¡¿Qué casa?!», se preguntó desconcertado. Frunció el ceño preguntándose si el buen Dios le estaría jugando alguna otra trastada. ¿Qué más deseaba quitarle? ¿Los recuerdos? No, no era posible sentir dudas con respeto a todo lo que le rodeaba. Estaba seguro de que antes del accidente vivían en City Center. Tensionado volvió a escribir.

—¿¿Nuestra casa está en Hulme??

—Ahora sí —le contestó ella con tranquilidad y siguió avanzando hacia esa dirección. Tras unos largos minutos de tensión, Bianca aminoró la marcha y se adentró en una pequeña zona de servicios. Aparcó el coche y paró el motor. Se quitó las gafas de sol y le miró de frente—: Max, hay algunos cambios en nuestra vida que me he visto obligada hacer. La letra del ático ascendía a cinco mil libras al mes y yo cobro mil quinientas. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que era imposible afrontar sola nuestra nueva realidad. Pedí una reunión con el director del banco para solicitar un aplazamiento, pero no creas que fueron muy compasivos con nuestra situación. Tienes dinero, vives en City Center, de lo contrario tienes que mudarte. Esas fueron las palabras del señor Corner, nuestro asesor financiero.

Max hizo el amago de escribir en el cuaderno, pero ella le paró.

—Sí, ya sé que en la época que invertías dinero en sus planes de acciones te trataba con mucho cariño, pero te aseguro que ante la nueva situación que vivimos, su amabilidad y cortesía se esfumaron. No pude hacer frente a los pagos y tuve que vender el ático. Lo siento, tú no despertabas y el banco no dejaba de enviarme cartas en ejecutiva. En dos meses se nos juntaron más de cuatro mil libras de intereses, tuve que tomar una decisión y esta me pareció la más sensata. Espero que lo entiendas.

Max la miraba de un modo extraño, entre enfurruñado y dolido. Se abstuvo de coger el bolígrafo para escribir lo que le parecía la decisión de ella, aun cuando sabía que su actitud era como mínimo egoísta. Se sentía impotente y algo sobrepasado al comprender que su mundo entero se había desvanecido como un castillo de naipes. Decidió tomarse un tiempo para serenarse y asimilar los cambios.

—Ya veo, estás enfadado —concluyó tras unos segundos de silencio. Ante ese dolido comentario, Max reaccionó: agarró el bolígrafo y escribió con rapidez:

—No estoy enfadado contigo. Lo estoy conmigo.

Ella acortó la distancia que había entre ambos y le dio un abrazo sentido. Le apretó con fuerza contra su cuerpo, depositando un beso tierno en sus labios.

—No lo estés, solo fue un accidente. El hecho de que hayas conseguido recuperarte es lo más importante por ahora, todo lo demás es secundario,

volveremos a tener un bonito ático algún día, si esto es lo que te aflige. Para pagar las facturas del hospital tuve que vender también el BMW, aunque dadas las circunstancias, no creo que te hubiera gustado volver a conducir ese coche. —Él asintió con la cabeza y se desprendió de sus brazos, pensativo. Volvió a garabatear en su cuaderno:

—Lo siento por todo. A veces me comporto como un gran capullo. ¿Tenemos un lugar donde vivir?

Bianca sonrió y puso el motor en marcha. Mientras se incorporaba a la carretera, afirmó llena de energía:

—¡Sí! Tenemos un pequeño apartamento alquilado en una zona modesta, pero es una calle tranquila y limpia, ya verás que te gustará. Además, tiene un jardín recogido y una barbacoa. Por ahora está descuidado, lleno de malezas y plantas secas, desde que ocurrió todo, prácticamente vivo en el hospital. Tuve que pedir turno doble para hacer frente a los gastos y el poco tiempo que me quedaba lo pasaba contigo. Fue una suerte que te trajeran al hospital donde trabajo.

Max trató de poner buena cara pues comprendía que, de forma involuntaria, había hecho que la vida de su mujer se convirtiera en prácticamente un calvario. Unos veinte minutos más tarde, Bianca aminoraba la marcha y se adentraba en una calle de único sentido, bastante ancha donde se alzaban diez casitas bajas sentadas de forma asimétrica. Tenían la fachada revestida en ladrillo ornamental color naranja oxidada y el tejado de teca estaba ligeramente inclinado hacia el lado derecho.

Su mujer aparcó el coche delante de una de ellas, recogió del maletero la bolsa con las pocas pertenecías que él había llevado encima el día del accidente y le ayudó a salir del coche. Le tomó de la mano con firmeza intentado infundirle entusiasmo y se acercó a la número ocho. Introdujo una llave metálica en la cerradura y, tras hacerla rodar dos veces, Bianca abrió la puerta. Max tuvo que agachar la cabeza para no golpeársela contra el bajito techo de la puerta y, al entrar, se encontró con un comedor pequeño, pero bastante soleado.

Reconoció algunas de sus cosas personales, como un gran espejo egipcio, que había traído de un viaje a El Cairo, y una muñeca de madera negra, que le habían regalado sus amigos en su despedida de soltero. Era insólito pensar que, desde su despreocupada despedida de soltero, había pasado solo un año. Max se sentó en el sofá como si fuese un completo extraño. No se sentía cómodo en su piel, como tampoco se sentía en aquella casa.

Bianca abrió la puerta corredora del salón que daba a un pequeño jardín. Una ráfaga de viento ondeó la colorida cortina y la corona de un árbol asomaba sus ramas cargadas de hojas verdes y marrones. Max agudizó la vista y observó una pequeña parcela descuidada y una mesa de madera destartalada.

Respiró hondo intentando serenarse puesto que se sentía tan aturdido y desorientado que no podía soportarlo. Una vocecita envenenada le gritaba

furiosa en su cabeza, culpándole de todos los malos habidos y por haber y no sabía cómo acallarla. Su nueva casa se veía decente, para él y Bianca era más que suficiente, pero representa todo lo que odiaba.

Comprendió que había regresado a sus inicios y, toda su lucha por superarse y escalar puntos en la sociedad, había sido borrada de un plumazo de su vida. No quería vivir de forma angosta en un barrio humilde, pero tampoco deseaba volver a su vida anterior, fría, estresante y agobiante.

¿Qué es lo que quería entonces? ¿Por qué de repente el mundo entero parecía haberse encogido?

Mientras aquel torbellino de emociones se formaba dentro de su cabeza, se levantó y se acercó pensativo al pequeño jardín. Necesitaba agarrarse con desesperación a algo y, ese algo era Bianca. Recordó la ilusión que brilló en sus ojos al mencionarle el jardín. Si no era capaz de encontrar su lugar en el nuevo mundo que se abrió delante de él, podría comenzar a embellecer un poco el mundo de ella. Con esos renovados ánimos, se agachó y comenzó a recoger las hojas secas repartidas sobre la parcela. Pronto, se vio reconfortado por los cálidos rayos de sol que se filtraron a través de una nube oscura y se posaron sobre su nuca provocándole una sensación de sosiego. Los malos pensamientos se fueron disipando poco a poco y, por un breve espacio de tiempo, olvidó el accidente, la desgracia de Mary, la culpa, el remordimiento y la impotencia que sentía.

Bianca se le unió momentos más tarde. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y vestía un chándal de color gris claro que la hacía parecer muy joven y muy hermosa. Puso en marcha una cadena musical y de fondo comenzaron a sonar los acordes sutiles de una hermosa canción acústica. Le animó con una amplia sonrisa y comenzaron a trabajar codo con codo en el jardín. Cuando terminaron de recoger las hojas y las ramas secas, limpiaron la mesita de madera y acomodaron sobre las sillas de plástico unos cojines acolchados que ella sacó de una caja. Se sentaron agotados por el esfuerzo, contemplando satisfechos su pequeño rincón del paraíso que ya ofrecía mejor aspecto.

Bianca cubrió la mesa con un mantel de color blanco y trajo una bandeja con el almuerzo, compuesto por ensalada de lechuga con tomates y remolacha, junto a unos filetes de ternera a la plancha. A Max le costaba todavía tragar la comida; no obstante, experimentó un placer enorme al sentir en el paladar el sabor de la carne poco hecha. Mientras la voz de Sting se escuchaba de fondo, y Bianca parloteaba contenta sobre los arreglos que necesitaba la casa, Max comprendió sorprendido que, contra todo pronóstico, se sentía feliz. O puede que se sintiera incluso más feliz de lo que había estado en mucho tiempo. Se levantó de la mesa y se acercó al extremo más alejado del jardín donde divisó una pequeña flor, de tallo delgado y pétalos amarillos. La recogió y escribió con rapidez en su cuaderno:

Gracias por enseñarme que es la felicidad. Te quiero.

Ella se quedó paralizada con el tenedor a medio camino de su boca. Los

ojos se le llenaron de lágrimas y un brillo intensó iluminó su mirada. Sonrió con ternura y se abrazó a su cuello.

—Hace un año, entraste en mi vida y me enseñaste qué era la felicidad. Te quiero mucho, Maximilian Trent. Es increíble que, hasta sin poder hablar, provoques en mí tantos sentimientos.

11

Nada más abrir los ojos, Max supo que ese día sería uno de los más difíciles de su vida. Se levantó sin ganas de la cama y se acercó a la ventana del dormitorio, que daba al exterior de la casa desde donde se podía contemplar la calle principal. La casa estaba sumida en un silencio sepulcral, puesto que no había amanecido todavía. Bianca tenía el turno de noche en el hospital por lo que Max se encontraba solo. Solo y sin rumbo en la vida. Apartó la cortina un poco y recorrió con la vista las nueve casitas sucumbidas en la oscuridad. Un par de farolas de hierro repartían un poco de luz y un gato callejero deambulaba sin prisa por la acera adoquinada.

El joven abogado devolvió la atención al dormitorio y observó que, sobre una percha le esperaba un traje color oscuro y una camisa blanca, perfectamente planchada. Acarició la tela y recordó su vida de antes del accidente. El traje había formado parte de su día a día y, para el Max de antaño, era un abrir y cerrar de ojos el ponérselo y anudarse la elegante corbata al cuello. El Max de ahora se sentía preso de ansiedad solo de pensarlo y le parecía una pieza de vestimenta extraña, que no encajaba de ningún modo con él. En un par de horas sería un cruel verdugo que presenciaría la muerte de su víctima, puesto que Thomas y la familia de Mary decidieron desconectarla de los aparatos y, ese día, todo aquel que lo deseara, podía acercarse para despedirse de una Mary que todavía respiraba por cortesía de las máquinas. Asimismo, ese día, tenían previsto desconectarla y enterrarla. Era extraño pensar que la vida humana fuese tan poca cosa y el espacio de tiempo que separaría a la Mary viva y la Mary muerta, fuese tan breve y efímero. Y el hecho de saberlo de antemano, lo convertía en algo macabro.

Max sabía que la gente le miraría con morbo y no podía culparlos, porque ante sus propios ojos él sería el hombre que había provocado el fatídico accidente que la dejó en estado vegetativo. Era como resolver una ecuación matemática de la que se conocía el resultado de antemano. Si tirabas del extremo final del hilo, del hecho de que Mary iba a ser enterrada aquel día, llegabas al origen del problema, que fue el terrible accidente. Hasta un niño de ocho años podría encontrar la solución fácilmente. ¿Quién fue el responsable del accidente? El señor Maximilian Trent. Su único consuelo era que no había recuperado todavía la voz. De ese modo, no se vería obligado a decir sandeces ni aparentar ser un hipócrita, porque ¿qué podría decirse en un caso así?

Mientras esos pensamientos rondaban por su mente, acudió al baño para ducharse. Se dejó la barba de dos días sin afeitar y analizó su perfil en el espejo. Desde su vuelta a la vida real pasaron quince días y su aspecto había mejorado visiblemente. Consiguió engordar un par de kilos y su rostro se asemejaba bastante al de antaño. Los hoyuelos volvieron a aparecer en sus mejillas, aunque se mostraban con poca frecuencia porque no tenía demasiadas razones para sonreír. Envuelto en una gruesa toalla de algodón,

acudió a la cocina abierta y se sirvió una taza de café. Había bizcocho recién hecho y pan tostado, pero no se sentía capaz de tragar bocado. Acabó el café y se obligó a acercarse al temido traje. Inspiró profundamente y comenzó a vestirse de forma mecánica.

Salió de la casa sin mirarse al espejo y esperó paciente la llegada del taxi, ya que no se sentía capaz todavía de volver a coger un coche.

Un cuarto de hora más tarde, el taxi le dejó delante del apartamento de sus amigos. Mientras esperaba paciente a que le abriesen la puerta, pensó en lo extremadamente incómoda que sería su presencia para la familia de Mary y sus amigos.

«No debería haber venido», se regañó a sí mismo hasta el punto de querer dar media vuelta y marcharse. Pero se lo debía a Mary. Tenía que despedirse de ella y decirle lo mucho que lo sentía. Pidió al universo que Bianca hubiese llegado, porque sin ella se sentía perdido.

«Vamos, Max, pareces un crío de cinco años. Respira y camina. No queda otra», se insufló ánimos al tiempo que la puerta se abría delante de él y la mirada hostil de su mejor amigo, Thomas, le contemplaba fijamente, sin pestañear.

«Thomas. Su mejor amigo. El marido de Mary. El hombre que cabía la posibilidad de que le odiase si no fuesen imaginaciones suyas las palabras que escuchó aquel día en el hospital».

—Hola, Max. Pasa. —Le tendió la mano intentando parecer amable, pero la tensión se respiraba en el aire.

¿Y quién podría culparlo? No quería ni imaginarse el infierno que debía de estar pasando su amigo aquel día. ¿Qué pude ser peor que despedir a tu mujer en vida y dejar su alma volar de forma consciente? Se preguntó qué hubiese hecho él de haberse tratado de Bianca. No pudo ni siquiera imaginárselo.

Max le apretó la mano con todo el entusiasmo del que fue capaz y, acto seguido, abrió el cuaderno que llevaba colgado del cuello y le enseñó una hoja que ya había garabateado mientras iba de camino. Solo contenía tres palabras escritas en mayúsculas:

Lo siento. Mucho.

Las mejillas de Thomas se tiñeron de rojo al leer aquello y Max no supo interpretar si las emociones que pasaban por su amigo eran de enfado, furia, impotencia u odio. Se estudiaron un par de segundos en un tenso silencio y, finalmente, el anfitrión, dijo:

—Si quieres despedirte de Mary, puedes entrar. No se me pasó por la cabeza que ibas a aparecer, la verdad.

A Max aquella observación le dolió. Asintió con la mirada y siguió a su amigo con paso inseguro dentro del apartamento. Multitud de ojos se posaron en él al llegar a un salón repleto de amigos y gente que quería a Mary. A Mary, que seguía respirando en la habitación de al lado y que pronto dejaría de hacerlo.

Max pensó que, si las miradas afiladas tuvieran el poder de asesinar, con seguridad hubiera dejado de existir en ese mismo instante. Su cuerpo se puso rígido y comenzó a inflamarse por todas partes debido a la tensión que se formó tras su aparición. Saludó con una leve inclinación de cabeza, sintiendo que sus piernas iban a desfallecer en cualquier momento. Buscó con la mirada a Bianca, al menos sabía que contaba con su compasión, pero el universo en esa ocasión le enseñó su cara hostil, dejándole enfrentarse solo a sus actos. No supo cómo consiguió llegar a la habitación y, una vez allí, le costó acostumbrar la vista a la tenue luz que repartía una lámpara situada en la mesita de noche. De la mujer luchadora y llena de vida que recordaba, no quedaba nada. En la cama, envuelta en una gran sábana de color blanco, se veía una sombra grisácea conectada a un tubo de plástico que hacía un ruido extraño al bombear oxígeno en sus pulmones.

La mirada de Max se empañó y se sintió el hombre más miserable del mundo. Le tomó la mano con delicadeza y la acercó a sus labios. Le besó los nudillos y le pidió perdón en su mente, deseando que la conexión funcionase para que ella pudiera escuchar su arrepentimiento.

Recordó lo último que hablaron antes del accidente y sintió una extraña regresión al pasado.

«A veces las mujeres tenemos un pronto intenso, pero ¿sabes?, los intensos suelen ser los mejores, tan rápidos que vienen, tan rápidos que se van».

Max le acarició con suavidad la mejilla y se preguntó si Mary tendría momentos de lucidez, en los cuales sabía lo que estaba pasando a su alrededor, y si se sentía atrapada dentro de su propio cuerpo, así como lo estuvo él. Deseó con todas sus fuerzas que simplemente estuviera dormida. Su mente intentó contactar con la suya y comenzó a hablarle.

«Daría lo que fuera para cambiar lo que pasó esa noche. Todos nuestros amigos piensan de mí lo peor, pero tú estabas allí conmigo, sabes tan bien como yo que fue un accidente. Un coche venía de frente hacia nosotros, hice lo que pude dadas las circunstancias. Ojalá no te hubieras lesionado y entre los dos hubiésemos buscado el culpable. No paro de preguntarme quién podría desear nuestra muerte. O puede que solo la mía. Ojalá nada de esto hubiese pasado. Me encantaría haber venido hoy a tu casa para compartir una de tus comidas, que tan ricas te salían siempre. Como por ejemplo el pato al limón. Dudo mucho que a alguien más le salga tan sabroso como el tuyo. Por favor, perdóname o, por lo menos, inténtalo. Te deseo buen viaje, querida amiga».

Le apretó la mano y dio un beso de despedida en sus nudillos. La vista se le nubló por el torrente de lágrimas que empañaron su mirada. Max se sintió mareado y a punto de desfallecer, por lo que se apoyó en la pared y cerró los ojos. Un dolor agudo se removía en su interior y por un breve espacio de tiempo, perdió el contacto con la realidad. Simplemente dejó de ver, sentir y sufrir.

Cuando volvió en sí, notó cómo las manos cálidas de Bianca le

friccionaban las mejillas entumecidas. Abrió los ojos y el amor que vio en la mirada de su mujer le insufló fuerzas para reponerse.

—Cálmate, ya ha pasado. —Lo tranquilizó con voz suave y dulce—. Fue muy valiente por tu parte venir y despedirte de nuestra querida Mary. No te dejes llevar por el sentimiento de culpa. Si dices que apareció un coche de frente y tuviste que frenar de esa manera, yo te creo. Y Mary estuvo allí contigo, seguro que lo sabe también. No te atormentes, los accidentes son eso, accidentes. Fue muy injusto lo que te pasó a ti y a ella, ojalá tuviéramos el poder de arreglar las cosas, pero no es así. —Bianca lo miró a los ojos con determinación—. Tendrás que aprender a vivir con ello, Max, no te queda de otra. ¿Recuerdas lo que te dije en una ocasión? Que la vida reparte las cartas y uno debe de aprender a jugar con lo que tiene. Ahora irás a lavarte la cara y te repondrás. Tenemos que acompañar a Mary en su último viaje, se lo debemos.

Los siguientes instantes pasaron a cámara rápida. Un médico acompañado de varias personas de la funeraria desconectaron los aparatos y certificaron la muerte. Media hora más tarde, un ataúd cerrado salía de la casa subido a los hombros de cuatro hombres fornidos, y fue depositado en un coche negro, adornado con coronas de flores multicolores. Lazos brillantes impresos con palabras de pésame, dolor y despedida se ondeaban al viento.

La marcha hacia el cementerio fue dolorosa y, de vez en cuando, los sonidos estridentes de los cláxones de los coches traspasaban el sepulcral silencio de la mañana.

Las puertas del cementerio estaban abiertas de par en par y el corteje fúnebre seguido por el séquito de los amigos y los familiares se acercó a la cripta familiar donde Mary descansaría para siempre.

Mientras la gente se iba despidiendo de ella, palabras cargadas de rencor y resentimiento llegaban a los oídos de Max. Era considerado como el culpable de esa desgracia, y lo peor de todo, era que él mismo lo sentía así. Se hubiese prestado de buena gana a que lo golpeasen, apedreasen o cualquier otra cosa dolorosa, para poder escapar de las cortantes garras del arrepentimiento y la desazón.

Cuando ya no quedaba nadie, Max se acercó a la tumba y lanzó un puñado de tierra sobre el ataúd. Le entraron náuseas al observar el contraste que ofrecían las rosas rojas depositadas sobre el fondo marrón húmedo de la tierra. Arrimó su cuerpo al mármol de la lápida y a su alrededor todo se oscureció.

12

La consulta del psicólogo era espaciosa, se trataba de una estancia diáfana con techos altos y paredes lisas, pintadas en tonos pastel. Desde su sillón, Max observaba cómo la cortina de triple seda color plata, hacía juego con la gran alfombra mullida que cubría el suelo de parqué. Un jarrón de cerámica albergaba un ramo de lirios frescos y una gran cantidad de diplomas encuadernados justificaban el alto precio que cobraba el psicólogo por una consulta.

La puerta se abrió y un hombre menudo, vestido con pantalones de pana y jersey a juego, entró saludando. Desde hacía algún tiempo, Max acudía una vez por semana a la consulta de John Bitte. No lo hacía por voluntad propia, sino por haber sido obligado por un juez a hacerlo. Le habían condenado a un año de prisión por conducción imprudente y lesiones, pero al no tener antecedentes penales no tuvo que ingresar en la cárcel. Asimismo, debía de asistir a la consulta del Dr. John Bitte, quién emitía informes de forma regular sobre la salud psíquica de su cliente.

—Señor Trent, me alegro de verle —le saludó con fingido entusiasmo nada más entrar—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Estoy bien —articuló el joven abogado sin mucha convicción.

Desde que despertó del coma pasaron seis semanas y, aparentemente, estaba curado. Al menos, su estado físico así lo demostraba. Tras largas semanas de impotencia y esfuerzos fallidos había recuperado el habla, aunque no tenía la misma fuerza ni el mismo ritmo en sus cuerdas vocales.

—¿Qué cree que le falta para ser el mismo hombre activo y enérgico de antes del accidente?

Max se sorprendió por la pregunta y sonrió sin humor. Ese psicólogo, a pesar de la multitud de diplomas y títulos que ostentaba, parecía tonto. Deseó soltarle unas cuantas palabras colmadas de sarcasmo, pero pensó en los informes semanales que hacía sobre su estado psíquico y se contuvo. No quería empeorar su situación, así que respondió con franqueza cometida:

—Muchas cosas. Para empezar poder dormir bien por las noches, recuperar mi autoestima como hombre y acallar los demonios de mi cabeza. Como ve, no pido demasiado.

—¿Mantiene relaciones sexuales con su esposa?

Al escuchar aquella sencilla pregunta, la barbilla de Max casi chocó con el reluciente parqué de la consulta del psicólogo. Sus ojos desorbitados se fijaban en él con incredibilidad.

—¿Qué pregunta es esa? —estalló enfadado.

—Una muy sencilla, solo me tiene que contestar con un simple sí o no. Aunque no lo crea los estados traumáticos quitan el apetito sexual y es complicado volver a recuperarlo. Con esto quiero decirle que, si su respuesta es no, sería de lo más normal.

Max clavó la vista en sus zapatos y se entretuvo un tiempo en

contemplar los lazos bien anudados de los mismos. Se sintió extraño, como si fuese un estudiante pillado por su profesor copiando en el día del examen. Porque sí, aquello era cierto, desde que había regresado de su mundo, no pudo volver a acostarse con Bianca. En un principio no le dio importancia por sentirse débil, después por tener miedo a intentarlo y, finalmente, por estar aterrado ante el fracaso. La mirada cargada de lástima del psicólogo le quemó la sangre. No estaba dispuesto a aceptar la compasión de nadie. Se incorporó en el sillón, agarrándose con fuerza de los brazos del mismo, y alzó su mirada en una inconfundible señal de puesta en guardia.

—Mire. —El psicólogo se quitó las gafas de vista con gesto cansado y las dejó sobre la superficie lisa de su escritorio—. No es algo de lo que tenga que avergonzarse, ni siquiera le tiene que preocupar. Pienso que su salud psíquica no corre peligro ni está afectada de modo alguno. Solo tiene un cuadro severo de depresión.

—Me estoy medicando para la depresión. —Se vio obligado a aclarar ese punto, molesto, porque el psicólogo no lo supiera.

—Lo sé, siga con el tratamiento, pero pruebe también a cambiar algo en su rutina. Le han ocurrido muchas cosas malas en un intervalo corto de tiempo y es normal que no pueda asimilarlas. Se ha quedado sin empleo, sin casa, sin voz, una de sus mejores amigas ha fallecido, en fin, el accidente, la condena, su inactividad sexual y laboral, imagino que no debe ser nada fácil. Pero ¿sabe qué? Es usted un hombre fuerte y le quedan todavía muchas cosas bonitas por vivir, aunque en este momento, no lo crea. Le voy a proponer una cura diferente. Aléjese por un tiempo de todo. Una o dos semanas, llévese a su esposa a un lugar paradisíaco y comience de nuevo.

Los ojos de Max se convirtieron en dos pelotas de *ping-pong,* puesto que no daba crédito a lo que estaba escuchando. Normalmente, el psicólogo le daba charlas interminables sobre la memoria cognitiva, el desfase de niveles, el valor de poder asimilativo, y ese día se había saltado todas esas choradas y le mandaba… ¡de vacaciones a un lugar paradisíaco!

Inaudito. Sorprendente. De locos.

No pudo evitar preguntarse si a los loqueros se les iba la pinza de vez en cuando.

«Buen Dios, hay que ser compasivo conmigo», se dijo entre asombrado y divertido. Sin embargo, cuanto más pensaba en esa opción, más le atraía la idea. Comenzar de nuevo, lejos de los recuerdos dolorosos, apartados del mundo, solo él y ella. Por su mente pasaron imágenes de un interminable cielo azul juntándose en el horizonte con la inmensidad del mar, y sus cuerpos tumbados sobre la fina arena, disfrutando de los rayos cálidos del sol.

Unos diez minutos más tarde, salió de la consulta atolondrado. El aire gélido de principios de noviembre se filtró dentro de su cuerpo a través de la delgada cazadora de cuero que llevaba puesta. Sentirse azotado le sentó bien y, pronto en su cara congelada, apareció una expresión pletórica. Por primera vez en mucho tiempo parecía ilusionado.

Mientras caminaba con paso apresurado por la acera asfaltada, buscó con la mirada un banco abierto. El abogado recordó que tenía una cuenta de ahorros donde apartaba todos los meses cantidades ilusorias de dinero para los viajes. No tenía idea del dinero que pudo haberse juntado, puesto que hacía mucho que no comprobaba esa cuenta; solo esperaba que fuera una cantidad decente para poder pagar unas vacaciones en condiciones. Entró en el primer banco que encontró abierto, pensando en lo extraño que podía llegar a ser el pensamiento humano. Hacía apenas una hora ni se le pasó por la cabeza la idea de hacer un viaje y, en ese instante, le parecía de vital importancia hacerlo.

Se acercó a un cajero e introdujo su tarjeta en la ranura correspondiente. Localizó las dos cuentas aferentes a la misma y actualizó los saldos. En la principal llevaba la cantidad de dos mil doscientas libras esterlinas y en la cuenta asociada a los viajes se habían juntado algo más de cuatro mil libras. Poseído de un gran frenesí liquidó la segunda cuenta y se guardó todo el dinero en la cartera. Una pequeña sombra de arrepentimiento y culpa se cernió sobre él, al recordar la cantidad de deudas que tenían pendientes.

Por el momento, Max no había comenzado a trabajar y dudaba de que lo fuera a poder hacer en breve. Necesitaba reincorporarse al mercado laboral, pero su voz le salía todavía muy débil y no se sentía preparado para volver a las luchas diarias, a las confrontaciones y a los juegos sucios que debía hacer para ganar los juicios.

El primer paso que debía dar era reconciliarse consigo mismo y retomar la confianza en sus posibilidades. Reavivar la llama del amor y tapar las fisuras de su matrimonio. Bianca no se quejaba nunca y no dejaba ver su desolación, pero Max sabía que ella llevaba la procesión por dentro y sufría en silencio el gran vacío que se había formado entre ellos.

Una ráfaga de aire le hizo estremecerse. Entró en un edificio que albergaba distintos tipos de empresas y buscó una agencia de viajes. En el primer piso encontró lo que buscaba. Una chica rubia, alta y bien vestida, le recibió con su mejor sonrisa. Max se sintió incómodo ante sus muestras de coquetería. Había perdido todas las facultades habidas y por haber con el género femenino. No sentía deseos de coquetear, sin embargo, vivía entre la gente y tendría que volver a socializar con los demás.

—¿Qué destino le apetece? —le preguntó la chica al tiempo que desplegaba delante de él varios folletos atractivos a la vista—. Italia, Florencia, Paris, tal vez, ¿Ibiza? —Posó el índice sobre una soleada playa de piedras y, mientras golpeaba el plástico colorido del folleto con una larguísima uña roja, añadió—: Canarias, sería una estupenda opción para esta temporada invernal, ahora mismo hay veinticuatro grados.

—No me atrae ningún destino de Europa. —Negó con la cabeza, al tiempo que dosificaba las palabras con cuidado—. Me gustaría viajar a algún lugar… paradisíaco.

Un brillo intensó iluminó la mirada de la chica. Con esa euforia

indisimulada dejaba entrever que la comisión que recibiría por un destino así sería mucho más suculenta de lo que había previsto en un principio. Premió al joven abogado con una generosa sonrisa y se acercó apresurada a una estantería repleta de catálogos atractivos. Sacó uno con gesto decidido.

—Punta Cana. Ahí es donde tiene que ir si quiere unas vacaciones diferentes. Tenemos una oferta de último minuto. Le ofrezco un todo incluido caribeño de nueve días y ocho noches a tan solo dos mil libras por persona—. Mientras le explicaba las condiciones del hotel y los servicios aferente, sus uñas rojas recorrían el dibujo de un mapa—. Viajará con su… ¿novia? —le preguntó con creciente interés.

—No. Viajaré con mi esposa. Me parecen bien las condiciones que has mencionado, vamos a formalizar la reserva. Quiero viajar a la República Dominicana cuanto antes. Pagaré ahora mismo en efectivo.

—Muy buena elección, señor. —Alabó la chica, dejando la impresión que el destino elegido había sido solo la idea del cliente. Se dispuso de inmediato a completar sus datos en una ficha—. Además de todas las comodidades que le he comentado, le obsequiaremos con una excursión a la selva para conocer el país en profundidad. ¿Le gustaría?

¿Una excursión en la selva?

Todos los sentidos de Max se agudizaron y una enorme satisfacción se apoderó de todo su ser. Acto seguido se sentó ante el escritorio de la chica y formalizó la reserva, sintiéndose renovado, ilusionado y optimista.

Segunda parte
Bianca

1

Bianca verificó por enésima vez el contenido de su maleta. Se sentía extraña al acariciar las suaves telas de los vestidos vaporosos de tirantes que había metido, mientras escuchaba cómo una furiosa tormenta golpeaba los ventanales de su dormitorio. Observó preocupada los movimientos bruscos que hacía la colorida cortina, por lo que se acercó para cerrarla del todo. Fue sorprendida por una frenética corriente de aire que la traspasó de arriba abajo insuflándole un extraño presentimiento.

Siguió con sus quehaceres, pensando en lo extraño que se le hacía viajar en ese momento a un destino paradisíaco con su marido. La situación entre ella y Max era muy tensa y por mucho que se esforzaban para recuperar la magia que hubo entre ambos antes del accidente, no lo conseguían. Un abismo cada vez más grande los separaba día a día.

Bianca sabía que tenía que ser paciente, puesto que sus heridas estaban muy profundas. Lo veía aparentar delante de ella normalidad, pero el Max de antaño no tenía casi nada en común con el de ahora. Su Max de antes estaba lleno de optimismo, de jovialidad, un tipo activo e incansable. La sorprendía cada día con pequeños detalles y le sacaba una sonrisa hasta en los momentos más complicados. Le hacía el amor casi todas las noches. El Max de ahora no salía de casa y apenas entablaba conversación. Desairó a todos los amigos que quisieron retomar el contacto con él y pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su cuarto, tumbado en la cama y con la mirada fija en el techo. El día que le dijo que el techo estaba agrietado y debían pintarlo, a ella se le cayó el mundo encima.

Intentó ser fuerte, valiente y optimista. Sobre todo, optimista. No obstante, tras dos meses de dura convivencia, sus fuerzas comenzaban a flaquear. ¿Y si nunca volvía a ser el de siempre? Se sintió completamente ridícula, el día que investigó en internet si tras un coma temporal, una persona podría dejar de sentir apego hacia sus seres queridos. Desde que su marido había regresado al mundo, no había mostrado gestos de afecto hacia ella ni la había tocado. Todo lo que consiguió en los momentos más tiernos fueron unos besos fugaces y unos abrazos desprovistos de pasión alguna.

Paciencia, paciencia y más paciencia le aconsejaban los médicos, pero tras meses de esperanzas vacías, comenzaba a tener dudas de que algún día pudiera recuperar a su marido.

A pesar de ello, un día la triste monotonía se vio alterada y las cosas cambiaron. Una semana atrás, Max llegó a casa entusiasmado, luciendo en el rostro una sonrisa cargada de promesas, una de esas adorables sonrisas suyas que hacían aparecer en sus mejillas unos encantadores hoyuelos. El corazón de Bianca dio un vuelco cuando él se acercó de improviso y la cogió en sus brazos. Dio varias vueltas con ella por la habitación y al dejarla en el suelo, besó sus labios con una dulzura infinita.

—Prepara las maletas. Nos vamos de vacaciones.

¿Vacaciones? ¿¡Vacaciones?! Se quedó tan sorprendida que no fue capaz de abrir la boca. Estaban en pleno mes de noviembre y apenas conseguían pasar el mes de forma decente, las deudas se amontonaban cada día y Max no daba señales de querer volver a trabajar. Ni siquiera mostraba deseos de intentarlo. Bianca hacía verdaderos malabares para repartir su pequeño sueldo y tapar todos los agujeros. No quería sacar a relucir el tema del dinero por temor a presionarlo y retroceder en su mundo. Sabía que la mente humana podía tener comportamientos muy extraños ante las situaciones de estrés. Si ella le hablaba de la mala situación económica que tenían, podría sentirse presionado para volver a trabajar y, ante un más que posible rechazo laboral, se sentiría fracasado. Y lo último que Bianca deseaba era que su marido se sintiera de esa manera. Hasta que la situación lo permitiera sería paciente en este sentido. Max hubiera hecho lo mismo, si el caso hubiera sido al revés, de esto estaba segura.

—¡Mira! —le pidió animado, mientras sacaba un sobre del bolsillo interior de su chaqueta—. Ya tengo los billetes comprados. Nos vamos a la República Dominicana.

—República Dominicana —repitió en estado de shock, *al tiempo que se preguntaba si la salud mental de Max estaba afectada—. No es posible, es un destino… muy caro.*

—Es caro, es verdad, pero te aseguro que muy pronto, tú y yo haremos este viaje. Solo tienes que arreglar tus vacaciones en el hospital. Nos vamos la semana que viene. El resto ya está solucionado.

Bianca se acercó a él en actitud preocupada. Le tocó la frente para asegurase de que no sufría algún estado febril. Observó que la piel de Max no estaba ardiendo, al contrario, la sintió fría bajo la palma de su mano.

—Max, no puedes estar hablando en serio. Un viaje al Caribe debe de costar mucho dinero. Además, aun cuando lo tuviéramos, no podemos hacerlo, tú estás en recuperación… ¿a qué viene todo esto?

—El día de nuestro aniversario no aparecí por casa ni tuve la oportunidad de decirte lo mucho que te amaba y los felices que fueron los trescientos sesenta días de nuestro matrimonio. Te debo una disculpa por esa noche y debo a nuestra pareja la oportunidad de reencontrarse. Relajarnos, olvidar las deudas, los problemas, las preocupaciones. Dejarnos llevar y permanecer el día entero abrazados. Volver a hacer el amor. Volver a ser el Max y Bianca de antes.

Las lágrimas comenzaron a caer por su rostro, al comprender que la posibilidad de recuperar a su marido se había convertido de pronto en realidad. En ese preciso instante cayó en la cuenta de que Max deseaba tanto como ella ser el mismo de antes. Y lo más importante era el hecho de que no la había olvidado. Sus sentimientos seguían ahí, escondidos bajo su piel, solo necesitaban una pequeña ayuda para salir de nuevo a la superficie.

—Me has convencido —claudicó, al tiempo que se echaba en sus brazos—. Me has convencido, aunque mi parte racional me dice que debería

de hacerte cien mil preguntas.

—Deja tu parte racional que descanse unas semanas. —Su marido le tocó la mejilla con delicadeza y un brillo pasional volvió a resplandecer en sus ojos—. Has pasado unos meses horribles, estás muy cansada, necesitas desconectar. Confía en mí, sabes que soy un chico de recursos. Te aseguro que el coma temporal no me ha quitado todas mis cualidades.

Contra todo pronóstico, el gesto preocupado del rostro de ella se suavizó y esbozó una sonrisa generosa.

—Vale, Max, confiaré en ti. No te haré ninguna pregunta. Dime la fecha y el destino y arreglaré mis vacaciones en el hospital. No he descansado en meses y todas las vacaciones de verano las he pasado trabajando, así que no deberían de ponerme ninguna pega. ¡Qué subidón! Nos vamos de vacaciones.

Bianca devolvió la atención a su maleta y las dudas se cernieron de nuevo sobre ella. Al día siguiente tomarían un vuelo de ocho horas para aterrizar en Punta Cana, un paradisíaco destino caribeño. Verificó los billetes de avión y el hotel donde se alojarían y se quedó sorprendida al ver que los próximos ocho días viviría en una habitación de cinco estrellas. Miró pensativa la excursión a la selva que harían en el ecuador de la semana y sintió una leve inquietud ante ese destino, que al parecer harían a lomos de unos caballos. El folleto publicitario le reveló que recorrerían unos diez kilómetros de pasajes solitarios en medio de la selva. Su parte de enfermera se preocupó por los posibles mosquitos, las enfermedades ocultas bajo las hojas de los árboles o cualquier otro inconveniente que pudiese aparecer. Se extrañó de que Max contratara una excursión con esas características, nunca se había mostrado atraído por la naturaleza, ni había sacado a relucir su parte aventurera. Mientras guardaba con sumo cuidado los papeles en la cartera, un folio se cayó al suelo y su nombre escrito en la cabecera de este, le llamó la atención. Se sintió muy confundida al ver que se trataba de un seguro de vida a su nombre. El día que su marido había contratado las vacaciones, había contratado también dicho seguro. Sin saber a qué se debía ese hecho, lo dejó guardado con los demás papeles y se centró en elegir la ropa que llevaría al día siguiente. Saldrían de Manchester a cinco grados bajo cero y aterrizarían a Punta Cana a veintisiete. ¿Qué ropa podría adaptarse a esos extremos tan alejados?

2

El avión aterrizó a la hora prevista y Bianca se sintió extraña al pisar el suelo de Punta Cana. Despegaron de Manchester a primera hora de la mañana y, tras un par de horas de vuelo, hicieron escala en París. Salieron del aeropuerto parisino a las tres de la tarde y tras más de diez horas de vuelo, llegaron a su destino de día, debido a la diferencia horaria.

Bianca sentía su cuerpo debilitado, puesto que estaba sufriendo los efectos del cansancio. En Manchester serían las cuatro de la mañana, pero la luz solar enviaba al cerebro una información desconcertante. Tras acabar las formalidades aduaneras y completar todos los permisos de entrada en el país, se juntaron en una zona habilitada como sala de espera, donde un guía les esperaba para darles las primeras indicaciones:

—¡Buenas tardes, gente guapa! —les saludó con una alegría contagiosa. Se trataba de un hombre alto, de porte elegante y sonrisa traviesa. El color aceituna de su piel contrastaba con el polo rojo intenso que llevaba puesto—. ¡Bienvenidos a la República Dominicana!

El grupo de turistas soltaron unos gritos y vítores de agrado y Bianca sonrió contagiada por el carácter alegre del guía. Colmada de buenas vibraciones, miró de soslayo a Max que, en ese instante, reía de buena gana.

—Mi nombre real es Facundo, pero aquí todo el mundo me llama Papá George. Grabar este nombre en vuestras memorias porque ante cualquier imprevisto, problema o deseo, seré vuestro Dios o, dicho con otras palabras, seré vuestro contacto con este lugar. ¿De acuerdo?

Los turistas soltaron unas sonoras carcajadas y el nombre de Papá George se propagó en masa entre todos ellos. Ninguno creía, en esos eufóricos instantes, que lo fueran a necesitar.

—Ahora, es el momento de organizarnos. Por favor, acercaros a mí de uno en uno para enseñarme vuestras identificaciones. Después, nos montamos en el autobús que veis ahí aparcado y ponemos rumbo al hotel. En una media hora, más o menos, llegaremos a nuestro destino. Mientras viajemos, les pondré al tanto de algunas normas de este país, porque querida gente guapa, nuestra tierra no tiene nada que ver con la vuestra. Así que mientras estáis aquí, olvidar todo lo que sabéis, abrir vuestros corazones y dejaros mimar.

Bianca contemplaba embobada al guía mientras le escuchaba hablar, puesto que sus palabras arrastraban de sus hombros el gran peso que llevaba meses cargando. Era justo lo que ella necesitaba, soltarse los lastres y olvidar. Max la tomó de la mano infundiéndole señales de alegría y positivismo. Le dedicó una de sus sonrisas de antaño que hizo que ella se derritiera por dentro. Mientras se acomodaba en su asiento, se convenció de que ese viaje reavivaría su amor y devolvería la esperanza perdida a su matrimonio.

—Gente guapa, prestarme atención —les pidió Papá George una vez que todos los turistas estaban instalados en sus respectivos asientos. Cuando obtuvo la completa atención de todos, chocó las manos en señal de

positivismo—. Lo primero que tenéis que hacer es dejar de mirar los relojes. Esconderlos al fondo de vuestras maletas o tirarlos directamente por la ventana. En Punta Cana nos movemos cómo nos pide el cuerpo, no nos dejamos condicionar por lo que dice el reloj. Por ejemplo, no os pongáis nerviosos si al pedir una caña, no llega enseguida a vuestras manos. ¿Por qué? Porque tenéis que aprender a respetar los cinco minutos dominicanos. Nosotros no nos castigamos el corazón como vosotros, decimos ahora, pero es un ahora adecuado a nuestro ritmo, ¿de acuerdo? Aquí no hay nada preciso, todo puede ser posible, pero no en el instante que uno lo pida. Todo se hace posible en el momento que tiene que ser posible. Ni antes, ni después.

El guía hizo una pausa y bebió un trago largo de una botella de Coca-Cola. Verificó unos cuantos mensajes que había recibido en su móvil, ajeno a las miradas expectantes del grupo de turistas que continuaron con las miradas clavadas en él. Papá George no se sintió presionado, ni en la obligación de dejar lo que estaba haciendo para seguir entreteniendo al grupo de ingleses, sino todo lo contrario. Hizo una llamada a un amigo suyo, que a primera vista no requería ninguna urgencia, puesto que solo hablaron del tiempo y dos o tres tonterías más. Colgó y, finalmente, regresó la atención a la gente.

—Ya estoy con vosotros, veo que algunos me han cronometrado el tiempo que he estado hablando por teléfono y esto me dice que no han aprendido la primera regla: el tiempo. Dejadlo que fluya, por favor. —Sonrió con picardía y juntó las palmas en actitud reflexiva—. Espero dos cosas por vuestra parte, mientras disfrutáis de este paraíso. La primera y, la más importante, es que os dejéis mimar por todas las cosas buenas que hemos preparado. —Una avalancha de aplausos seguida de unos cuantos gritos de alegría hicieron a Papá George sonreír—. Y la segunda es no enfermar. Sí, gente guapa, por favor, hacedme caso, lo peor que podéis hacer mientras permanezcáis aquí es enfermar. Porque los médicos escasean y los pocos que hay cobran cifras astronómicas. Las medicinas son caras.

—¿Y cómo podríamos conseguirlo? —le preguntó irónico un pelirrojo fornido que iba sentado en primera fila de asientos—. Nadie en su sano juicio quiere enfermar, más aún cuando se está de vacaciones.

Papá George esbozó una enorme sonrisa que hizo aparecer una hilera de dientes blancos e igualados. Señaló con el índice al pelirrojo y dijo en tono conspirador:

—Preocupaciones cero, por favor. Papá George tiene un remedio preventivo hasta para esto. Os recomiendo que, cada día, antes de cada comida, cena o desayuno, toméis un chupito de Mamá Juana. Vuestro cuerpo y vuestra salud os lo agradecerán.

Los turistas soltaron carcajadas, pues algunos de ellos ya habían escuchado los milagros que era capaz de hacer esa bebida medicinal compuesta de unas plantas, ron blanco, vino tinto y miel. Un coche, que adelantó veloz por la derecha al autobús en el que viajaban les llamó la atención. Siguieron con la mirada la trayectoria del coche, pues aquello podría

desencadenar en un accidente. Ante ese hecho, Papá George lo aclaró.

—Será mejor no conducir mientras estéis aquí, coged siempre un taxi. Lo normal en la República Dominicana, suele ser circular por la parte derecha de la calzada y se adelanta por la izquierda, pero no hay ninguna norma que nos impida adelantar por la derecha. Un buen dominicano en su coche hace lo que le da la gana que para eso es suyo. Puede tomarse una cerveza fresca mientras gira el volante, puede adelantar por la derecha o puede ir a la velocidad que le parece oportuna. Aquí la gente no vive encorsetada ni tiene tantas normas, seguimos de alguna manera las normas del buen sentido.

De pronto, Papá George pareció indispuesto. Volvió a coger su móvil y dejó de hablarles a los turistas que esperaban ansiosos ser alojados y descansar. El autobús se desvió del camino principal y giró hacia uno secundario que los llevó a una urbanización cerrada, vigilada por varios agentes de seguridad.

A pesar de ser un poco más tarde de las seis, el sol comenzó a ponerse, dejando unas huellas rojizas a su paso en el cielo limpio de un color azul intenso. Un camino flanqueado por un seto de arbustos bajos, perfectamente cortados, se extendió delante de los turistas y multitud de hoteles y villas aparecieron situadas en primera línea del océano. El autobús paró delante de una recepción abierta refrescada por unos grandes ventiladores giratorios. Los botones que se encargaban de atender a los recién llegados iban vestidos con distintiva ropa blanca y llevaban las cabezas cubiertas por unos gorros redondos de paja. Se llamaban maleteros y estaban a la completa disposición de los turistas durante toda la estancia.

El maletero destinado a Bianca y Max se llamaba Andrés y, nada más hacer las formalidades de entrada, les colocó en las muñecas unas pulseras de color morado. Ese pequeño trozo de plástico adherido a la muñeca era muy poderoso, puesto que era la seña de identidad del cliente. El color morado te autorizaba a ser un pequeño Dios, puesto que podías ir a comer a cualquier restaurante de la zona, las veces que quisieras. El turista que ostentaba ese color podía entrar a cualquier discoteca, sala de espectáculos, piscina cubierta, *spa,* peluquería o salón de masajes del recinto. Podías beber las copas que te apetecieran de noche o de día, en la playa o en cualquier chiringuito playero.

Una vez explicadas las maravillas que podía hacer la pulsera morada, el maletero cargó con el equipaje de ambos en un coche sin techo y acompañó al matrimonio Trent a su apartamento. El sol se había retirado y era completamente de noche cuando llegaron a su habitación, puesto que en esa parte del mundo a las siete de la tarde ya era de noche. Unas farolas refulgentes iluminaban una acera adoquinada situada delante de la villa.

La habitación 123 era inmensa, toda pintada en blanco con grandes ventanales de madera y techos altos de los cuales colgaban unos enormes ventiladores giratorios, como los de la recepción, que disipaban con sus movimientos circulares la humedad. Desde la estancia se accedía a un gran balcón que contenía una mesa cuadrada y dos prácticas sillas de madera.

Desde ahí, se podía contemplar el baile frenético de las olas que bailaban sobre la superficie lisa del océano Atlántico. Olía a salado, a húmedo y a alegría.

Max se dejó caer con gesto teatral sobre la majestuosa cama que se encogió bajo su peso. Tiró del cordel que colgaba del gran ventilador y aumentó el ritmo de sus giros. Suspiró de gozo al verse refrescado por las ráfagas de aire que se agitaban a su alrededor. Bianca se unió a él y comenzaron a dar pequeños saltos para comprobar la elasticidad del colchón como si fuesen dos chiquillos que hacían travesuras en ausencia de los padres. Durante un par de segundos no expresaron sus opiniones, simplemente disfrutaban maravillados de todo aquel entorno.

—Me encanta este país. —Dio voz a sus pensamientos Max, mientras pegaba un último salto que hizo que la cama formase varias olas bajo su peso —. Por primera vez en mucho tiempo pienso que todo es posible.

—A mí me encanta la gente. —El rostro resplandeciente de Bianca, unido al entusiasmo de su voz, denotaban entusiasmo y dicha—. Me parecen tan simples y a la vez tan complejos… Ven la vida desde un punto diferente al nuestro. No paro de preguntarme si nuestra manera de actuar es errónea. Me da la sensación de que aquí se respira felicidad.

Max se giró hacia ella atrapándole el cuerpo menudo bajo el suyo. Selló su boca con un beso hambriento y desató la pasión que muy pronto afloró bajo la superficie de su piel encendida. Bianca respondió a sus demandas de forma necesitada, dejando los sentidos manifestarse libremente.

Con gestos nerviosos comenzaron a quitarse la ropa y soltaron unos largos suspiros de gozo cuando sus cuerpos desnudos se unieron en el íntimo contacto. No hubo tiempo de más besos ni caricias preliminares. La cruda necesidad les hizo recurrir a los instintos más primordiales y bajo el húmedo aire removido por el ventilador, el cuerpo de Max se movió de forma rítmica sobre el de ella. La llenó con toda su virilidad y comenzó un baile de embiste y retirada que tuvo como consecuencia la elevación al vacío de ella, que se dejó llevar entre gritos ahogados y suspiros de gozo, por culpa de haber estado tanto tiempo reprimidos. Max necesitó unas embestidas finales, largas y furiosas, como si ese gesto le hubiera liberado de las largas cadenas que llevaba puestas. Se vació de fuerzas dentro de ella y hundió la cabeza en sus pechos al tiempo que mordía uno con gesto salvaje.

Bianca agradeció el mordisco, pues la hacía sentirse viva y mujer por primera vez en mucho tiempo. Arqueó el cuello para ofrecer un mejor ángulo y atrajo con ímpetu la cabeza de Max hacia sus pechos hambrientos. Cuando el frenesí de él se calmó un poco y sus necesidades estuvieron acalladas, se volvió deliciosamente tierno y cambió los mordiscos salvajes por suaves caricias conciliadoras.

Cerró sus labios alrededor del pezón de ella y lo succionó con delicadeza como si fuera un delicioso helado. Los gemidos de Bianca le animaron a seguir en su cometido y se sintió levitar al notar que su cuerpo

encendido vibraba como no lo había hecho en mucho tiempo. Emociones que creía dormidas resucitaron y afloraron de debajo de la superficie de su piel. Rodeó el cuerpo enardecido de su mujer al tiempo que sus manos acariciaban de forma apremiante su piel. Recorrió el contorno de sus caderas y después, siguió la misma tortura de forma perniciosa a través de sus muslos. Le separó las piernas con la mano y comenzó de nuevo a encenderla con la boca. Durante un tiempo sus cuerpos hablaron por sí solos y tomaron el uno del otro todos los placeres que durante tanto tiempo habían estado olvidados.

3

A las seis de la mañana el sol eclipsó el gran ventanal del dormitorio de los Trent acariciando con sus rayos dorados las espaldas desnudas. Max fue el primero en despertarse y, por un breve espacio de tiempo, pensó que estaba soñando. Había dormido varias horas seguidas, cosa que le ocurriría muy pocas veces desde antes del accidente.

Su cuerpo saciado flotaba en una especie de nube esponjosa y, por primera vez en mucho tiempo, su mente estaba acallada, serena y en paz. Todo lo que en su mundo habitual no se atrevió a soñarlo, en este lugar lejano lo había conseguido sin apenas esforzarse. Se sentía poseído del Max de antaño, del Max animado, vigoroso y lleno de vida. Se entretuvo un buen rato en observar la expresión complacida del rostro de Bianca, mientras dormía. Su mujer continuaba todavía sumida en algún sueño placentero que le hacía respirar de forma rítmica, mientras que sus labios permanecían tensados en una media sonrisa.

Se acercó a su espalda desnuda y depositó un beso fugaz sobre ella. Le acarició los hombros redondos y subió despacio hacia su cuello. Hundió los dedos en sus cabellos y le estiró con suavidad algunos mechones. Ella reaccionó a los estímulos placenteros que le provocaron las suaves caricias y abrió los ojos perezosa. Sonrió pletórica y buscó los labios de su marido, donde depositó un dulce beso.

—Buenos días, hermoso, ¿qué tal has dormido?

—Hacía una eternidad que no me llamabas hermoso. Comenzaba a dudar de mis cualidades físicas, para serte sincero.

Ella estalló en una repentina risa cristalina.

—Puedes llegar a dudar de muchas cosas, pero nunca de tu físico. Y me da a mí que tú ya lo sabes.

Como respuesta él dejó un beso pasional en sus labios.

—He dormido de un tirón, me siento renacido. Y con muchísima hambre. ¿Qué hora es? —le preguntó al tiempo que se incorporaba y se apoyaba sobre una gran almohada de plumas que se amoldaba de forma natural bajó el peso de sus anchos hombros.

Bianca alargó la mano y contempló la pantalla de móvil con el ceño fruncido.

—Qué hora quieres saber, ¿la de aquí o la de Manchester?

—Si lo pienso mejor, no me hace falta saber ninguna. —Resolvió riendo, mientras la atraía hacía él y la acogía entre sus brazos—. Mientras vivamos aquí vamos a hacerle caso a Papá George. Dejaremos el tiempo fluir, sin horarios ni normas. Tenemos hambre, movemos los culos hacia algún restaurante, no la tenemos, no quedamos aquí haciendo el amor hasta cansarnos.

—Eso sueña deliciosamente poderoso —le contestó mimosa—. No obstante, mi parte racional, ya sabes ese pequeño rinconcito que tenemos los

humanos para mantenernos con los pies en la Tierra, me dice que un poco de orientación horaria vamos a necesitar. Son las siete, hora local, vamos a mover los culos para buscar algo de desayuno, estoy hambrienta.

Max pegó un pequeño mordisco en el hombro de su mujer y acarició de forma perniciosa el perfil de sus pechos con las yemas de sus dedos. Preguntó con voz ronca:

—¿Cuándo dices hambrienta, lo dices con doble sentido?

—No, Maximilian Trent, lo digo en el más estricto sentido de la palabra. Necesitamos alimentar nuestros cuerpos antes de un nuevo y pasional asalto. Además, tengo muchas ganas de sentir la brisa del océano sobre mi piel, no me basta con verla desde la ventana.

—Me parece genial, preciosa —indicó con dulzura, al tiempo que se levantaba de la cama y encaminaba sus pasos hacia el cuarto de baño.

Un cuarto de hora más tarde, el señor y la señora Trent salían de su apartamento cogidos de la mano. Max llevaba un pantalón blanco corto y una camiseta a rayas blancas y azules que ofrecía un aire vacacional a su apariencia. Bianca, un vestido corto de tirantes, amarillo, que apenas le cubría las caderas, y un sombrero blanco de paja.

Desayunaron en el primer restaurante que encontraron abierto, una rica tortilla mejicana con pepinillos, queso, maíz, jamón de pavo y pimiento rojo. Bebieron un rico batido de frutas exóticas llamado esencias tropicales y finalizaron el desayuno con un café bien cargado.

Encaminaron sus pies hacia la playa envueltos en la suave brisa marina que les acariciaba la piel. Se quitaron las chanclas y hundieron los pies descalzos en la arena fina y caliente. El cosquilleo que les producía bajo la planta resultaba muy placentero. Encontraron dos tumbonas protegidas por una gran sombrilla de paja, situada en la primera línea del océano. Extendieron las toallas azules impresas con el logo del hotel sobre la superficie firme de las hamacas y se recostaron sobre ellas. Las olas se agitaban con lentitud y con su movimiento parecían entonar alguna canción rítmica y relajante. Las altas palmeras que surgían de la blanca arena agitaban sus ramas verdes en el sentido de la brisa, ofreciéndole al lugar una impresionante belleza natural. Max se cubrió los ojos con las gafas de sol y se dejó empapar de la hermosura de aquel retazo de paraíso.

—Quieren tomar algo, ¿señor, señora?

Al escuchar el ofrecimiento se incorporó un poco y se topó en su campo visual con un camarero joven que le saludó con una generosa sonrisa. Solo llevaba puesto un bañador colorido y mantenía en la mano una bandeja repleta de diferentes tipos de bebidas como el Coco Loco, Piña colada, Blody Mary y otros refrescos.

—¿No es muy temprano para ofrecernos bebidas? —Rio ante la mirada expectante del joven.

No se imaginaba comenzar el día en Manchester con un Coco Loco, por ejemplo. Se preguntó distraído que opinaría Hans al respeto.

—Aquí nunca es temprano ni tarde para nada, señor —le contestó el chico con educación mientras ladeaba la cabeza y se sentaba en la tumbona vecina, preso de una tranquilidad y sosiego que Max envidió.

No pudo evitar pensar en la agitación europea, donde era impensable sentarse tranquilamente a la espera de que el cliente se tomara su tiempo en decidir.

—¿Tienes Mamá Juana? —Bianca se incorporó apartándose las gafas de sol que llevaba puestas—. Papá George, nuestro guía, nos la recomendó para prevenir posibles enfermedades —le aclaró al joven, quien la observaba con creciente interés.

—Mamá Juana cura todas las enfermedades posibles, señora. Te duele la cabeza, esta bebida te alivia, tienes malestar en la barriga, Mamá Juana sale en tu ayuda, no tienes apetito sexual, tomas un chupito de golpe y el apetito sube por tus venas.

Bianca sonrió ante las extensas propiedades de la bebida estrella dominicana. El joven, animado por su sonrisa, le sirvió un vasito que tenía un atractivo color coral.

—No sé si vuestra bebida puede hacer todo lo que dices, pero es innegable que sabes venderla muy bien. Gracias. —Tomó un pequeño sorbo y levantó el pulgar en alto, señal de que sabía deliciosa—. Además, está muy buena, parece un licor.

Max se sumó y pidió otra para él. Una vez se lo hubo servido, el camarero ambulante se despidió de ellos con un guiño de ojo y encaminó sus pasos hacia un grupo de turistas suecas. Tras calentarse la sangre con la potente poción de Mamá Juana, Max y Bianca decidieron darse un baño en las cristalinas aguas. La temperatura era agradable y las suaves olas se sucedían con lentitud una tras otra. Se sumergieron y se dieron un beso pasional en las profundidades. Hasta que, al salir, se llenaron los pulmones de una generosa cantidad de oxígeno entre risas.

—Mi formación de enfermera me dice que todo lo que estamos haciendo va en contra del sentido común. No puede ser bueno tomarnos una bebida que cura todos los males posibles nada más desayunar, para después sumergirnos bajo al agua y besarnos hasta quedarnos sin aire, pero jolines, ¡sienta todo tan bien!

Max braceó unas cuantas veces, alargó los brazos formando la señal de «V» inversa y se dejó caer en el agua, salpicando a su alrededor una lluvia cristalina. Salió revigorado, como un dios griego renacido del mar. Pequeñas esferas de agua brillaban sobre su torso mojado y su mirada almendrada centellaba presa de un real entusiasmo.

4

Los ventiladores rodaban con cierta pericia en lo alto del techo de madera que cubría la amplia zona de la recepción. Decenas de turistas soñolientos, bostezaban mientras se tomaban el primer café del día. A pesar de ser solo las seis de la mañana, Papá George los había citado para comenzar la excursión a la selva cuanto antes. A las seis y cuarto, un autobús de color amarillo estacionó delante del recinto y los ochenta y cinco turistas, la mayoría ingleses, se montaron en busca de aventura.

Bianca apuró su café y se llevó algunas provisiones de la barra del bar, como fruta, chocolate y unas barritas energéticas, por si surgían algunos imprevistos. Asimismo, verificó los frascos de medicinas que llevaba en su riñonera y comprobó que tuviera bien adherida a la piel la pulsera antimosquitos que se había comprado para la ocasión. Un mal presentimiento no dejaba de rondarla y se reprimió a sí misma por ser tan poco dispuesta a vivir la vida y a enfrentarse a cosas y retos nuevos.

Max, por su parte, parecía un niño pequeño en busca del Arca de Noe. Su mirada almendrada brillaba por la expectación, y una expresión de plenitud y satisfacción irradiaba en su rostro. Parecía haber despertado después de un largo sueño, y la vitalidad y alegría que le caracterizaron siempre, salieron de nuevo.

El autobús se puso en marcha y tras recorrer las calles adoquinadas del recinto, se incorporaron a una carretera que serpeaba unas montañas frondosas. El sol hizo su aparición y una brisa suave sopló de manera agradable. Pronto divisaron unas casitas pequeñas de paja, ordenadas de forma asimétrica y Papá George les explicó que aquel era el primer pueblo que visitarían. Se pararon en una cafetería para tomar el desayuno y después continuaron el viaje en un camión sin techo, parecido a los de safari, para estar más cerca de la naturaleza. Los entusiastas turistas, junto al guía y al conductor, atravesaron varios pueblos y zonas aisladas, salpicadas por la densa vegetación y árboles exóticos, e hicieron otra parada cuando llegaron a un embarcadero. Desde ahí continuarían el viaje en barco para poder adentrarse en la otra parte del país y visitar la selva.

Mientras pisaba el suelo destartalado del barco, Bianca sintió reales deseos de renunciar a esa aventura. Los ochenta y cinco turistas sobrepasaban el límite permitido de viajeros, ya que algunos de ellos fueron sentados en la parte alta del barco, al lado de un joven que lo conducía. En el caso de que ocurriese alguna emergencia, dudaba mucho de que estuvieran preparados para afrontarla. Le entraron dolores de cabeza al ver a los despreocupados turistas subidos en el techo, bebiendo cervezas, ajenos a cualquier otra cosa que no fuera disfrutar de las vistas y la brisa marina. Apretó con intención la mano de Max y él le dio un beso efusivo en los labios.

—Disfruta de esta bonita sensación de libertad, no pienses en nada malo.

—Max, si alguno de nosotros se cayera al agua, ¿crees que podrían rescatarnos?

Él recorrió con la vista el pequeño transporte en busca de algún objeto salvavidas. Posó la mirada sobre un flotador medio desinflado, intentado parecer animado. Ella, al advertir sus pensamientos, estalló en una repentina risa.

El viaje fue más placentero de lo que Bianca había supuesto en un principio. El conductor sintonizó una cadena musical en su teléfono móvil al que previamente había conectado a unos altavoces sin cables, por lo que los alegres acordes de una bachata sonaron con mucha fuerza llenando de buenas vibraciones los corazones de los ingleses. Bianca olvidó sus temores y se dejó mimar por el balanceo rítmico del barco, el sonido de las olas que se rompían contra los laterales, y la suave brisa que le acariciaba la piel con suma delicadeza.

Alrededor de la una del mediodía pisaron de nuevo tierra firme. Lo primero que hizo Papá George fue llevarlos a un chiringuito donde los turistas probaron gambas rojas en salsa marinada, la comida típica del lugar, y arroz con habichuelas. La cerveza se sirvió en abundancia y los excursionistas salieron encantados de ese lugar para adentrarse en la selva. Hicieron el primer recorrido a pie hasta que llegaron a una zona habilitada como punto de partida, que olía a salado y a excrementos de caballo. Los viajeros debían de cambiarse el calzado que llevaban puesto, por unas botas altas de caucho y protegerse la cabeza con unos cascos. Una vez que Papá George quedó contento con la preparación del grupo, les explicó los pasos a seguir.

—Querida gente guapa y aventurera, escuchadme unos momentos, por favor. Os veo muy lanzados y eso me parece estupendo, pero necesitamos estar siempre en grupo, así que haced el favor de no alejaros o tomar rutas desconocidas. Realmente, no hay peligro de nada si seguís la fila, puesto que la encabezará un monitor y la cerraré yo. Como bien sabéis, nos adentraremos en la selva y caminaremos a lomos de los caballos que tenemos aquí, unos diez kilómetros aproximadamente. Cuando lleguemos al segundo punto de encuentro haremos los tres kilómetros restantes a pie, porque a partir de ahí el terreno es muy accidentado y abrupto, y los caballos no pueden seguir. Nuestro objetivo principal es disfrutar de los olores y los sonidos de la selva, pero os aseguro que el destino que os tengo preparado es poseedor de una exquisita belleza. Se trata de la Gran Cascada, un punto turístico de inigualable valor, al que muy poca gente puede acceder. Por valientes, a todos aquellos que logren llegar, les dejaré descansar en la cascada un par de horas. Podréis bañaros, hacer fotos, y el amor si lo consideréis necesario. —Los turistas soltaron unas carcajadas ante esa ocurrencia—. Dicho esto, en marcha. Os asignaré vuestros caballos y, en menos de lo que canta un gallo, estaremos en la selva. A disfrutar de los sonidos y los olores y, por favor, no os salgáis de la fila.

El caballo designado a Bianca se llamaba Moreno y era

extremadamente delgado. Tanto, que le dio pena montarlo. Una chica joven que cuidaba de los animales se le acercó y su mirada color aceituna, la interrogó ansiosa.

—Vamos, señora, tiene que montar. El grupo está listo para partir.

—Me parece que mi caballo está un poco cansado y se le ve débil. No me atrevo a sentarme en la montura.

La mirada de la chica, que más tarde supo que se llamaba Jazmine, se volvió ojiplática.

—Nuestros caballos nunca se cansan, señora. Entretener a los turistas es nuestro pan, y si rechaza montarlo, el responsable pensará que Moreno no ha cumplido con su deber y no le dará su ración de comida.

Fue el turno de Bianca para quedarse sin habla. Acarició la frente del caballo y ayudada por Jazmine, subió y se acomodó en la pequeña montura que el animal llevaba sobre sus lomos. Se alineó en la fila, buscando con la mirada a Max. Estaba tan ansioso de partir que se encontraba a la cabeza de la fila junto al monitor. Montaba un caballo ágil, de color blanco grisáceo, y cuando sus miradas se encontraron le hizo un gesto efusivo con la mano, llamándola a su lado. Bianca dio un suave toque en el lomo de Moreno, como había visto que hacía Jazmine cuando quería que algún caballo aumentara el trote, y se alineó junto a su marido que sacaba su móvil para inmortalizar el momento.

—¡Por los nuevos comienzos! —exclamó pletórico y acercó su cabeza a la de su mujer al tiempo que sacaba una bonita instantánea de sus rostros satisfechos—. Sonríe, preciosa.

Bianca se dejó contagiar por su alegría, olvidó sus temores y comenzó a adentrarse en la selva, presa de unas renovadas ganas de aventura y nuevos descubrimientos. No llevaban ni diez minutos de caminata cuando una potente lluvia tropical cayó sobre ellos. El terreno, de por si accidentado, se volvió en cuestión de segundos resbaladizo y abrupto. Los pies flacos de Moreno se perdían en el fango untuoso y su ritmo disminuyó de forma visible.

Bianca se sorprendió de que la lluvia fuese tan caliente y sintió un auténtico placer al sentir aquellas gotas caer sobre su piel. Abrió los brazos como una mariposa en pleno vuelo y se dejó abrazar por el agua. El ambiente exótico y misterioso formado por el olor a hierba mojada y los sonidos extraños hacían un eco diferente, dejando a los ingleses excitados y embriagados. Aquello era naturaleza en estado puro, belleza, pureza, y vida.

Moreno caminaba cada vez con más dificultad y Bianca cayó en la cuenta de que la mayoría de los compañeros de viaje la estaban adelantado. Le animó a Max para que se fuera, puesto que su caballo era muy veloz y le costaba ir al paso lento de Moreno. Un tiempo después, llegó a una empinada y se indispuso al ver los esfuerzos del pobre animal para mantenerse de pie. No pudo soportar más el sufrimiento del caballo, por lo que se bajó de sus lomos y continuó la ruta a pie. No supo el tiempo que pasó caminando junto al dócil animal ni tampoco le importaba.

Unos minutos más tarde, la lluvia desapareció de la misma forma misteriosa que había aparecido. Sin más, las gotas dejaron de caer y el sol volvió a resplandecer en el alto del cielo. La joven consiguió alcanzar al resto de los turistas en un atajo y, tras un breve descenso a través de un camino inhóspito, se desplegó delante de ellos una hermosa pradera. Se pararon en el punto de encuentro establecido y dejaron a los caballos descansar para continuar el recorrido a pie. Desde una pendiente observaron alzarse una zona rocosa, muy irregular. Los turistas descendieron a través de unas escaleras custodiadas por las ramas frondosas de unos árboles tupidos.

En esta ocasión, Max permaneció junto a su mujer durante todo el camino, la tomó de la mano y juntos comenzaron a descender por aquellas escaleras resbaladizas y poco amables al andar. Sofocados por el calor y la densa humedad, llegaron sudorosos a un claro desde dónde pudieron contemplar en todo su esplendor una impresionante cascada. Nacía en lo alto de una pared rocosa y caía de forma elegante en medio de una piscina natural de color verde oscuro. En la parte baja de la pared, se habían formado varias paredes secundarias entre las cuales, el agua caía en forma de cortina ondeante.

Bianca y Max siguieron el ejemplo del resto de los turistas y se quitaron la ropa, luciendo cuerpo y bañador. Se adentraron en la piscina natural y se dejaron envolver por el sonido rítmico de las gotas al caerse sobre la superficie del agua.

El abogado se llevó a su mujer a una pared secundaria que divisó al pie de la montaña y, alejados de las vistas de los demás, le dio un ardiente beso en los labios, al tiempo que abrazaba su cuerpo resbaladizo.

—Estoy pensando en poner en práctica los consejos de Papé George —le dijo con voz seductora y pasional.

—No te atreverías. —Rio al tiempo que respondía deseosa a su beso cargado de intenciones.

—Claro que me atrevería. —Max se hizo el ofendido y, para dar fe de sus palabras, le quitó la parte de arriba del *bikini* acariciándole con deseo los pezones excitados. Pronto tuvieron que refrenar sus intenciones y aplacar la pasión que hervía bajo sus pieles encendidas, puesto que otros turistas descubrieron su pequeño rincón del paraíso. Mientras traspasaban la fina cortina de agua que separaba aquel lugar del resto de la cascada, Max se paró en seco y declaró con fervor:

—Nunca olvidaré lo nuestro. —Su voz sonó dulce, pero al mismo tiempo inquietante—. Te amo, preciosa.

Bianca abrió los ojos de golpe, presa de un terrible mal presentimiento. «¿Nunca olvidaré lo nuestro?». ¿Y por qué tendría que olvidarlo?

5

Un vendedor ambulante ofrecía a los cansados turistas bocadillos fríos de jamón de pavo y queso, junto a bebidas a base de frutas naturales como Coco Loco y Piña Colada. Con la caída de la tarde abandonaron el claro y la cascada, volviendo a recorrer a pie lo anterior hasta el punto de encuentro donde los esperaban los caballos. Bianca sabía que el primer tramo lo tendría que hacer junto a Moreno, puesto que el camino montañoso le impediría llevarla. No dijo nada a nadie por miedo a que el caballo tuviera que sufrir represalias. Esperó paciente a que todos los turistas la adelantasen y cuando Max le hizo una señal con la mano para agilizar el trote de su caballo, se limitó a sonreírle y levantarle el dedo en señal de que tenía la situación bajo control.

Al llegar a una empinada perdió de vista al grupo y se acobardó un poco. El chillido agudo de un pájaro desconocido le hizo sobresaltarse. Los pasos que daba junto al caballo, en el fango agrietado y lleno de hojas secas, se le antojo espeluznante. Pegó varias palmaditas sobre el lomo de Moreno y le pidió con dulzura que aumentara el ritmo. Fue consciente de que el miedo había invadido su cuerpo cuando notó sus piernas flaquear.

Con el corazón retumbando en su pecho, paró al caballo e hizo el intento de volver a subirse en la montura. Moreno se esforzó en caminar, pero al llegar a otra subida resbaló y se cayó de lado, tirando a la turista sobre el barro. Bianca intentó limpiarse la ropa y comprendió angustiada que necesitaba ayuda. Comenzó a gritar el nombre de Max y Papá George, pero nadie llegó en su ayuda. Moreno hizo dos intentos para levantarse, pero, finalmente, se quedó en el suelo con la mirada perdida. Bianca se apeó junto él y le miró consternada. Sacó de la mochila que llevaba colgada en la espalda una botella de plástico y le desenroscó el tapón. Vertió una generosa cantidad de agua sobre la boca del caballo y se sintió mejor al ver que este reaccionaba un poco.

—Vamos, Moreno, queda muy poco, solo tienes que caminar para poder llegar los dos al punto de encuentro. Después te darán comida y te dejarán descansar.

Tras ver que sus intentos de reanimar al animal no daban resultados, se levantó para continuar su camino pensado que, después, los responsables mandarían a alguien para ayudarle a regresar. Sus pasos crujían en el manto de hojas secas que se amontonaban en el camino y los rayos del sol ya no brillaban con tanta fuerza como cuando llegó. Notó una presencia a su lado y asustada comenzó a correr. No llegó a dar muchos pasos cuando sintió el olor a tabaco impregnándose en su nariz y la fuerza de una mano grande tapándole la boca.

Una ráfaga de gritos salió de su garganta estrellándose contra la fuerte mano del desconocido. Forcejeó con todas sus ganas e intentó librarse del encorsetamiento, pero no lo consiguió. Se giró y pudo observar, de manera

fugaz, que el desconocido que la tenía retenida era un hombre corpulento, de piel morena y brazos fuertes. Tenía la cabeza rapada al estilo militar y unos aros de hierro colgando del lóbulo de su oreja izquierda. Los últimos intentos de escapar fueron amortiguados por un pañuelo impregnado en alguna sustancia que, al taparle la nariz, la dejó inconsciente y sin sentido.

***

—Amigo, ¿cómo es eso que no te gusta la papaya? Si ya sabes lo que se dice, una buena papaya se asemeja a una buena almeja. —Unas carcajadas sonoras despertaron a Bianca.

Despegó los párpados aturdida, al tiempo que intentaba ubicarse. Un dolor en las muñecas le hizo comprender que las tenía atadas con una cuerda a la espalda, y una mordaza le cubría la boca reseca, que pedía a gritos un sorbo de agua.

Un escalofrió helado le traspasó el alma, al comprender lo que significaba aquello. Bianca se encontraba atada, sentada sobre un colchón de paja, en medio de ninguna parte.

Levantó la vista todo lo que pudo y observó que alrededor de una butaca pequeña de madera se encontraban sentados tres jóvenes que pelaban algunas piezas de fruta. Se sorprendió, puesto que había esperado encontrar unos tipos violentos que bebieran *whisky* y que sostuvieran en sus manos algo más peligroso que una pieza de fruta. Uno de ellos empuñaba el tenedor hacia el compañero que, por lo visto, se negaba a probar la fruta que este le ofrecía.

—Vete al cuerno y empápate con tus asquerosas papayas. No me gustan, ¿te enteras, mamón?

Otras sonoras carcajadas empujaron al aludido a coger un trozo de fruta y tirársela al otro directamente a la cara. Comenzaron a forcejear entre ellos, como si fuesen unos críos en el patio del colegio, y el tercero en discordia los separó con brusquedad gritándoles algo en español que Bianca no entendió, pero surtió efecto puesto que rápidamente la calma volvió a instalarse entre ellos.

La joven hizo un esfuerzo y se incorporó un poco. Los jóvenes, al advertir que había despertado, se acercaron a ella y la miraron con cierto remordimiento y lástima. Uno de ellos se agachó y le apartó la mordaza de la boca. Acercó a sus labios una botella de agua, la misma que ella aceptó agradecida.

—Hola —saludó con voz pastosa—. Soy Bianca.

Los jóvenes se miraron entre ellos, desconcertados, puesto que era muy extraño que un rehén se presentase como si estuvieran en una reunión de amigos. Lo más normal era que una prisionera gritara, llorara, o implorara su libertad, pero ni por asomo se imaginaban que pudiese presentarse tal y como lo había hecho ella. Tras el aturdimiento inicial, uno de ellos le contestó con voz malhumorada.

—Sabemos quién eres.

—¿Por qué estoy aquí? —les preguntó, manteniendo la calma todo lo

que pudo.

—¿No es obvio? —El joven que odiaba la papaya le lanzó una mirada divertida.

Bianca se sintió desconcertada porque, a todas luces, aquello parecía un secuestro aficionado de gente que improvisaba sobre la marcha. Pensó que, si se hacía respetar la soltarían sin más demora.

—No, no lo es —les contestó, aparentando una seguridad que realmente no sentía—. Me he perdido en medio del camino, estoy segura de que si me devolvéis con el resto de los turistas, no tendréis problemas después.

—¿Devolverte? ¿Por qué? —le preguntó desconcertado el joven defensor de la papaya, que más tarde supo que se llamaba John el Feo—. Te acabamos de secuestrar, ¿por qué demonios querríamos dejarte ir?

—Porque en este instante mi marido se habrá vuelto loco de preocupación y me estará buscando hasta en los confines más apartados de la Tierra. Tened por seguro que no se irá del país hasta encontrarme y, entonces, os meteréis en un buen lío. Es abogado y uno de los mejores —les aseguró en un intento de intimidarlos—. Acabaréis todos en la cárcel.

Los jóvenes se volvieron a mirar desconcertados entre ellos y estallaron en una repentina risa contagiosa. Bianca se removió inquita en el colchón de paja que le pinchaba las piernas desnudas sin piedad. Observó que no llevaba las botas de caucho y el pantalón corto se había desgarrado en los laterales.

—¿Por qué querría tu marido rescatarte cuando fue precisamente él quién nos hizo el encargo de…?

Una bofetada sonora interrumpió a John el Feo seguir con sus confesiones. No llegó a finalizar la frase, pero lo poco que había desvelado fue más que suficiente para que el corazón de Bianca comenzara a sangrar.

«No, te prohíbo que pienses eso de Max. ¿Cómo iba a ordenar él tu secuestro? Si eres el amor de su vida, que digo el amor, eres su… mundo entero».

Levantó la vista en actitud desafiante y dijo con aparente calma:

—No sé quiénes sois, ni me interesa saberlo, pero os aseguro que habéis cometido un grave error. No soy rica ni mi marido tampoco. No somos gente importante, así que si me habéis elegido al azar y pensáis pedir un rescate por mí, estáis perdiendo el tiempo.

—No pediremos ningún rescate. —Fueron las únicas explicaciones que sus secuestradores le dieron.

Dicho esto, se alejaron de ella y comenzaron a gesticular nerviosos entre ellos. Bianca se dejó caer contra el incómodo colchón y no pudo evitar llenarse la cabeza de malos presentimientos.

Estaba segura de haber escuchado con claridad como John el Feo insinuaba que Max era el culpable de aquello. Y de repente un aire gélido penetró en su cuerpo, dejándola en estado de *shock*. Recordó las repentinas ganas de Max por hacer ese viaje, aun cuando no tenían dinero, y su emoción ante la excursión a la selva. Quien fuera que estuviera implicado se había

compinchado con los organizadores de la excursión puesto que le habían dado el peor caballo que podía existir, a propósito, para quedarse sola y a merced de sus secuestradores. Al observarse a sí misma por el prisma de todo lo sucedido, comprobó lo extraño que había sido el comportamiento de Max que apenas se preocupó por ella y por el hecho de quedarse la última. Recordó las palabras que le dijo cuando se bañaban bajo la cascada y algo en su interior dejó de latir para siempre.

«Nunca olvidaré lo nuestro». Se había despedido de ella. «¡¿Se había despedido de ella?! No».

En el supuesto de que así fuese, ¿qué interés podría tener su marido para organizar su secuestro? La joven pensó en varias opciones y posibilidades, pero ninguna le sonó convincente. Llevaban casados año y medio, y su matrimonio hasta el día del accidente había sido un cuento de hadas. Max la adoraba y ella sentía veneración por él.

El accidente.

El accidente pudo haberle cambiado y era posible que su salud mental se hubiese visto afectada más allá de lo aparente. No obstante, ni ese supuesto sería una justificación válida para que él deseara librarse de ella. No, Max no podría haberse convertido en su verdugo. La huella de sus besos y sus caricias aún le ardían en la piel. Él la amaba. Desesperadamente. Entonces, ¿quién pudo haber ordenado tal cosa? Y, lo más desconcertante de todo, ¿por qué?

Y de repente, un pensamiento viperino logró traspasar sus barreras de autodefensa y se coló en su mente. Las dudas se disiparon y las piezas del puzle encajaron a la perfección. A Bianca no le quedó más remedio que admitir que Maximilian Trent, su marido, había ordenado su secuestro.

6

Max puso la mano a modo de visera y escrutó el horizonte. Todavía le costaba creer que desde hacía más de veinte minutos no se sabía nada de Bianca. La última vez que la vio, estaba caminando despacio al lado del caballo, quedando entre los últimos turistas, y nunca apareció en el punto de encuentro establecido. El abogado rehusó pensar que su mujer estuviera desaparecida, no obstante, tras verificar todos los sitios posibles del lugar de encuentro, quedó más que convencido de que algo le tenía que haber pasado. Angustiado, se acercó a Papá George, quién ya había mandado unos monitores en su búsqueda.

—¿Tienes alguna noticia? —le preguntó ansioso—. ¿Dónde puede estar? Siento que me muero de la preocupación.

Papá George le puso una mano en el hombro en actitud compasiva al tiempo que le sonreía despreocupado.

—Tranquilo, hombre, no te angusties, que de un momento a otro la tendrás contigo. Esta es una ruta segura, especialmente habilitada para los turistas. En el supuesto de haberse desviado del camino, descuida, lo volverá a encontrar, no hay perdida, de verdad.

—Eso espero —le dijo en tono preocupado.

Un cuarto de hora más tarde, los monitores que habían ido a buscarla a la desaparecida, regresaron. Max sintió que enloquecía al advertir que Bianca no iba con ellos. Corrió a su encuentro y preguntó angustiado:

—¿La habéis encontrado?

Varios turistas se acercaron para interesarse sobre el resultado de la búsqueda. Papá George intentaba poner orden al ver la desesperación en la voz de todos los allí presentes.

—Calma, gente guapa, dejadme hablar con los monitores. No saquéis conclusiones en caliente.

En esta ocasión nadie sonrió, ni siquiera ante ese alegre apodo general. Uno de los monitores se rascó la abundante melena rizada que llevaba esparcida sobre los hombros, en una inequívoca señal de incomodidad.

—Hemos encontrado el caballo. Está a unos tres kilómetros de aquí. De la mujer inglesa, lamento informarles, no hay ni rastro.

—¿Y por qué no habéis traído el animal a la base? —le preguntó Papá George desconcertado—. Estará sediento, el pobre.

—No lo trajimos porque… El caballo… Está muerto —concluyó titubeante.

La noticia del fallecimiento de Moreno cayó como un jarro de agua fría sobre los preocupados turistas. Rodearon a los monitores al tiempo que el murmullo general impedía entenderse entre ellos.

—Calma, gente, calma —les pidió Papá George, tratando de aparentar serenidad, aun cuando la preocupación bullía en su interior—. No es necesario que montéis tanto alboroto por un caballo viejo, es más que probable que le

haya dado un golpe de calor, no es la primera vez que ocurre, ¿verdad? —Dirigió su mirada oscura hacia los monitores que se observaron entre ellos sin saber qué responder a eso.

El estado de crispación aumentó, pues todos comprendieron que no era habitual que un caballo muriese de repente. Max dio un paso al frente y levantó la voz en un intento de hacerse escuchar.

—Por favor, prestadme atención. Me llamo Maximilian Trent, y la mujer desaparecida es mi mujer, se llama Bianca. No puede andar lejos, por favor, vamos a organizar una búsqueda. Entre los tres monitores y Papá George se suman cuatro hombres que conocen estos terrenos. Podríamos formar varios grupos y batir palmo a palmo los lugares cercanos en dónde se halló el caballo. Por favor, tenemos que encontrarla —les suplicó.

—Excelente idea —le felicitó Papá George esperanzado—. Antes de nada, tengo que dar parte a la policía, para informar que, por desgracia, tenemos una turista desaparecida. Es el procedimiento habitual y, aun cuando es demasiado pronto para sacar conclusiones, prefiero darla por desaparecida y equivocarme que no darla y que después tenga problemas. En cuanto se active el código amarillo, se montará un protocolo de emergencia y contaremos con ayuda inmediata.

Tras dar aviso a las autoridades, los ochenta y cuatro turistas junto a los monitores comenzaron a organizar la búsqueda de Bianca. Se repartieron en cuatro grupos y peinaron las zonas cercanas al camino principal. Max se acercó a Moreno, en busca de algún indicio. La cabeza del caballo descansaba en ángulo oblicuo y la lengua le colgaba ligeramente de la comisura de su boca. Todo indicaba que Papá George había dicho la verdad. El caballo pareció haber fallecido de muerte natural, aunque ¿qué sabía Max de la muerte de un animal? Era la primera vez que veía uno en ese estado.

Inspeccionó la zona y encontró una botella vacía de plástico, reconoció la etiqueta y supo que era la que su mujer llevaba en la mochila. Tras estas averiguaciones, Max llegó a la conclusión de que al caballo debió de haberle dado un golpe de calor, se cayó y Bianca intentó reanimarlo de alguna manera. Al no conseguirlo, se habría asustado y salido disparada a pedir ayuda y se pudo haber perdido. Oleadas de arrepentimiento y rabia agitaron su mundo interior. Se reprendió por no haber permanecido a su lado en vez de dejarse embaucar por la agradable brisa que le hizo galopar a lomos de su caballo sin pensar en nada más. Compungido, recogió unas cuantas hojas grandes y tapó el cuerpo tieso del caballo para ahuyentar las moscas y ofrecerle un poco de dignidad al pobre animal. Después, se unió al grupo principal y comenzó a gritar el nombre de su mujer.

La noche en la República Dominicana llegaba de repente, por lo que la búsqueda fue suspendida a las seis de la tarde. Sudoroso y desbordado, Papá George intentaba tener bajo control a todos los ingleses repartidos por la selva. Los reunió en el punto de encuentro y comenzó a organizar la vuelta al hotel. Dos agentes de policía llegaron tras la activación del código de

emergencia y Max pidió permiso para quedarse con ellos, y seguir con la búsqueda. No podía marcharse al hotel y dejar a su mujer sola en el bosque. Recordó sus dudas y sus miedos antes de viajar a la selva, y sintió desfallecerse por dentro al saber que estaría sola y asustada.

«Aguanta, preciosa, no tengas miedo, muy pronto te daré el abrazo más fuerte y amoroso del mundo. Jamás volveré a dejarte sola». Se esforzó en conectarse con ella a nivel espiritual, así como lo había hecho cuando se encontraba en coma, y tuvo el ligero presentimiento de que ella le había correspondido.

***

Tres días más tarde, la búsqueda de la ciudadana inglesa Bianca Trent había sido dada por finalizada. Las autoridades peinaron toda la zona sin encontrar el menor rastro de la turista. Fue como si la tierra se la hubiese tragado. Max llegó a pedir hasta una reunión con el mismísimo cónsul ingles en la República Dominicana para reclamar más medios y efectivos policiales. No concebía regresar a casa sin ella. No podía hacerle esto a la mujer de su vida, ni a sí mismo, porque sabía que su vida sin Bianca dejaría de ser vida.

Estaba cabreado con el mundo entero y le parecía muy injusto todo lo que estaba ocurriendo. Le costó varios meses lograr vencer el coma para regresar junto a ella y tan solo unos días atrás habían conseguido unirse de nuevo a nivel carnal y espiritual. No era posible que desapareciera, sin más. Sin móvil ni motivo alguno. Sin sospecha. Sin haber dejado rastro.

El joven pidió al consulado inglés una prolongación de su visado para poder permanecer más tiempo en el país, no obstante, pronto comprendió que sin dinero no llegaría a ninguna parte. Una vez que la estancia en el hotel hubiese terminado se mudó a un motel destartalado y aguantó algunos días más, organizando por su cuenta búsquedas en el lugar donde Bianca había desaparecido. Pisoteó su orgullo y llamó a Hans, su exjefe, para pedirle un préstamo. Contra todo pronóstico, este le trató con mucha cordialidad y le envió el mismo día cinco mil libras esterlinas. Con ayuda de Papá George, Max llegó a conocer a un temido rescatista, llamado Fred, que decía saber todo lo que ocurría en su país, o por lo menos así lo presumía.

La posibilidad del secuestro era una muy remota idea, puesto que no eran ricos, ni estaban involucrados en ningún asunto turbio, aun así, Trent quiso agotar esa vía también, por lo que le pagó cuatro mil libras a Fred, para averiguar si su mujer había sido secuestrada. El tipo tiró de sus contactos y, un par de días más tarde, le confirmó lo que ya sospechaba. Entre la población intérlope de la República Dominicana no constaba ningún secuestro de una ciudadana británica.

Cuando Max agotó todo el dinero no tuvo más remedio que abandonar aquel idílico país y regresar a casa. Solo, descompuesto y hundido.

7

Unos movimientos bruscos hicieron que Bianca despertase de golpe. Aturdida, intentó estirar las piernas, pero el lugar reducido donde se encontraba se lo impidió. Palpó con las manos los bordes de madera y comprendió que estaba metida en algún tipo de caro agrícola y que alguien la llevaba por un terreno accidentado, puesto que los baches y los parones en el camino eran constantes.

Aclaró la vista todo lo que pudo y, a través de la oscuridad, divisó árboles gigantes y escuchó cómo la brisa nocturna ondeaba el follaje de los mismos. El chillido agudo de algún pájaro se le antojó estremecedor. Se incorporó un poco y observó que, efectivamente, estaba metida dentro de un carro de madera y que, dos de los tres chicos que la secuestraron, la arrastraban con una correa que previamente habían sujetado al mismo. El pensamiento de que aquellos secuestradores eran aficionados le dio esperanzas. Podía ser que en algún momento se descuidasen y ella podría… ¿podría hacer qué? ¿Si lograba escapar adónde huiría? Estaba metida en pleno bosque a muchos kilómetros de la civilización. Ante ese desalentador panorama, unas cuantas lágrimas ardientes comenzaron a resbalarle por sus mejillas. La joven tragó saliva, intentando retenerlas, puesto que su formación de enfermera le aconsejaba no deshidratarse ni perder las pocas fuerzas que aún le quedaba. La boca la tenía tapada por lo que no pudo llamar la atención de sus secuestradores, que caminaban absortos en sus pensamientos.

—¿Crees que deberíamos parar un poco y comprobar si está bien? —le preguntó el apodado el Feo con voz preocupada—. Lleva un par de horas adormilada.

—Vale —accedió el otro, al tiempo que detenían el caro y se acercaban a ella.

Bianca se incorporó y les hizo señales con la mirada. Los chicos le bajaron la mordaza y la ayudaron a sentarse mejor.

—¿Quieres agua?

Tras un efusivo asentimiento por parte de ella, el chico que odiaba la papaya y que, más tarde supo que se llamaba Ed, acercó a sus labios una botella de plástico. Ella bebió con avidez, sintiendo cómo el líquido fresco le recorría las entrañas. Más animada, decidió mejorar sus condiciones de viaje.

—Gracias. Me podéis soltar las manos ¿por favor? No pienso huir en plena noche a ninguna parte y los baches hacen que el carro se mueva mucho dañándome la espalda. Por favor —les suplicó.

—Para ser tan pequeña y delgada eres muy valiente —apreció el Feo—. Tienes razón, te soltaremos las manos, pero no hagas ninguna estupidez, porque ningún extranjero podría salir jamás de la selva por sí solo.

Se acercó a ella y le corto con un cúter las cuerdas que le ataban las muñecas. Bianca las flexionó un par de veces, comprobando si le habían traspasado la piel. Unas manchas enrojecidas le indicaron que, por desgracia,

lo habían hecho. La joven sabía que la herida podría infectarse y sospechaba que las posibilidades de recibir cuidados médicos eran bastantes remotos. Sonrió con amargura al recordar la recomendación de Papá George de no enfermar. Se preguntó si él tendría algo que ver con el secuestro, puesto que fue él quien repartió los caballos y le asignó a Moreno.

—En mi mochila tengo medicinas, por favor, dejadme tomar una para que no llegue a infectarse esto. —Enseñó la muñeca ensangrentada y los chicos asintieron con la cabeza.

Bianca pensó que, en el fondo eran buenos muchachos, pero que tal vez los problemas sociales los había empujado a tomar ese camino. Recuperó su mochila y, al encontrar las barritas energéticas que se había llevado del hotel, le entraron ganas de llorar de felicidad. Ofreció dos a sus secuestradores y preguntó con la mirada si podría comerse una. El gesto tenso de los chicos se relajó y, mientras se comían las barritas energéticas, dejaron de estar en guardia. Bianca aprovechó ese momento de parón para averiguar sus intenciones.

—¿Dónde me vais a llevar? Quiero saber si nos queda mucho tramo de viaje… —suavizó la pregunta al verse traspasada por la mirada afilada de John.

—Te llevaremos a una aldea. Ahí, el jefe decidirá.

—¿Pediréis rescate? —les preguntó con el corazón desbocado.

—No, ya te lo dijimos, no habrá rescate. Es un secuestro por encargo y ese tipo de cometidos se pagan por adelantado.

La mirada compasiva de Ed le indicó a Bianca que las esperanzas para librarse de ese mundo eran mínimas. Se preguntó por qué no la habían matado todavía. Puede que fuese lo mejor, dejaría de sentir, de esperar y de sufrir.

—Si… si… no vais a pedir rescate, ¿por qué sigo con vida? —les cuestionó al borde de las lágrimas.

—Porque eres enfermera y aquí los médicos escasean. El jefe quiere… —Ed comprendió que estaba hablando de más, por lo que se levantó furioso y su gesto amable de segundos atrás se tensó—. No hagas más preguntas, mujer, de lo contrario volveré a amordazarte. ¿Estamos? Por ahora, no hay nada más que saber. Intenta dormirte, el viaje durará toda la noche.

El chillido siniestro de un pájaro se escuchó muy cerca de ellos. Bianca se dejó caer en el carro, asustada, y cerró los ojos con fuerza. Lloró un buen rato en silencio y de puro agotamiento se quedó dormida.

Cuando volvió a recobrar los sentidos, se percató de que el carro en donde se encontraba estaba parado. Al tener las manos libres, se apoyó en ellas y escrutó los alrededores con atención. Se hallaban en un claro y, a unos pasos de ella, observó que sus dos secuestradores estaban tumbados sobre una manta. Se preguntó si estarían dormidos y unos ronquidos leves fueron la respuesta suficiente.

Bianca pensó esperanzada que aquella podría ser su gran oportunidad para escapar. Correría rápido y llegaría a un camino donde, con seguridad,

encontraría algún aldeano que la ayudaría. Iría al primer puesto de policía y avisaría a Max. ¿Y si Max…? Ahuyentó los malos pensamientos de su cabeza y debido a que no confiaba al cien por cien en la ayuda de su marido, decidió que, en el caso de salvarse, avisaría al hotel donde se alojaba y ellos mandarían un coche y la llevarían de vuelta.

Animada por los alegres colores de la esperanza que se perfilaron delante de ella, salió con sigilo del caro y se colocó con cuidado la mochila en la espalda. Dio unos pequeños pasos deseando que los latidos de su corazón no fuesen tan fuertes. La joven intentó orientarse, siguiendo su instinto y encaminando sus pasos hacia el lado contrario a donde estaban situados los secuestradores. Algo le decía que esa dirección la llevaría a algún camino transitado, aun cuando por el momento solo veía árboles y plantas enredadas. Unos sonidos la hicieron pararse en seco y escuchar. Comprendió alterada que no había tomado en cuenta la posibilidad de encontrarse algún animal escondido bajo las hojas de las plantas. Se sobresaltó cuando una rama seca se partió en dos bajo el peso de la bota. De pronto, le pareció escuchar unos pasos a lo lejos, por lo que comenzó a correr como el alma que se lleva el diablo. No veía nada delante de sus ojos, ni sabía en qué dirección iba. Simplemente movía las piernas y los brazos lo más rápido que podía mientras intentaba calmar su respiración agitada.

Un cambio de réplicas le revelaron el hecho de que sus secuestradores le pisaban los talones. Dejó de huir y buscó cobijo. Recorrió con la vista los alrededores y se escondió en medio de un seto de arbustos. Sentada de cuclillas, procuró inspirar sin hacer ruido deseando que su respiración no fuese tan afanada. Su respiración se detuvo prácticamente al observar unas botas de caucho aproximarse al lugar donde estaba escondida.

Se permitió el lujo de inspirar una prolongada bocanada de aire al observar cómo las botas se alejaban de donde se hallaba. No pudo celebrar su pequeña victoria puesto que el joven regresó sobre sus pasos, apartó el follaje frondoso con la mano y la agarró por el hombro.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Ed la miró enfadado al tiempo que le cruzaba la cara con una sonora bofetada. Ella cerró los ojos y se tragó el dolor con valentía. No se arrepentía de haber huido, al menos le quedaba el consuelo de haberlo intentado—. John, ya la he encontrado —le gritó.

El otro joven se acercó a ellos, apresurado. Soltó un escupitajo en dirección hacia ella y la sermoneó disgustado.

—Tienes la cabeza hueca, mujer, ¿no te dije que un extranjero no tiene ni la más mínima oportunidad de salir de aquí con vida?

Le dio un empujón tan fuerte que hizo que las pocas fuerzas que le quedaban en su cuerpo debilitado por la huida, flaqueasen. Bianca se desequilibró y cayó sobre el seto. Gritó asustada al sentir las puntas de las ramas clavarse en la piel de su espalda. Ed se acercó a ella y la ayudó a incorporarse. Sacó del bolsillo de su pantalón un pañuelo de algodón y le ató de nuevo las muñecas.

—Vamos, aún tenemos camino que hacer.

Recorrieron unos pocos metros a pie y volvieron a meterla dentro del carro. Pusieron sobre su nariz un pañuelo impregnado en alguna sustancia que la mareó al instante e hizo que se quedara dormida.

Un leve cosquilleo en la punta de la nariz hizo que Bianca abriera los ojos. Se sorprendió al ver que una niña pequeña de unos cinco años, la miraba con atención al tiempo que le toqueteaba la cara con sus dedos regordetes. Por un breve espacio de tiempo se quedaron las dos paradas, sin saber qué hacer a continuación. Bianca se incorporó un poco y advirtió que tenía las muñecas atadas, sin embargo, en esta ocasión la habían enrollado alrededor de las mismas una toalla para protegerle las heridas que llevaba. Se preguntó si habría llegado a su destino. La mirada traviesa de la niña le hizo olvidar por un segundo sus penas. Le sonrió con calidez y la saludó en español.

—Hola, preciosa. —Sentía el hecho de que su vocabulario en ese idioma fuera tan reducido.

—Hola —le devolvió el saludo, sorprendida al descubrir que la mujer del carro hablaba su idioma—. Llamaré a mi papá —le dijo a continuación y salió corriendo.

Bianca estudió con el ceño fruncido el lugar donde se encontraba. Se trataba de algún tipo de cobertizo, porque al lado del carro donde se hallaba estaban apiladas herramientas agrícolas, cubos de plástico, palas y palés de madera. Esperó ansiosa a ver qué le deparaba el futuro a su segundo día de cautividad. Tenía ganas urgentes de hacer sus necesidades y enrojeció ante la idea de hacerlas encima.

Unos instantes más tarde, escuchó unos pasos pesados aproximarse. Levantó la vista y se estremeció al ver un hombre de color, muy corpulento, alto, con el pelo completamente rasurado y una mirada inhóspita, casi aterradora. Era todo lo que ella había imaginado que sería un secuestrador. A su vez, él la evaluaba con curiosidad como si fuese alguna mercancía expuesta para la venta. La joven intentó sostenerle la mirada con valentía, pero muy pronto sus facciones se congelaron, puesto que la expresión del rostro del hombre no tenía nada de amable.

—Yo soy el jefe aquí —le afirmó en tono autoritario—. Tú eres mi prisionera.

Alzó la cabeza con dignidad, dedicándole en su mente algunos imperativos del tipo:

«Tú, hombre estúpido, prepotente y gilipollas». No obstante, se mordió la lengua y encerró en su interior toda la rabia y la desazón que sentía.

—Necesito ir al baño —le dijo cautelosa.

La mirada del hombre se achinó, previsiblemente, sorprendido por la entereza de la joven que acababa de intimidar.

—Tú iras al baño y te lavarás, después hablaré contigo.

Asintió, cohibida ante ese aterrador «después hablaré contigo», puesto que lo percibía como una amenaza velada.

El que se nombró a sí mismo el jefe la agarró por los hombros con brusquedad y la dejó en el suelo. Advirtió que no llevaba calzado, puesto que después del intento de fuga, Ed le había quitado las botas.

—Espera aquí, yo traigo cuchillo y zapatos.

Dicho esto, le dio la espalda y se alejó. Bianca recorrió con la vista el cobertizo y observó que no tenía ventanas, por lo que comprendió que no era posible escaparse. Además, aun cuando lo consiguiera ¿adónde iría? No tenía ni idea de dónde se encontraba, no hablaba el idioma, no tenía dinero, no tenía nada.

Los pasos del jefe la sacaron de sus más que deplorables visiones de futuro. Le hizo una señal con la cabeza para que alargara los brazos y, cuando ella obedeció, el pegó un corte limpio que divisó la tela que rodeaba sus muñecas, dejándole ambas manos liberadas. Asimismo, dejó al lado de sus pies sus bien conocidas botas de goma que le había entregado Papá George el día anterior.

El día anterior.

Qué raro se le hacía pensar que solo un día antes, ella viajaba feliz en compañía de su marido en busca de aventura y diversión. Sus únicas preocupaciones eran los mosquitos, la crema solar y la seguridad del barco. Ahora estaba descalza, herida, perdida, al merced de un extraño con expresión intimidante y mirada asesina. No, su instinto le decía que no podía esperar nada bueno de ese hombre.

Resignada, se puso las botas y siguió al jefe cuando advirtió que él se encaminaba hacia la salida.

La prisionera tuvo que cerrar los ojos un par de veces para acostumbrarse a los brillantes rayos del sol que sonreían desde lo alto del cielo, ajenos a sus desgracias. Calculó que debía de ser alrededor del mediodía. Un jardín bien cuidado le dio la bienvenida y se sorprendió al observar una mansión enorme, construida en mármol y ladrillo revestido. Tenía varios pisos e impresionaba con sus líneas majestuosas y sus ventanales ovalados decorados con motivos florales.

El hombre la instó a andar y ella quedó ojiplática al ver que se encaminaban hacia la entrada de la mansión. No obstante, no entraron por la puerta principal, sino que accedieron a través de un garaje subterráneo a una habitación oscura, sin ventanas. Una cama estrecha y una mesita de noche era todo el mobiliario que poseía el pequeño cuarto. Sobre la colcha descolorida, Bianca observó un uniforme blanco, parecido al de una enfermera.

—A partir de ahora, este será tu cuarto. Al lado hay un baño. Límpiate y aséate, después ponte este uniforme. En una hora, una mujer vendrá a buscarte. Perdonamos tu primer intento de fuga, con el segundo no tendremos compasión, quedas advertida.

Tras dedicarle aquellas agradables palabras, el hombre se marchó, dejando tras él un silencio aterrador. Lo primero que hizo Bianca fue buscar el cuarto de baño, ya que sus necesidades no podían esperar ni un segundo más.

Tras localizarlo, observó que se trataba de un aseo sencillo que contenía un váter, una pila y una ducha pequeña que olía a humedad. Sintió un profundo alivio al vaciar su vejiga, después se quitó la ropa zarrapastrosa que llevaba puesta y abrió el grifo. Al momento la envolvió una instantánea sensación de felicidad. Un gesto tan mecánico y tan poco valorado en el día a día de cualquier ser humano, le hizo ver estrellas de felicidad. El agua caliente recorría su espalda entumecida y relajaba sus tensados músculos. Se friccionó el pelo con energía, advirtiendo que estaba muy enredado y llevaba mucha suciedad junto con restos de paja. El jabón que encontró en la estantería de la ducha olía a almendras, y mientras se enjabonaba sus brazos no pudo dejar de pensar en lo extraño que era todo aquello. No recordaba haber visto ninguna película donde a la prisionera se le permitiese vivir dentro de la mansión del jefe y se lavase el cuerpo con jabón de almendras.

De repente un pensamiento letal llegó a su cerebro. ¿Y si aquella era una casa de putas?

La pastilla de jabón que olía a almendras resbaló de sus manos y se cayó al suelo. Sus renovadas energías se paralizaron ante esa posibilidad.

8

Unos golpes sonoros en la puerta la sobresaltaron. Al momento se puso en pie asustada, comprobando que su vestimenta blanca, impoluta, estuviese atusada. Se resignó ante el hecho de que el pantalón le quedase un poco grande y la chaqueta se ciñese con demasiada firmeza sobre sus pechos. Estaba descalza y dudaba de si debería ponerse las botas de goma o esperar nuevas instrucciones.

Una mujer mayor de piel lustrosa color café tostado y mirada amable, metió la cabeza por la abertura de la puerta y le preguntó con amabilidad, en un inglés parecido al del jefe:

—¿Tú, lista?

—Sí… eso creo —balbuceó—. No tengo zapatos, lo siento. —Se disculpó y, nada más hacerlo, cayó en la cuenta de lo ridícula que debería de parecer. Disculparse antes sus agresores que la habían raptado de su mundo por no tener pertenencias. Era el colmo del secuestrador.

—Ven. —Le hizo una señal con la mano y Bianca la siguió insegura.

Las baldosas de mármol estaban frías y, con cada pisada que daba, sentía las plantas de sus pies encogerse. La mujer se paró delante de un gran armario de color blanco empotrado en una pared del pasillo y, al abrirlo, Bianca se sorprendió al ver unos estantes llenos de uniformes de enfermera, pijamas, zuecos médicos y zapatillas de casa.

Se dijo desconcertada que, si aquella era una casa de putas, desde luego sería una muy rara. Escogió unos zuecos de su número y aliviada le mostró a la mujer mayor una muestra de agradecimiento. Su parte educada pensó que cabía la posibilidad de que ella solo fuera una empleada y no supiera nada sobre los asuntos turbios de su jefe.

La mujer caminaba con dificultad y Bianca adaptó sus pasos a los de ella. Se dirigieron hacia una gran escalera de mármol, custodiada por una barandilla de bronce. El silencio sepulcral hizo que las pisadas sonasen con eco. Se pararon delante de una puerta majestuosa, decorada con motivos florales dorados. La mujer tocó con suavidad y accedieron a una estancia diáfana, con techos altos y un gran ventanal acristalado. Unas cortinas de tul trasparentes ondeaban al ritmo de la brisa que se colaba por la ventana abierta. A pesar de la corriente fresca que entraba por la abertura del cristal, el aire de la estancia era denso. Bianca siguió impresionada, los pasos de su acompañante. Esta se paró y echó a un lado una cortina vaporosa de color claro. Una cama enorme se perfiló delante de ellas y bajo una sábana perfectamente planchada yacía el cuerpo de una mujer blanca. Los ojos cerrados y el rostro grisáceo, daban la impresión de que estuviera gravemente enferma. Tenía la piel muy pálida y unos mechones rubios claros se soltaron del pañuelo que llevaba puesto.

Alrededor de la cama se encontraban varios aparatos médicos que monitorizaban la salud de la paciente. Bianca se sintió en cierto modo

aliviada. Todo parecía indicar que, al final, aquella casa no era un prostíbulo, sino más bien una casa familiar. Si la mujer enferma recibía aquellos cuidados, era porque allí había amor y cariño. La palabra esperanza se perfiló delante de ella en mayúsculas y subrayada en rojo.

—Tú, espera aquí. Ella es doña Leona, la señora de la casa.

Bianca asintió y se quedó mirando a la mujer mientras se preguntaba qué enfermedad tendría.

La puerta volvió a abrirse y el jefe entró cogido de la mano de la niña que Bianca había conocido aquella misma mañana. Se acercaron a la cama y rodearon los dos a la paciente dormida, ignorando totalmente la presencia de Bianca. Le tomaron las manos y le dieron un suave apretón. Doña Leona abrió los ojos y una mirada azul nítida iluminó el cuarto.

—Mira, mami, ella es Bianca, tu nueva enfermera. ¿Te gusta? —le preguntó la niña esperanzada.

Bianca se tensó, puesto que se sentía como una mercancía en venta. No le habían avisado, informado, preguntado nada sobre aquello. Ni siquiera sabía qué tipo de enfermedad tenía la señora. Decidió seguir callada, puesto que ser una enfermera secuestrada le pareció más ventajoso que ser una prostituta secuestrada.

—Bianca. —La voz de la mujer sonó muy débil y suave—. ¡Qué nombre tan bonito! —La valoró con la mirada y le sonrió con calidez.

La enfermera no comprendía muy bien qué se esperaba de ella, si conversar, agradar, o simplemente quedarse callada. Decidió seguir su instinto y le devolvió la sonrisa a doña Leona.

—Gracias, señora, es usted muy amable. Encantada.

—Bien, ahora márchense, estoy cansada —le pidió ella y cerró los ojos.

El jefe tomó a la niña de la mano y le hizo una señal con la cabeza a Bianca para que los siguiera. Entraron en un despacho luminoso y se sentaron ante un escritorio. La niña se colocó unos cascos y se entretuvo con un juego de ordenador. El jefe se sentó enfrente de la mujer inglesa y le dijo en tono autoritario:

—Ha llegado la hora de entender tu nueva vida. —Bianca no estaba segura de si se había expresado bien o el desconocimiento del idioma le había tergiversado el mensaje—. Tu marido ha pagado diez mil libras para que te tragase la selva.

—¡No es cierto! —le gritó exaltada. No podía asimilar la idea de que Max era su verdugo. No podía quedarse sin esperanza, porque si lo hacía se moriría lentamente—. Mi marido no tenía ningún motivo para hacer esto.

El jefe alzó los hombros en señal de impotencia. Se apeó y sacó de un cajón un cheque expedido por un banco de Manchester con un valor de diez mil libras. Bianca lo estudió con atención y observó que no era nominativo, por lo que pudo haberlo expedido cualquiera. Esa no era para nada una prueba. Además, Max no pudo haberlo girado porque no tenía dinero.

¿Seguro? ¿Y el viaje a la República Dominicana? ¿Y el seguro de vida?

Podría haber ordenado su secuestro para que después la diese por perdida y cobrar la póliza del seguro.

Las dudas debieron de notarse con claridad en su mirada perdida, por lo que el jefe prosiguió en un tono un poco más amable.

—Mira, no puedo asegurarte que fuera él, porque sinceramente no lo sé, ni me importa. Me han hecho el encargo de hacerte desaparecer y punto. Ahora mismo serías parte de la tierra que cubre el bosque si no fueras enfermera. He decidió perdonarte la vida, y a cambio te pido agradecimiento.

«Agradecimiento. ¿Agradecimiento? ¡Ja!».

—Señor… —Bianca hizo una pausa al tiempo que lo miraba de forma inquisitiva esperando que le dijera su nombre.

—Señor. Por ahora esta es la forma de dirigirte a mí. No es necesario que sepas más. —El hombre la miró de un modo tan intimidante que toda su valentía se alejó en un instante, dejándola desvalida y a su total mereced.

—¿Cuál es el trato? —le preguntó vencida. Al menos, si se le permitía vivir y ser enfermera era mucho mejor que otras perspectivas.

—Nuca saldrás de esta casa. No intentes fugarte, estamos en medio de la nada, a muchos kilómetros de distancia de la población. Cuidarás a la señora Leona, hay otra enfermera que está con ella de día, te enseñará todo los que hay que saber para reemplazarla por las noches.

—¿Qué enfermedad tiene la señora?

—Cáncer terminal. Solo hay que darle morfina y hacerle agradables sus últimos días. Nada más.

—¿Cuánto le queda?

—Semanas, meses, tal vez. —La mirada agresiva del hombre se desvaneció siendo reemplazada por una compungida.

—¿Semanas? —Se exaltó la joven despavorida—. ¿Qué piensa hacer conmigo después?

—¿Después? —El hombre la miró desconcertado.

—¿Qué piensa hacer conmigo, una vez que no me necesite?

La expresión del rostro del hombre se volvió inhóspita. Se levantó bruscamente de su silla y agarró a la joven enfermera del hombro. La empujo hacia la salida y ladró malhumorado mientras le daba un empujón:

—Tú no puedes hacer preguntas, solo obedecer. Regresa a tu cuarto y descansa. Cuando te necesitemos iremos a buscarte.

Bianca se apoyó contra la pared para aplacar los latidos de su corazón. Asintió con la cabeza al tiempo que notaba cómo el miedo le paralizaba la poca valentía que aún le quedaba.

9

Tumbada en la estrecha cama, Bianca contemplaba el techo de su cuarto y se dedicaba a contar los ángulos que formaba la estrella dibujada en el centro. Le salían seis ángulos. Seis. Como los botes de sangre que le sacó a Max el día que lo conoció. No hacía tanto tiempo de aquello y, a la vez, hacía una eternidad.

Por primera vez desde que había sido secuestrada se permitió pensar con determinación en su situación y dar rienda suelta al dolor que sentía. Más que dolor, comprendió que sentía impotencia y rabia. No podía concebir el hecho de que su vida hubiese cambiado para siempre. Ya no era Bianca Trent, hija de inmigrantes polacos, esposa de Maximilian Trent que trabajaba como enfermera en el Royal Hospital. Se había convertido de la noche a la mañana en Bianca, la mujer que debía de cuidar de la señora moribunda, la que viviría por el momento en el sótano de una mansión y a la que se le había perdonado la vida por ser enfermera. Si hacía bien su trabajo, viviría, mientras la señora Leona lo hiciera. ¿Y después? ¿Conseguiría alguna vez salir de ahí?

Un torrente de lágrimas comenzó a recorrerle las mejillas encendidas. No intentó retenerlas ni apaciguar la alteración que sentía. Lloró desconsolada hasta que de puro cansancio se quedó dormida.

—Moja śliczna dziewczynka. *—Anne, la madre de Bianca, le acarició sus largas trenzas doradas y le subió el cuello almidonado de su impecable vestido—. Eres preciosa. Vamos, apúrate, papá nos está esperando para ir a misa. Ya sabes que no le gusta esperar.*

Bianca se apresuró en atarse los lazos de seda de sus zapatos nuevos de charol, que le apretaban los pies. En la casa de los Borowski, el día de Pascua era tradición vestir ropa y zapatos nuevos para ir a misa. Aquello era símbolo de cierta abundancia y prosperidad. La niña caminó con incomodidad y tomó la mano de su madre cuando esta se la ofreció. Las dos salieron del pequeño apartamento y bajaron los cinco pisos que las separaba de la calle principal. La finca no tenía ascensor, por lo que Bianca pisó la calle casi sin poder andar. Se tragó el dolor mientras se montaba en la parte trasera del vehículo de su padre. Sabía que no podía quejarse de la gran molestia que le provocaban sus zapatos, pues aquello desencadenaría el enfado de su padre, quién la llamaría poco agradecida y desconsiderada. Solo tenía ocho años, pero los enfados de su padre le hicieron tomar conciencia de lo que podía hacer y lo que no en su presencia.

Un cuarto de hora más tarde, Peter Borowski aparcaba el coche delante de la iglesia católica del barrio donde residían. Salió del vehículo y no esperó a su mujer y a su hija, pues como era costumbre, estas debían de andar unos pasos detrás de él. Entró en la iglesia y se sentó en el banco de los hombres. Bianca, junto a su madre, hicieron lo propio y se sentaron en el banco de las mujeres. Mientras los feligreses se acomodaban, un pequeño coro comenzó a entonar una canción religiosa. Bianca se sintió animada

mientras cantaba junto a la gente de su comunidad y olvidó el dolor que le provocaban los zapatos.

Cuando la misa finalizó, a los niños se le sirvieron pequeñas raciones de tarta y zumo de frutas. Se juntaron todos en el jardín de la iglesia, dando buena cuenta, hambrientos, del pastel de chocolate que les habían ofrecido. Mientras Bianca hundía un dedo en la esponjosa capa de nata notó un tirón brusco en una de sus coletas. Se giró sorprendida y se encontró a Oleg, el insoportable hijo de los Zaronski, amigos íntimos de sus padres. La mirada traviesa de este la observaba sin pestañear y su boca fina estaba curvada en una sonrisa fastidiosa.

—Moja malenka. *—Hundió un dedo en el trozo de tarta de ella y se lo llevó a la boca para chuparlo.*

—No me llames mi pequeña. —Se enfadó ella, apartando el plato de tarta de su alcance—. Tenemos la misma edad. Y no metas tu dedo sucio en mi tarta.

—Mi padre dice que eres mi pequeña, porque algún día nos casaremos. Además, no quiero que comas mucha tarta, de lo contrario de mayor serás tan gorda como la mujer del carnicero.

Ella se alejó enfurruñada, sintiendo el peso de las obligaciones posarse sobre sus estrechos hombros de ocho años. No le gustaba el hijo de los Zaronski para nada y no se visualizaba a sí misma y a ese niño fastidioso casados algún día.

Un par de golpes sonoros en la puerta hicieron que los sueños de Bianca se esfumasen. La deliciosa tarta de chocolate, junto a la molesta mirada de Oleg, se desvanecieron al instante. La joven abrió los ojos y le costó orientarse. Pulsó el interruptor y la estrella de seis picos pintada en el techo la hizo recordar dónde se encontraba. Se incorporó al tiempo que la señora mayor hizo su aparición en el marco de la puerta.

—Ven, niña, comienza tu turno. Espero que hayas podido descansar. Cenarás algo ligero y después te llevaré con la señora Leona.

Bianca asintió, todavía atolondrada por el sueño que acababa de tener. Desde el día que había dejado su casa no había vuelto a ver a sus padres. No se había parado a pensar mucho en ellos, porque sabía que su padre jamás le permitiría volver. El día que le había desobedecido y enfrentado había perdido el derecho de pertenecer a los suyos. Nunca, hasta ese momento, se cuestionó la decisión tomada, sin embargo, en aquel instante tan difícil, sentía mucha añoranza y arrepentimiento. Se dijo que al menos debió de tratar hablar con su madre para pedirle perdón o simplemente verla, aunque fuese de lejos.

El enfado en contra de su padre también disminuyó en intensidad, puesto que sabía que era un hombre rudo, no obstante, era un fiel devoto y amaba a su familia a su manera. Mientras subía las escaleras de mármol hacia la planta principal, Bianca se prometió que si algún día lograba regresar a Manchester, lo primero que haría sería reconciliarse con su familia.

La mujer mayor la llevó a la cocina y le ofreció un plato sencillo de

ensalada de rúcula y arroz blanco. Bianca estaba tan hambrienta que se tragó el contenido del plato casi sin masticarlo. Bebió el vaso de agua y dio la cena por terminada en menos de cinco minutos.

—Puedes llamarme Elena. —Le sonrió con calidez—. ¿Necesitas algo más? Sabes, la comida aquí no es muy abundante, lo siento.

—No, está bien, gracias. —La joven se levantó de la mesa y llevó su plato al fregadero. Lo limpió y lo dejó colgado en un soporte de plástico.

Acto seguido, las dos se encaminaron hacia el dormitorio de la señora. Una enfermera con cara hastiada les recibió con un saludo malhumorado.

—Es muy tarde —le reprochó a Elena nada más verla—. ¿Cómo se llama?

—Bianca —le respondió la aludida y alargó la mano hacia ella con la intención de estrechársela.

La enfermera hizo caso omiso a su gesto amistoso y se giró hacía la cama de la enferma que permanecía dormida y ajena a todo el ajetreo de su alrededor.

—A mí llámame Lin. Ahora préstame atención. ¿Sabes administrar morfina? —le preguntó en tono áspero interrogándola con su mirada oscura. La joven inglesa asintió intimidada—. Es lo más importante que necesitas saber debido a que la señora Leona sufre muchos dolores y el señor no quiere que sufra, ¿comprendes?

Bianca volvió a asentir, sintiéndose desconcertada. No pudo evitar preguntarse cómo era posible que un matón secuestrador que no dudaba en poner precio a la vida de las personas pudiera ser tan tierno y considerado con su mujer.

—Asimismo, es posible que en algún momento tengas que hacerle los primeros auxilios de respiración y cambiarle el catéter urinario. —Lin se quedó unos instantes pensativa y añadió—: La comida le llega por un tubo insertado en el estómago. Hay que vigilarlo, porque algunas veces se puede infectar. No es necesario que toques la bolsa de la comida ya que de eso me encargo solo yo. ¿Todo claro?

—Sí, no hay problema, me puedo ocupar perfectamente.

Lin la miró un tanto fastidiada, como si hubiese esperado que ella fuese menos eficiente. Sin encontrar otros motivos para demorar su partida, se alejó hacia la salida.

—Hasta mañana. Vendré a las diez. No cierres los ojos ni un segundo, el señor no nos lo permite.

Bianca volvió a asentir un tanto cohibida por la actitud ruda e incómoda de la que se suponía que era su compañera de trabajo. Se preguntó cómo sería en realidad el carácter de la gente de ese país. En los días que vivió entre ellos como turista solo había visto sonrisas, buenas caras y felicidad. Recordó lo mucho que envidió su forma despreocupada de ser y su aparente buena disposición. Desde que había sido secuestrada solo había visto gente ruda, que hablaba con brusquedad y que no sonreían siquiera.

Cansada, se sentó en un taburete y se quedó toda la noche vigilando el sueño profundo de la señora.

10

Bianca se agachó y recogió una margarita que asomaba sus pétalos delgados con timidez entre la hierba que crecía a su alrededor. La juntó con las demás que tenía amontonadas en la mano y se sentó en el césped. Comenzó a hacer pequeñas incisiones en los tallos de las flores y, con mucho mimo, los enlazó formando una pequeña corona para la princesa de la casa. Cuando terminó de hacerla se entretuvo para contemplarla un largo rato recordando las coronas que le hacía su madre cuando era una niña. Unas pisadas en el césped la hicieron levantar la vista. Hana, la hija del jefe, agitó de forma ansiosa la mano y se acercó a ella sonriente.

—¡Me has hecho otra corona! ¡Me encanta! —La niña se abalanzó sobre ella con la intención de coger la corona de sus manos.

La enfermera se negó a entregársela, al tiempo que se dejaba contagiar por la alegría de la pequeña.

—¿Y quién te dijo que esta corona es para ti?

—Es para mí. —Rio la niña, complacida—. ¿Para quién iba a ser sino?

La sonrisa de Bianca se congeló en su rostro ante la gran verdad que había soltado la niña sin querer. Ella no tenía identidad ni vida propia, solo era una pobre desgraciada que durante los tres largos meses de cautividad no había hecho otra cosa aparte de esforzarse por sobrevivir.

Su parte sentimental se aferraba a un posible «algún día te irás, esto no durará para siempre», para seguir adelante y no ceder ante los deseos de terminar con su vida de una vez por todas. No obstante, su parte racional, sabía que solo un milagro lograría arrancarla de ese lugar, solo un milagro haría que pudiera recuperar su vida.

Al principio, lloraba apenada y no encontraba consuelo en nada. Sin embargo, de forma paulatina se ganó la simpatía de Hana, una niña tan falta de amor y cariño como ella. La señora de la casa estaba en sus días terminales, por lo que hacía días que no abría los ojos ni le sonreía a su princesa. Hana sabía a su corta edad todo lo que ocurría a su alrededor, pero se mantenía aferrada a la esperanza con una fuerza de voluntad que a Bianca la sorprendió. Decía que su madre solo estaba cansada y necesitaba dormir.

Una tarde mientras comía en la compañía de Elena, esta le contó la triste y, al mismo tiempo, romántica historia de doña Leona. Visitó la República Dominicana en calidad de hija del cónsul estadounidense, destinado en Santo Domingo. Al parecer, por aquel entonces el jefe trabajaba para el gobierno y así conoció a la dulce hija del cónsul. Como era de suponer, su padre se negó a que ella se casara con un simple funcionario y tomó graves represalias contra ellos. Al jefe lo destituyeron y a su hija le compró un billete para mandarla de vuelta a su país.

No obstante, los novios planearon fugarse juntos y se pusieron de acuerdo para escaparse. La estadounidense renunció a su familia con la que nunca más se puso en contacto. Se casó con el joven dominicano y meses más

tarde tuvieron a Hana. Su vida no había sido fácil, puesto que él tuvo que hacer trabajos fuera de la ley para poder ofrecerle la vida decente que estaba acostumbrada a tener.

Y así fue como Bianca se enteró de los comienzos del jefe en la delincuencia y el motivo de haberse pasado al lado oscuro. Se preguntó con curiosidad cómo habría sido antes de que todo eso ocurriese para que la hija de un cónsul se enamorase y renunciase a su vida por él.

A partir de ese día, la joven enfermera cuidó con muchas ganas y dedicación a la señora Leona, puesto que una parte de ella se identificó con la mujer postrada en la cama. Ambas eran extranjeras, desarraigadas de sus respectivas familias.

En los primeros días de cautiverio, el jefe no consentía dejarla salir de su cuarto en el sótano más allá de ir a la cocina y al dormitorio de su mujer para cuidarla por las noches. No obstante, al advertir que a la niña le hacía bien su compañía, le dio permiso para marcharse con ella al jardín una hora al día. Esa hora se había convertido en el motor de la vida de Bianca, en su razón para no desquiciarse. Mientras caminaba con la niña pisándole los talones y sentía los rayos del sol calentándole la nuca, olvidaba su triste realidad y se sentía casi una persona normal.

Al tiempo que esos recuerdos rodaban por su mente, se dejó abrazar el cuello por las manos regordetas de la pequeña. Le colocó la corona sobre sus rizos oscuros y la estrechó en sus brazos con una necesitad desbordante. Los abrazos de Hana le ofrecían el único rayo de sol en la tormenta que habitaba en su vida.

—¿Hana? ¡Hana! —Bianca escuchó la voz imperativa del jefe y, al momento, se desprendió del cuerpo de la niña y se puso de pie, sobresaltada, puesto que sus gritos no presagiaban nada bueno.

Observó cómo daba grandes zancadas en dirección hacia ellas, al tiempo que su rostro parecía descompuesto, roto.

—Hana, tu madre te necesita, ve con ella. Enfermera, tú también. Ha llegado la hora.

Aquel «ha llegado la hora» sonó tan siniestro y de doble sentido que Bianca se estremeció. Era posible que el destino de la señora Leona y el suyo fuesen más parecidos de lo que había pensado en un principio. Cabía la probabilidad de que las dos abandonasen aquella tierra soleada el mismo día. Descorazonada, levantó la vista hacia el cielo, pensando con dolor que era posible que lo viera por última vez.

—Enfermera, ¿qué haces ahí parada con la vista en las nubes? —La voz autoritaria del jefe la sobresaltó y se apresuró en alcanzarlos.

Un cuarto de hora más tarde, la señora abandonó el mundo sin ser consciente de su partida. Su corazón dejó de latir y la enfermera oficial que la cuidaba durante el día certificó su fallecimiento. La niña lo observaba todo con demasiada entereza y Bianca se preguntó si era bueno para su estado psíquico el hecho de que presenciara cómo el corazón de su madre había

dejado de latir. Así lo ordenó su padre y así se hizo. Él quiso que su adorada Leona se fuera al otro mundo estando acompañada de sus seres más queridos.

Bianca se preguntó si esa gente creía en Dios y si así era, en cuál de ellos. Nunca supo la respuesta, puesto que no se atrevió a preguntar. No supo tampoco que ritual hicieron para enterrar a la señora o si la incineraron. Lo único que presenció fue la preparación del cadáver.

Lo primero que hicieron fue arreglar mucho su aspecto. Le pusieron un vestido precioso, largo y estampado con piedras preciosas, le dejaron joyas en las manos y en el cuello, le peinaron el pelo y la maquillaron. La colocaron en un ataúd color blanco, brillante, y la taparon con una manta transparente de tul, color marfil. Preparada como una reina, fue llevada en la parte trasera de un coche. Su marido, la niña y Elena fueron los únicos que le dieron el pésame y la acompañaron en su último viaje.

La noche que siguió al fallecimiento de la señora Leona fue la peor de todas, a lo largo de todo el cautiverio de Bianca. Nadie vino a decirle que fuera a cenar ni obviamente fue necesario subir a la casa para hacer su trabajo de enfermera. Se quedó toda la noche en vela, expectante, sin saber si había llegado su hora también. Ante cada ruido, se sobresaltaba y se imaginaba situaciones espeluznantes que pudiesen sucederle. Suponía que el jefe desconsolado, estaría enfadado con la vida y buscaría de algo de alivio.

Sin embargo, la mañana siguiente llegó y, por suerte, ninguna de las terribles escenas que la joven presagió, ocurrieron. Se reprendió a sí misma por haber sido tan mal pensada. Era muy poco probable que, en la noche de la muerte de su esposa, su secuestrador pensase en cometer un crimen. Se vistió con el uniforme de enfermera, puesto que era su seña de identidad aparte de no tener otra ropa que ponerse, y se dispuso a esperar.

11

Alrededor del mediodía, Elena acudió al cuarto de la enfermera para informarle de que el jefe la estaba esperando en su despacho. Se disculpó con ella por haberla dejado sin cenar y le ofreció un bollo frío y una taza de café con leche. No le contó nada relativo al funeral y Bianca sabía que no debía preguntar puesto que, de haber querido contárselo, ya lo hubiera hecho. Se limitó a aceptar el desayuno, ya que las tripas le crujían y necesitaba fuerzas para enfrentarse a ese día.

Mientras terminaba de masticar el último trozo pensó que el hecho de tener que presentarse en el despacho de él, era en sí esperanzador. Si hubiese decido acabar con su vida, no creía que la hubiese llamado para informarle de los detalles. Aun así, acudió temblando, presa de una importante alteración interna. Tras llegar delante del mismo, se tomó su tiempo en serenarse. Cuando creyó que estaba preparada para enfrenar su caprichoso destino, tocó con los nudillos y esperó ansiosa.

Nada más entrar, un pequeño rayo de ilusión iluminó su mirada al ver el estado decaído en el que se encontraba. Parecía haber ganado diez años en un mismo día. Sus ojos negros e intimidantes miraban cansados y rendidos. Sus hombros fuertes y fornidos estaban echados hacia atrás en una actitud derrotada. Al advertir su presencia, él le hizo una señal con la mano y Bianca se sentó en la silla que había al otro lado del escritorio.

—Mis más sentidas condolencias. Lamento mucho la muerte de la señora Leona.

Y no lo decía para complacerlo, era la más pura verdad puesto que, mientras esa mujer existió, su vida estuvo protegida.

—Gracias por haber cuidado tan bien de ella, aun cuando tus condiciones no fueron las más deseables. Eres una mujer muy fuerte. Gracias, por cómo te comportaste con Hana.

«Gracias. ¿Gracias? ¿¡Gracias?! ¿Dos veces seguidas?».

La joven deseó poder pellizcarse la cara para asegurarse que aquello sucedía en realidad. Su boca se abrió ligeramente por la sorpresa mientras que su mirada se volvía ojiplática. Ante la desconcertante actitud de aquel hombre cabían dos posibilidades: podría haber perdido la cordura o podría ser que se trataba de algún ritual macabro antes de quitarle la vida al rehén. El miedo comenzó a bullir en su interior con tanta fuerza que no pudo disimularlo delante de él. Ni habiéndole amenazado con cortarle la lengua a trocitos se hubiera asustado tanto.

—No tengas miedo, te soltaré —pronunció aquellas palabras de forma tranquila, como si no tuvieran ni la más mínima importancia.

El corazón de Bianca dio un brinco brusco y le costó un par de segundos descodificar el significado de su mensaje. Cuando por fin su cerebro dio señales de haberlo comprendido se sintió poseída por una euforia tan grande que comenzó a recorrer sus venas de forma violenta.

«Te soltaré. ¿Te soltaré? ¿¿Te soltaré?? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?».

Por la impresión, todas aquellas preguntas se quedaron encerradas dentro de ella y no fue capaz de articular ningún sonido. Toda la tensión acumulada durante la noche, el cansancio y la falta de sueño, le provocaron una repentina bajada de tensión que le hizo perder el conocimiento. Mientras perdía el contacto con la realidad, pensaba con amargura que se parecía a un náufrago que al pisar la tierra se había rendido.

De pronto, el olor a vinagre le hizo reponerse y observó cómo las manos arrugadas de Elena le tamponaban la zona de la nariz con un trapo impregnado en vinagre. Se incorporó en la silla y bebió un trago largo de agua.

—Lo siento —le musitó.

Elena le tocó el hombro en actitud compasiva y abandonó la estancia.

—No te vuelvas a desmayar, porque no tengo tiempo que perder —la reprendió enfadado.

Todas sus buenas palabras e intenciones de antes parecían haberse esfumado.

—Lo siento —fue lo único que la joven pudo repetir.

—Te soltaré, pero no ahora. Necesito que cuides de Hana un tiempo, hasta que se acostumbre a la idea de la pérdida de su madre.

—Claro. —Asintió aturdida.

¿Qué otra cosa podría haber dicho? Sentía curiosidad por el significado del término «un tiempo», pero no se atrevió a preguntarlo.

—Cuando decida prescindir de ti, mi gente te dejará en el punto de encuentro de la cascada. Con una llamada previa informaran sobre la liberación de dos rehenes. La policía os recogerá y preparará vuestras salidas del país.

—¿Nuestra? —le preguntó sorprendida.

—Mira, no tengo por qué darte más explicaciones. Te has portado bien con los míos por lo que yo me portaré bien contigo. Es todo lo que necesitas saber. Cuando llegue el momento cogerás tu libertad sin hacer preguntas, no sea que me arrepienta.

—Entendido. ¿Cuáles son mis obligaciones a partir de ahora?

—Elena te pondrá al corriente de todo. Básicamente, le harás compañía a mi hija.

Y con esa contestación, le hizo una señal despectiva con la mano para que abandonase su despacho. Mientras se volvía a refugiar en el sótano, Bianca trataba de animarse, pensando que al menos tenía una pizca de esperanza y una promesa de libertad. No sabía si la palabra de aquel hombre valía algo, pero necesitaba creer con desesperación que así era.

Comprobó el pequeño calendario de cartón que tenía sobre su mesita de noche y tachó otro día de su cautiverio. Estaba contando los días de forma escrupulosa, pues no quería perder la noción del tiempo. Las lágrimas se amontonaron en sus ojos al advertir que estaban a quince de febrero, su

cumpleaños. Se preguntó si su madre recordaría esa fecha y si estaría afectada por su desaparición. Asimismo, pensó en Max y en la bonita sorpresa que le hizo el año anterior.

Bianca terminó su turno en el hospital a primera hora de la tarde. Antes de salir a la calle miró por la ventana y observó un panorama más que desalentador. Una lluvia espesa caía de forma incesante y el cielo estaba tan oscuro que apenas se divisaba la calle.

Bajó al garaje subterráneo para recoger su coche y vio que al lado de su plaza se encontraba aparcado el BMW de Max. Se sorprendió mucho al encontrarlo ahí, puesto que no habían quedado. Su asombro adquirió mayores dimensiones cuando su marido salió a su encuentro con un ramo de rosas amarillas, sus favoritas, en la mano.

—¡Feliz cumpleaños, śliczna dziewczyna!

Ella sonrió complacida puesto que era la primera vez que le decía algo en polaco. Se echó directa a sus brazos, mareada de felicidad. Max la abrazó con ternura y le dio un beso dulce en los labios.

—¿Solo chica preciosa? ¿Nada más? —le preguntó divertida, al tiempo que hundía la nariz en los pétalos aterciopelados y se dejaba invadir por su olor exquisito.

—Espérate al año que viene para que me dé tiempo a practicar. El polaco no es nada fácil, llevo una semana de aprendizaje para poder decirte esto.

Ella soltó una sonora carcajada pensando que, en cualquier momento, se moriría de amor por ese hombre tan dulce, tierno, divertido y atractivo. Sin duda alguna, en ese instante, Bianca Trent era una de las mujeres más afortunadas del mundo.

Regresando a la realidad, la joven no pudo no preguntarse si él había recordado ese día. Ahora debería de celebrar su vigésimo octavo cumpleaños en compañía de su marido, estaría pletórica en sus brazos disfrutando de dulces palabras susurradas en su idioma nativo. Sería dueña de su vida y de su destino y no viviría en la tierra de nadie en contra de su voluntad.

—¡Maldita sea! —Estalló sobrecogida, presa de un repentino ataque de rabia y rencor —. Me han robado la vida.

Se dejó caer de rodillas, rendida. Lloró desconsolada un buen rato pensando que la parte más dolorosa no era esa, lo que más la angustiaba era la posibilidad de que lo hiciera el hombre más importante de su vida, al que amaba con todas sus fuerzas, a pesar de las dudas y de los malos pensamientos que no paraban de formarse dentro de su interior.

12

El día que Bianca rodeó la fecha diez de abril en su calendario de mesa su vida cambió. Comenzó la mañana con su habitual rutina: se lavó y aseó a las ocho y fue a despertar a la niña. La llevó a desayunar y después dedicaron una buena parte de la mañana en hacer juegos, colorear, pintar, cantar y cualquier otra cosa divertida que se les ocurría.

Desde la muerte de la señora Leona, el jefe apenas se dejaba ver por la casa, así que la mayoría del tiempo Bianca estaba sola con la niña y Elena. En alguna ocasión, la joven pensó en aprovechar esa circunstancia para huir, hasta tuvo la valentía de aproximarse a la valla exterior que rodeaba la casa para observar los alrededores. No obstante, al mirar a través de una rendija, no vio otra cosa que no fueran praderas, campos, árboles y una carretera sin asfaltar. Comprendió que no había forma de pasar desapercibida y que, con toda probabilidad, en cuestión de segundos, estaría de nuevo apresada.

El jefe no había vuelto a mencionarle la muy deseada libertad y no tuvo el valor de recordárselo, por miedo a que sus buenas intenciones se esfumasen. No obstante, el recuerdo de la dulce promesa flotaba en su interior y le insuflaba todos los días la energía necesaria para seguir adelante.

El diez de abril, mientras paseaba con Hana por el jardín en busca de coloridas mariposas, Elena se acercó a ellas y le dijo que la esperaba en su despacho. Con el corazón desbocado y el alma poseída por el dulce olor de la esperanza, se presentó delante del hombre que tenía su destino en las palmas de sus manos. Sabía que tendría que ser ahora o nunca. Saldría de ahí renacida o moriría lentamente. La expectativa era tan alta que sentía verdadero pavor ante ella.

—Buenas tardes —le saludó con educación, nada más entrar.

Él la miró un largo rato, pensativo. Le hizo una señal con la mano para que se sentase. La expresión indiferente de su cara no relevaba cuales serían sus intenciones.

—Ha llegado la hora —le dijo simplemente.

Esas sencillas palabras provocaron sendas oleadas de calor que subieron con lentitud por la columna vertebral de la joven enfermera. Puso todo el empeño del que fue capaz para mantener la calma y no sufrir un infarto en ese mismo instante. Intentó decir algo para disipar la tensión creada, cualquier cosa, pero fue incapaz de hablar.

—Esta noche te llevaremos al punto de encuentro.

Tras escuchar aquella frase simple que no decía nada y lo decía todo en realidad, sintió cómo una explosión de alegría se detonaba dentro ella. Se obligó a permanecer serena por miedo a no desmayarse otra vez.

—Bien. —Fue todo lo que pudo decir.

—Elena te dará una muda de ropa y a las once de la noche vendrá a por ti. El hombre que te llevará a tu destino te vendará los ojos y te atará las manos, pero no te asustes, es por tu propio bien.

Los renovados ánimos decayeron un poco. El gusanito rencoroso metió sus largas patas en su mente para decirle que existía la posibilidad de que la ejecutasen en medio del bosque. Podría ser que le pintasen la libertad de rosa, para que estuviera tranquila, dado que en una ocasión intentó fugarse.

—Te deseo que llegues bien a tu país y, si quieres mi consejo, ten los ojos bien abiertos con respeto a la gente que te rodea. No olvides que fuiste secuestrada porque alguien cercano a ti así lo dispuso. Ese alguien dio la orden para que mi gente te hiciera desaparecer o, mejor dicho, pagó para matarte. Tu libertad se la debes a Leona, fue ella quien me lo pidió antes de morir. De alguna manera se sentía identificada contigo, así que cada vez que hagas una oración acuérdate de ella, le debes la vida. De todas formas, ten presente que, al regresar de vuelta a tu país, estarás de nuevo en peligro.

—Lo haré… Gracias —le dijo cohibida, pensando que se encontraba ante el colmo de los colmos.

El hombre que la mantuvo cautiva durante tanto tiempo le aconsejaba que tuviera cuidado y ella se lo agradecía como si se tratase de dos viejos amigos y no de lo que eran en realidad. La vida podría tener muchos ángulos y desde cada uno de ellos, la perspectiva se veía diferente.

—Ahora puedes marcharte. —Bianca se puso en pie con la intención de perderlo de vista. No llegó a dar el tercer paso cuando le escuchó decir—: Una cosa más. —La joven paró en seco, puesto que el tono de su voz sonaba amenazante—. Cabe la posibilidad de que la policía te enseñase fotos, ya sabes, retratos de posibles secuestradores. Es muy poco probable que tengan la mía, pero en el caso de que así fuera, será mejor para ti que no me reconozcas.

Asintió asustada y salió del despacho sin mirar atrás. Encaminó sus pasos vacilantes hacia su cuarto, presa de un temblor que no podía controlar. Se dejó caer en la cama y clavó su mirada perdida en la estrella de seis picos para serenarse. Seis, como los meses que llevaba cautiva. Una sola estrella y un solo posible final. Para bien o para mal, esa noche acabaría su pesadilla.

Al caer la noche, comenzó a inquietarse. Se duchó y esperó ansiosa la llegada de Elena. No la había buscado en toda la tarde, por lo que no había cenado y se sentía hambrienta, tensa, nerviosa y exaltada. A las once y tres minutos la anciana tocó a su puerta. Entró con su habitual cojera y le entregó una muda de ropa compuesta por una camisa negra, unos tejanos oscuros, un sujetador, calcetines y unas zapatillas de deporte. Además, le ofreció un bocadillo de panceta y tomates junto a una botella de agua mineral.

—La ropa es de la difunta señora, te sentará bien. Adiós, querida niña, buen viaje. En diez minutos vendrán a recogerte, acude al garaje y espera allí.

Salió cabizbaja, con una expresión afligida en el rostro.

Mientras Bianca se ponía la ropa de la fallecida no pudo evitar sentirse extraña. Sus pensamientos se dejaron de nuevo atrapar por algún ritual macabro y las palabras de despedida de Elena le sonaron con doble sentido. Los seis meses de cautiverio la habían vuelto tan desconfiada que veía

demonios hasta donde no los había.

Comió con avidez una parte del bocadillo que le ofreció y reservó la mitad para llevárselo con ella. Llenó la botella de plástico con agua y la metió dentro de una mochila que tenía pensado llevarse consigo. Se puso la camisa y la metió dentro de los tejanos para mayor comodidad, y terminó de atarse con cuidado los lazos de las zapatillas. Miró por última vez la estrella de seis picos que le había hecho compañía en los meses de soledad y encaminó sus pasos hacia el garaje.

Nada más llegar escuchó la voz de hombre ordenarle en la semioscuridad.

—Date la vuelta y espera. Me acercaré a ti para vendarte los ojos y atarte las manos.

Ella obedeció con el corazón desbocado. ¿Y si simplemente iban a dispararle por la espalda? Sería el método más rápido y económico. Sintió el olor a tabaco en los dedos que rodearon su cabeza y segundos más tarde, notó cómo un trapo de algodón le tapaba la vista, quedando atada en la parte posterior de su cabeza. Después, el hombre le inmovilizó las muñecas e hizo un nudo bastante apretado a la cuerda. El hecho de haber perdido uno de los sentidos más primordiales, la vista, hizo que los miedos se multiplicasen dentro de su cabeza. El hombre terminó dándole un empujón en el hombro.

—Camina, yo te guiaré, iremos un tiempo andando —le dijo con brusquedad.

Asintió con la cabeza y acompasó sus pasos a los del hombre. No supo cuánto tiempo había trascurrido desde que comenzaron a caminar, cuando unos timbres de voces conocidas llegaron a ella. Agudizó los sentidos y reconoció a John el Feo y Ed. Los tres hablaron algo entre ellos en voz baja y conspiradora. Bianca no hizo el menor gesto de mostrar que los había reconocido, sino que se mantuvo lo más quieta que le permitían las circunstancias. El hombre que le tapó los ojos y ató las manos le zarandeó el hombro, para que le prestase atención.

—Te subiéremos a un coche, a partir de aquí, te llevarán otras personas. Puedes descansar si lo necesitas, el camino es largo, no llegareis antes del amanecer.

Bianca se dejó guiar hacia el coche y, una vez acomodada en su interior, se dejó vencer por el cansancio.

13

El vehículo se detuvo de forma brusca y la joven abrió los ojos asustada. Le costó un par de segundos orientarse. La venda que le cubría los ojos dejaba entrever algo de luz, por lo que dedujo que los primeros rayos del día debieron de haber hecho su aparición en lo alto del cielo. Se preguntó qué hora sería.

—Levántate, mujer. Hemos llegado —reconoció la voz de Ed, dirigirse a ella. Obedeció y se dejó guiar por las manos del joven.

Anduvieron unos metros, después sintió su cuerpo tambalearse debido al empujón fuerte que la dejó tirada en el suelo. Escuchó cómo los pasos de Ed se alejaban de forma apresurada y, durante un tiempo, se quedó quieta sin atreverse ni siquiera a respirar.

Tras unos angustiosos segundos de siniestras expectativas comprendió que nadie le dispararía por la espalda ni le daría ninguna otra muerte parecida. Aun cuando era difícil de creer, el jefe la había soltado de verdad. Sin trampa ni cartón. Sin más.

«Vamos, Bianca, deja de tener miedo, estás libre, ahora intenta desatarte».

Con alguna dificultad que otra, se puso de pie e intentó desatarse las manos. Alejó todo lo que pudo una muñeca de la otra y un gran escozor le hizo parar al darse cuenta de que, de intentarlo de ese modo, no conseguiría otra cosa que lastimarse. Dio algunos pasos guiada por la penumbra que vislumbraba a través de la venda y cuando chocó la cabeza contra el duro tronco de un árbol, desistió y se dejó caer en el suelo vencida. Un pensamiento siniestro acudió a su mente y se estremeció ante esa aterradora posibilidad.

La cautiva liberada se dijo desfallecida que cabía la posibilidad de que la hubieran dejado en algún lugar abandonado para morirse de hambre, sed o como alimento para algún animal. El pensamiento de que aquel hombre no tuviera la intención de gastarse ni siquiera una bala para matarla se le hizo insoportable. Tal vez en ese lugar, una vida humana no valía ni siquiera esa mísera bala.

El crujido de unas hojas secas bajo las pisadas de alguien que se acercaba a ella le hizo sobresaltarse.

—¡Hola! —escuchó una voz saludándola con cierta reticencia en inglés —. No temas, no te haré daño. Yo también soy prisionero.

—Hola —le saludó ella entre esperanzada y alarmada—. Apenas veo debido a la venda, ¿tú estás atado? ¿Puedes ayudarme?

—Todavía no, pero tranquila, encontraremos la manera de auxiliarnos el uno al otro. Me acercaré e intentaré soltarte la cuerda, pero ten paciencia porque mis manos también están de la misma forma. Además, sufro fuertes temblores por culpa de la artritis. Por cierto, me llamo Patrick De Vos y soy belga.

—Hola, Patrick, mi nombre es Bianca Trent y soy inglesa. Encantada.

Mientras mantenían aquella agradable y sencilla charla, el corazón de Bianca fue invadido por oleadas de felicidad. Sentía cómo el amable señor De Vos tiraba de los extremos de la cuerda y, aun cuando el tensor hacía que la misma le cortase la piel, no soltó ni siquiera un solo quejido. Aguantó como una campeona y cuando notó que la cuerda se mantenía cada vez más floja a sus muñecas, dio un fuerte empujón y liberó sus manos. Las abrió como si fuese una mariposa en pleno vuelo y las flexionó un par de veces extasiada. Se las llevó después a la cabeza y buscó a tientas los laterales de la venda. La quitó sin apenas esfuerzo y parpadeó agitada al encontrarse de frente con un anciano sucio y de aspecto descuidado.

No supo que fue lo que la empujó a echarse a sus brazos, si la tensión acumulada, las emociones contenidas o la euforia de verse liberada. Abrazó el cuerpo delgado del anciano como si le conociera de toda la vida y acabara de encontrárselo tras un largo periodo de lejanía. Cuando su agitación interna se calmó un poco, se apartó de él y se centró en desatarle la cuerda de las manos.

Una vez liberados, los dos comenzaron a andar hacia un camino que se divisaba en la cercanía. El señor De Vos le contó que era un reputado arquitecto belga retirado, que fue secuestrado el verano anterior, por lo que llevaba casi un año de cautiverio. Al igual que ella había sido víctima de un secuestro por encargo de alguien que deseaba su desaparición. Lo habían mantenido con vida puesto que le obligaron a proyectar casas y edificios para algún empresario dispuesto a pagar por sus servicios. Debido a su avanzada enfermedad, sus manos ya no respondían y los secuestradores le dejaron libre sin más explicaciones.

14

Estaban sobrevolando el océano Atlántico en medio de unas fuertes turbulencias. Dos azafatas paseaban agitadas por el pasillo recomendando a los trescientos quince pasajeros que mantuvieran la calma quedándose sentados en sus respectivos asientos y con los cinturones abrochados.

El señor De Vos buscó la mano de Bianca y le dio un fuerte apretón. Ella le animó con una sonrisa pensando que, si habían sobrevivido a un cautiverio en medio de la selva y a meses y meses de sometimiento, podrían con unas pocas turbulencias de nada.

Desde que se encontraron en el bosque habían pasado cuatro días y los dos prisioneros pasaron por todos los trámites administrativos juntos. La mañana que fueron liberados encontraron un punto de encuentro turístico y unos aldeanos les dieron cobijo y avisaron a la policía. Ese mismo día fueron llevados en un coche a Santo Domingo. Primero tuvieron que declarar delante de varios agentes de policía que tomaban notas y les preguntaban detalles sobre el modo en que fueron secuestrados. Después tuvieron que describir a los secuestradores y explicar todos los detalles que consideraban de interés. Así como había previsto el jefe, los investigadores le enseñaron varias imágenes de delincuentes para una posible identificación. Ella las ojeó con interés, preguntándose qué debía hacer en el caso de encontrarse la foto del hombre que le robó seis meses de su vida, pero a pesar de todo, le dio la libertad. No supo la respuesta, puesto que la foto del que fuera su jefe no se encontraba entre los posibles sospechosos y ella, en cierto modo, se sintió aliviada y deseosa de cerrar ese capítulo de su vida para siempre.

Una vez terminadas las investigaciones pertinentes, fueron llevados a una clínica donde les practicaron un reconocimiento médico. La analítica de Bianca salió bastante bien dada las circunstancias y el pobre régimen alimenticio que había tenido. El estado de salud del señor De Vos resultó muy precario, pero a sus insistencias, los médicos dieron el visto bueno para que pudiera viajar a su país. La primera parte del viaje la hacían juntos, puesto que ese vuelo tenía como destino Paris y, desde ahí, sus caminos se separaban, ya que cada uno tomaría un vuelo diferente para viajar a su ciudad.

Pocos minutos después, las turbulencias disminuyeron lentamente y la normalidad se instaló dentro del avión.

—¿Has pensado quién pudo haber ordenado tu secuestro? —le preguntó Patrick, al tiempo que la miraba con preocupación—. No debemos olvidar que nuestros enemigos no fueron los secuestradores, ellos fueron un simple medio, nuestros verdaderos verdugos nos esperarán ahora con los brazos abiertos fingiendo entusiasmo y felicidad ante nuestra llegada. Yo estoy demasiado enfermo para preocupar a mi entorno, pero tú, no.

Bianca tragó saliva deseando que la preocupación que sentía no fuera tan visible en su rostro. Tras meditar una milésima de segundo, comprendió, angustiada, que necesitaba dar voz a sus pensamientos, porque de lo contrario

su cabeza estallaría. Y quién mejor para entenderla que un hombre que sufrió el mismo calvario que ella.

—No hago otra cosa que pensar en ello. —Giró la cabeza y observó un rato algunas nubes esponjosas que flotaban alrededor de las alas del avión—. Mientras estuve prisionera se me insinuó el hecho de que el ordenante de mi… mi cautiverio, fuera mi propio marido. —La voz de la joven comenzó a temblar, por lo que bebió un poco de agua del vaso de plástico que tenía en la mesita. La mirada comprensiva del señor De Vos la animó a seguir—. Lo pienso y lo vuelvo a pensar, pero no lo veo capaz de hacer algo así. Además, no debería de tener ningún motivo para querer librarse de mí, nos casamos hace poco más de un año, fue amor a primera vista, de estos que te dejan atolondrado, como fuera de juego. No soy rica ni heredera de nada, mi familia ni siquiera quiere verme. Mi marido y yo tuvimos un buen matrimonio, cargado de amor, cariño y buen entendimiento hasta que… hasta que él sufrió un extraño accidente.

—¿Qué fue lo que pasó? —se interesó, intrigado.

—El día que cumplimos un año de casados, Max, mi marido, sufrió un terrible accidente. No fue implicado otro coche, aun cuando él afirma que unos faros que venían de frente le cegaron. En fin, el resumen de aquello fue que se quedó sumido en coma temporal varios meses y, la mujer de uno de sus mejores amigos que iba con él, finalmente falleció. Pasamos meses muy malos, porque Max dejó de ser el mismo de antes y no puedo culparlo, la verdad. Yo he sido paciente, he fingido no observar su cambio de comportamiento, no me he quejado ni revelado en contra de la dura situación que estábamos viviendo, sufriendo en silencio.

Una azafata demandó su atención ofreciéndole café con leche y bizcocho de limón. Los dos aceptaron encantados, puesto que la escasez de los alimentos estaba todavía muy bien grabada en sus retinas. Comprendieron que las necesidades vividas les habían enseñado a valorar los pequeños sabores y placeres de la vida como, por ejemplo, hundir los dientes en un trozo esponjoso de pastel empolvado en vainilla.

—¡Qué rico! —Bianca cerró los ojos extasiada y por un breve espacio de tiempo, se olvidó de sus preocupaciones.

El belga siguió su ejemplo y pegó pequeños mordiscos a su ración. En cuanto terminaron, sus ánimos se renovaron y retomaron la discusión.

—Por lo que me cuentas, tu marido no aparenta tener ningún motivo para desear tu desaparición. Es más, a mí me parece que eras muy necesaria en su vida, porque tú sustentabas la familia, eras la persona que se encargaba de traer el pan a casa, mientras él se recuperaba. ¿Por qué querría morder la mano que le daba de comer? No, estoy casi seguro de que él no fue —opinó.

—Hay algo que me inquieta. —Bianca dio unos pequeños sorbos a su café y limpió una migas de bizcocho que se le habían quedado enganchadas en su camiseta. Después continuó pensativa—: Viajamos a la República Dominicana, así, de repente. No teníamos dinero, ni perspectiva alguna de

irnos de vacaciones. Él estaba en tratamiento psicológico y yo cogía todos los turnos que podía para poder mantenernos.

—Con más razón entonces para no dudar de él. La policía me ha contado que un secuestro por encargo vale unos diez mil dólares por lo menos, así que si no tenía dinero…

—La verdad es que no lo sé con seguridad. No soy una de esas esposas que meten las narices en todo lo que hacen sus maridos. Los dos éramos independientes, teníamos nuestros sueldos y nuestros gastos. Ni antes de casarme con él, ni después, le pregunté cuánto dinero tenía en la cuenta. Al irnos a vivir abrimos una cuenta conjunta donde ingresábamos cada mes dinero para nuestros gastos, pero cabe la posibilidad de que tuviera alguna suya y no me lo hubiera contado.

Bianca se cubrió la cara con desesperación, sintiendo, de alguna manera, que aquellos pensamientos deshonestos y esa desconfianza en contra de Max estaba matando el amor que hubo. Pero ¿qué otra cosa podría hacer? ¿Quedarse callada contra la evidencia? Esas eran sus cartas y para bien o para mal, tenía que atenerse a lo que la vida le había preparado. Hizo una larga inspiración para proseguir.

—Antes del accidente, mi marido trabajaba en un prestigioso bufete de abogados y ganaba muy bien. Sin embrago, permaneció varios meses en coma y yo vacié la cuenta común y vendí algunas de nuestras pertenencias para poder mantenerlo en el hospital. Nos quedamos casi sin nada y con una montaña de deudas. De pronto, y sin habérmelo consultado, llegó un día a casa y me enseñó los billetes para viajar al Caribe. Así, sin más. Yo por mi parte estaba tan cansada y agotada, que sentí un hilo de esperanza y me aferré a él. No pregunté de dónde había sacado el dinero para pagar el viaje, porque pensé que lo había cogido a plazos y no le di más vueltas.

—Es muy probable que así fuera. —La frágil mano del señor De Vos se posó sobre el hombro de la joven en actitud consoladora—. No veo nada raro en todo lo que me cuentas. No creo que tu marido sea el verdugo.

—A la mejor yo tampoco lo pensaría sino fuera porque el día que compró los billetes hizo un seguro de vida a mi nombre.

Ante aquella revelación, la mirada astuta de De Vos se agrandó y la expresión de su cara le mostró a Bianca el peor de los panoramas. No cabía duda de que, su recién estrenado amigo, pensaba lo mismo que ella.

—En este caso, hay una duda importante que tienes que resolver. No puedes volver con tu marido —sentenció, tras unos segundos de silencio—. Al menos no lo hagas por ahora. ¿Le has llamado de la comisaría? ¿Sabe de tu llegada?

—No, no lo sabe. Como es lógico el policía encargado del caso quiso avisarlo al comprobar mi identidad, puesto que la denuncia formal por mí desaparición la puso él, pero le pedí que no lo hiciera. Se quedó sorprendido y para convencerlo tuve que contarle mis sospechas.

—Hay que seguirle con un detective. Han pasado seis meses desde que

desapareciste, para bien o para mal, ha dejado de estar en guardia.

—Lo he pensado, sin embargo, no creo que pueda mantenerme oculta, no tengo dinero y nada más llegar tendré que reincorporarme a mi trabajo en el hospital. Estoy segura de que mi reaparición dará que hablar y llegará a sus oídos, entonces sí que estará en guardia.

—Te propongo un trato. —Y mientras el avión sobrevolaba el océano, el señor De Vos le detallaba a Bianca su plan.

15

Bianca dobló las piernas debajo de ella buscando una posición cómoda. Antes de abrir el sobre que descansaba en su regazo, cerró los ojos y pidió al universo una pequeña muestra de piedad.

«Por favor, si hay alguien que mueve los hilos ahí arriba, que tenga en cuenta todo el sufrimiento por el que he pasado. Estuve tres meses mirando impotente cómo el hombre de mi vida no despertaba del coma, después regresó, pero muy diferente a como solía ser. Se me concedió una pequeña tregua de tres días de felicidad junto a él y cuando pensaba que la pesadilla había terminado, me encontré retenida en contra de mi voluntad a merced de los deseos de un secuestrador. Por favor, no hagas que me entere que Max fue mi verdugo. Por favor, no lo soportaría».

Mientras lanzaba aquella súplica al universo, se dispuso a despegar los bordes del sobre con sumo cuidado. Extrajo la primera foto y la respiración se le cortó. Un primer plano de Max, le sonreía despreocupado desde la foto. Tenía el aspecto cuidado e impecable de antes del accidente. Vestía un traje a medida y conducía un coche de marca. Aquellas dos realidades le dieron una bofetada en pleno rostro, puesto que su aspecto no mostraba un hombre desesperado y sin recursos, sino todo lo contrario. Ante esa evidencia, las lágrimas comenzaron a pasearse a sus anchas en sus mejillas. Acarició el rostro del hombre que le hacía sangrar el corazón al tiempo que decía entre suspiros:

—Por favor, Max, no puede ser que me hayas sacrificado por un traje y un coche. ¿Esto te hace feliz? En una ocasión yo te saqué una bolsa de sangre, pero tú ahora me acabas de sacar la sangre entera del cuerpo. Me has matado dos veces, el día que ordenaste mi secuestro y hoy, al entender que fuiste tú.

Dejó el sobre de lado y se tumbó en el sofá con la mente en blanco. El dolor era demasiado grande para poder soportarlo.

Bianca llevaba viviendo en Manchester poco más de una semana. De Vos le había hecho una propuesta que no pudo rechazar. Se ofreció a ayudarla y se vino a vivir durante un tiempo con ella. De este modo, él mandaría investigar a sus dos hijos, que suponía que habían ordenado el suyo, puesto que fueron los únicos beneficiarios de su fortuna. Asimismo, encargó a un despacho de detectives privados investigar a Maximilian Trent.

—Bianca, déjame ayudarte, te lo pido por favor. Además, tú eres enfermera, necesitaré de cualquier modo contratar una para que me ponga el tratamiento que mi cuerpo necesita para recuperarse. Alquilaré una buena casa y vivirás conmigo hasta que sepamos la verdad sobre tu marido. Si es el hombre que tú crees que es, volverás con él y retomarás tu vida. Si es tu verdugo, pues ya pensaremos en algo. ¿De acuerdo? Aparte, yo de todos modos tengo que estar oculto hasta saber sobre los míos, así que, ¿qué mejor que permanecer unidos?

Y Bianca aceptó pensando que, de alguna manera, el universo le había

recompensado una pequeña parte de su sufrimiento poniéndole en su camino al bueno y amable señor De Vos.

Ese día él le había entregado el sobre de seguimiento de Max y la joven no sabía si era capaz de ver toda la información que contenía. Inspiró hondo y lo volvió a coger.

En un folio había datos sobre su vida actual. El corazón de Bianca dio un vuelco al observar que la dirección donde vivía era la pequeña casita con terraza que ella había alquilado. Ese dato arrojó sobre su alma herida un poco de luz y esperanza. Siguió leyendo y se enteró de que su marido había retomado su trabajo en el bufete de abogados Bo&Nex. Se sorprendió al leerlo, porque sabía lo mucho que Max aborrecía a su exjefe. Siguió leyendo y otro dato letal le hizo quedarse de nuevo sin respiración. En la actualidad, Max no era un simple abogado, sino que se había convertido en el socio de Hecht, pagándole la friolera cantidad de trescientas mil libras esterlinas. Los datos recopilados por el detective mostraban que dos meses atrás había cobrado una importante cifra de dinero de una aseguradora, como compensación económica de un seguro de vida. En blanco y en botella.

El dolor que sintió en ese instante le hizo desmayarse. No, el universo no había sido bondadoso con ella, sino todo lo contrario, había sido cruel. El último folio del sobre mostraba a un increíblemente atractivo Max, en compañía de una mujer exuberante. La chica vestía el típico traje falda de una abogada exitosa y por la forma de andar, con la barbilla levantada y la melena recogida en un moño estricto, denotaba confianza. Aquella mujer conocía su potencial y lo explotaba al máximo.

Bianca no supo el tiempo que pasó tumbada en el sofá con la mente en blanco. Cayó en la cuenta de que debía de ser muy tarde, cuando el amable señor De Vos se acercó a ella y recogió las fotografías esparcidas por el suelo. La tapó con una manta y la dejó para que lamiera sus heridas y comenzará con el duelo.

El belga había meditado mucho antes de dejar la bomba explotar en sus manos, pero llegó a la conclusión de que no había otra manera de decirle la verdad, más que dejarla a ella misma deducirla.

A la mañana siguiente, De Vos se acercó a ella y la obligó a levantarse. Bianca no hablaba ni mostraba emoción alguna, puesto que la información recibida sobre su marido la tenía todavía conmocionada. Se esforzó en ducharse, cambiarse de ropa y acudió al comedor para desayunar.

—La información que tenemos sobre tu marido… es relevante, pero no definitiva —le dijo con suavidad, al tiempo que elegía con mimo cada palabra —. No es una prueba definitiva en su contra. Nos falta saber quién fue la persona que encargó el cheque. Me dijiste que tu secuestrador te lo enseñó en una ocasión. ¿Crees que podrías recordar algún dato?

La joven levantó la vista de su plato, desconcertada. Arrugó el entrecejo y dijo vacilante:

—Esa noche apunté los datos del cheque en la etiqueta de una botella

de agua, la que la guardé en mi mochila. —Su cara se iluminó—. ¡Se me había olvidado completamente! Tiene que estar aún en el fondo de mi mochila.

Se levantó apurada y fue a buscarla. Regresó con ella y vació su contenido en el suelo, rebuscando con frenesí entre los bolsillos internos del mismo. Su mirada centelleó triunfante al sacar de debajo del forro un trozo de etiqueta arrugada.

—¡Es esta! —exclamó satisfecha y le tendió el papel a De Vos. Él extendió bien los bordes doblados y alisó con cuidado la superficie al tiempo que la estudiaba con el ceño fruncido. Poco a poco, el gesto de su cara se relajó.

—Lo tenemos. Es sorprendente que apuntaras todos estos datos —le dijo impresionado. El hombre levantó la vista del papel y miró a su protegida con admiración—. Esta información nos ayudará a dar con tu verdugo. Fuiste increíblemente perspicaz, apuntaste el banco, el color del cheque y un número de serie, puede que no fuera completo, pero es una prueba que al final nos llevará a la verdad. Hasta que este papel no hable, no te hagas mala sangre. Por favor —le rogó al tiempo que se acercaba a ella y le daba un abrazo consolador. A veces en la vida el más señalado es el inocente y al revés.

Fue increíble cómo aquellas palabras esperanzadoras y el hallazgo de la etiqueta arrugada consiguieron animar a Bianca.

—¿Qué tardaremos en averiguarlo? —le preguntó, expectante.

—Un par de días. Con suerte, menos. Ahora mismo llamaré al detective. Tú sal, toma aire, regresa a tus raíces, te hará bien.

Y Bianca le hizo caso.

16

Mientras se adentraba en el Hulme, Bianca entendió que de forma inconsciente se dirigía a su pequeño apartamento. Intentó cambiar de sentido un par de veces, pues comprendía que era peligroso rondar por una calle donde podría encontrarse a Max, sin embargo, no consiguió dominar sus instintos. Su yo interior se sentía atraído hacia su casa como un imán. Su alma necesitaba ver al hombre que amaba con locura, aunque fuese de lejos. Si se demostraba que él planeó su secuestro, ingresaría en la cárcel y no lo volvería a ver. Aparcó el coche de alquiler que De Vos le dejó prestado un poco más lejos de la entrada número ocho y se dispuso a esperar.

Durante un largo tiempo no ocurrió nada, pero la llegada del autobús escolar llenó la calle de vida, niños y mochilas coloridas. La joven contemplaba con la mirada perdida aquel zumbido de risas y voces preguntándose cómo hubiese sido su vida si ella y Max hubiesen tenido un bebé. Un precioso bebé regordete al que amar de forma incondicional.

«No, Bianca, no vayas por ahí, te lo prohíbo», gritó dentro de su cabeza una vocecita enfadada. «Acuérdate de que cabe la posibilidad que Max no fuera el hombre que tú imaginas. Si se demuestra lo que ya estás sospechando, tu marido se convertirá en el hombre que ordenó tu muerte. No lo olvides y comienza a olvidarlo».

Lágrimas ardientes quemaron su rostro y no tuvo la fuerza de voluntad necesaria para limpiarlas. Cuando ya pensaba marcharse, la puerta de la vivienda número ocho se abrió y en el marco apareció el blanco de sus pensamientos. Suspiró aliviada al observar que la despampanante morena de la foto no lo acompañaba. Era un leve premio de consolación, pero al menos era algo. Max se dirigía con paso ágil y vivaz hacia su flamante deportivo. La expresión de su cara denotaba optimismo. La joven enfermera sintió cómo la hoja de un cuchillo bien afilada se blandía en su alma y hacía sangrar su corazón. Maximilian Trent, su marido, rebosaba confianza y felicidad. Los pensamientos de la joven volaron al inicio de su noviazgo y recordó que, nada más decirle que sí, Max quiso que se mudasen juntos.

—No quiero que el tiempo fluya sin sentido. Quiero que fluya a tu lado.

—¿Por qué? —le preguntó, presa de un repentino entusiasmo.

—Por qué la vida es muy corta.

En aquel entonces, aquellas palabras le parecieron las más románticas del mundo entero, pero ahora sabiendo lo que sabía, la estremecieron. No pudo no preguntarse si Max la había engañado desde un principio, o si se había desencantado de su esposa con el tiempo. Solo él tenía las respuestas, aunque una parte dentro de ella se negaba a creerlo. Max se había enamorado locamente de ella, o por lo menos eso le hizo creer.

Cuando el coche de su marido se perdió de su campo visual, arrancó el suyo y se dirigió hacia la casa de sus padres. Necesitaba regresar a sus orígenes y hacer las paces con su familia. O, al menos, intentarlo.

Mientras caminaba por la acera adoquinada que la llevaba a la finca donde residían, recordó los días que siendo una niña jugaba por ahí en compañía de sus amigas del barrio. Recordó risas, enfados, caídas y lágrimas. El inconfundible olor a la infancia se coló dentro de ella, infundiéndole optimismo. Llamó al timbre de su casa sin vacilar y, cuando la señora Borowski apareció en el marco de la puerta, se echó a sus brazos antes de que ella pudiese sorprenderse o abrir la boca para decir algo.

Cuando su madre la estrechó en sus brazos colmándola de cariñosas palabras de amor, llamándola *moja dziewczyna*, del mismo modo que lo hacía cuando era una niña, Bianca prorrumpió en un doloroso y necesitado llanto.

—Perdóname, mamá, por favor —le pidió al tiempo que se abrazaba con más fuerza a su cuerpo y se impregnaba con su olor.

Instantes después, su madre se apartó de ella y le limpió las lágrimas que surcaban sus mejillas encendidas por la emoción, mirándola con dulzura.

—No, no pidas perdón, tú no hiciste nada malo. Tu padre y yo nos equivocamos al repudiarte. Lo comprendimos todo cuando supimos de tu desaparición. No sabes lo mucho que nos arrepentimos y cuanto rezamos para que volvieras. Todas las misas de los domingos, nuestra comunidad entera ha rezado por ti, mi pequeña. Perdónanos, por favor.

Y madre e hija se dejaron abrazar por el dulce aroma de la reconciliación y el perdón mutuo. Un peso enorme dejó de aplastar el maltrecho corazón de Bianca y, por primera vez en meses, sonrió con toda su alma. Le contó a su madre sobre los meses de cautiverio, ahorrándole las partes dolorosas y las sospechas hacia Max.

—Conocimos a tu marido y nos pareció un buen hombre, honesto, responsable, trabajador e íntegro. Sentimos mucho no haberle dado una oportunidad en su día, pero bueno, ya estás aquí, a partir de ahora las puertas de esta casa están abiertas para los dos. —La señora Borowski sonrió pletórica.

Al escuchar aquello, un escalofrió recorrió la columna vertebral de Bianca. ¿Max había ido a ver a sus padres? ¿Con que propósito? Desconcertada, dio vueltas a ese aspecto, hasta cansarse sin encontrar ninguna razón plausible. Su comportamiento se parecía al de un frío asesino que se cubría las espaldas aparentando ser el yerno perfecto delante de sus suegros.

«No, Bianca te prohíbo que pienses estas cosas de él. Max no es así, no pudo haberte engañado tanto». «¿Y si lo hizo?».

La joven se despidió de su madre prometiendo acudir el próximo domingo a comer junto a su marido. La situación se le antojaba muy extraña, hasta rocambolesca. En sus días felices de matrimonio hubiese dado el cielo entero por recibir aquella invitación por parte de su familia y, ahora que la misma había llegado, era más que probable que no tuviera un marido maravilloso para llevar a su casa.

Un cuarto de hora más tarde, Bianca aparcaba el coche delante de la casa de su amigo, Thomas. Él trabajaba como periodista *freelance*, por lo que

sospechaba que lo encontraría en casa. Necesitaba darle un abrazo y decirle que había regresado. No le pareció justo seguir evitándole, solo por miedo a que su marido se enterase de su regreso. Necesitaba contarle la verdad sobre sus sospechas y conocer de primera mano su opinión. Nadie conocía a Max mejor que él.

La mirada del periodista se agrandó por la sorpresa cuando abrió la puerta. Le dio un abrazo lleno de entusiasmo antes de toquetearle la cara, asegurándose que estaba allí, en carne y hueso.

—Bianca, eres tú. Lo eres de verdad. —Sus ojos azules se encendieron por la dicha.

Ella rio complacida por esa calurosa bienvenida.

—Pues claro que soy yo. Me invitas a tomar algo, estoy sedienta —le pidió al observar que su amigo estaba tan atolondrado que no se decidía a dejarla entrar.

—Claro, pasa, perdona.

Acudieron al salón y mientras la joven tomaba la cerveza que su amigo le ofreció, le contó las vivencias de la selva y le detalló su cautiverio.

—Es muy raro que te hayan dejado vivir. —Se maravilló al escuchar el final de su historia—. Por lo que se cuenta, esa gente carece de empatía alguna, tuviste mucha suerte. Me alegro tanto que hayas vuelto. No sabes cuánto.

—¿Y Max qué tal? —le preguntó con el corazón desbocado. Quería saber de él y, al mismo tiempo, le daba miedo las respuestas.

Thomas la miró de un modo raro, lastimero. Se removió inquieto en su asiento y acercó la botella de cerveza a su boca para tomar un trago largo. Después, dijo, visiblemente incomodo:

—Bianca, lo mío con Max… pertenece al pasado. Ya no somos amigos. —Su voz sonó triste y dolida.

—Comprendo. —La joven le tocó el brazo en actitud compasiva—. Tú cómo estás, lo de Mary, ¿duele menos?

—Duele menos, pero duele igualmente. —La expresión de Thomas se volvió tajante y, por una milésima de segundo, la joven observó cómo su rostro sufría una metamorfosis y se convertía en uno hostil y amargado. Su mirada azul brillaba de un modo siniestro, casi amenazante.

Durante un tiempo no hablaron y una extraña tensión se cernió sobre ellos. Bianca pensó con amargura que, a veces, los humanos superaban los baches de la vida, pero por desgracia, las consecuencias del dolor sufrido, dejaban huellas tan hondas que nunca volverían a ser lo que fueron. Ni Thomas, ni Max, ni mucho menos ella misma.

Terminó la botella de cerveza y sacó a relucir la pregunta que le atormentaba.

—Thomas, ¿tú crees que Max pudo haberme hecho esto?

—Sí, lo creo —le contestó con tanto aplomo y frialdad que le provocó escalofríos.

En ese instante, el teléfono de Bianca sonó y tras echar un rápido vistazo a la pantalla, observó parpadeando el nombre De Vos. Le contestó enseguida.

—Bianca, escúchame con atención. —La voz del belga sonaba alterada—. Tenemos la foto del hombre que encargó tu secuestro—. ¿Dónde estás ahora?

—En casa de mi amigo, Thomas —le contestó sobrecogida—. ¿Cómo es físicamente? —le preguntó agitada.

Necesitaba saber cuanto antes si su verdugo era su marido o no para abandonar aquellas dudas que terminaran por matarla.

—El hombre que pagó el talón no se corresponde con la foto de tu marido. Es alto, corpulento, rubio y con ojos azules. Pelo muy corto y rostro anguloso.

El teléfono resbaló entre sus dedos y la mirada asustada de la joven chocó con la azul cortante de Thomas. El ruido que provocó el teléfono al caer contra la baldosa del suelo, la sobresaltó. Se agachó para recogerlo y su mano rozó sin querer la de su amigo. Él fue más rápido que ella, recogió el teléfono y lo dejó sobre la mesa, con gesto autoritario. Su complexión atlética y su rostro anguloso le relevaron a Bianca que se encontraba a solas con su verdugo. El miedo le paralizó los sentidos.

Thomas Neil había vengado la muerte de Mary a su manera, arrebatándole a su amigo lo mismo que este le había arrebatado a él, a su mujer.

Bianca sabía que tenía que huir lo antes posible de su casa para ponerse a salvo, sin embargo, el miedo y la sorpresa la dejaron aturdida. Las piernas le temblaban y se sorprendió a sí misma cuando consiguió ponerse en pie. Thomas la imitó y su gran estatura la intimidó. Se armó de valor y comenzó a correr por el largo pasillo que le pareció interminable. Las pisadas del hombre sonaban con eco a sus espadas, pero ella siguió corriendo hasta que llegó a la puerta. Trasteó con la cerradura y finalmente consiguió abrirla. En ese instante, notó los dedos de Thomas agarrarle el chaleco que llevaba puesto por encima de su camiseta.

—¿Qué haces? —le preguntó mientras intentaba retenerla.

Bianca observó una pizca de confusión en su mirada, pero no se paró a analizarla. Se deshizo con rapidez del chaleco y escapó del agarre de los dedos del que había considerado su amigo. Corrió escaleras abajo y no se atrevió a girar la cabeza para saber si su agresor le seguía la pista o no. Tenía el coche aparcado en los alrededores, pero no se detuvo a cogerlo por miedo a que Thomas le diese alcance.

17

Cuando las piernas comenzaron a fallarle y el aire dejó de llegar de forma correcta a sus pulmones, impidiéndole respirar, Bianca tropezó con una piedra y se cayó al suelo. Se levantó de un salto ignorando la mancha de sangre que se extendía en la palma de su mano. Volteó la cabeza y comprendió aliviada que nadie la estaba siguiendo. Se sorprendió de que Thomas no la hubiese alcanzado, puesto que era mucho más corpulento y fuerte que ella.

Miró con curiosidad a su alrededor y observó que había llegado a un pequeño parque rodeado por unos cuantos arbustos frondosos. Se dejó caer en el primer banco que encontró y cerró los ojos. Necesitaba serenarse y calmar su agitación interna. Desde lo alto del cielo comenzó a caer sobre ella una repentina lluvia, no obstante, no buscó cobijarse, sino que se dejó empapar impasible.

De pronto, una inexplicable sensación de felicidad se cernió sobre ella. Se levantó del banco y encaminó sus pasos hacia Hulme. Su cerebro se fue calmando poco a poco y consiguió ordenar la información recibida ese día. Si ella había sido secuestrada por órdenes de Thomas; Max, su Max, quedaba libre de culpa y fuera de cualquier sospecha. Cerró los ojos presa de un gran arrepentimiento y se preguntó afligida cómo pudo haber dudado de él.

Repentinamente, la lluvia se intensificó convirtiéndose en una tormenta en toda regla. Rayos centellantes cruzaban la superficie oscura del cielo, formando extrañas figuras y truenos ensordecedores que rompían el silencio de forma intermitente. La fina camiseta de algodón que llevaba puesta se empapó y sus pies bailaban dentro de las zapatillas mojadas. A pesar de eso, siguió avanzando deseando poder coger un taxi, pero no encontró ninguno disponible y regresar a por el coche no era una opción.

Cansada, mojada de pies a la cabeza y exhausta, llegó una hora más tarde delante de la puerta número ocho. Pulsó el timbre con el corazón desbocado, puesto que el coche de Max se encontraba aparcado delante de la casa.

Los segundos de espera que pasaron hasta que la puerta se abrió le parecieron eternos. Finalmente, escuchó la cerradura moverse e, instantes después, Max apareció ante ella. Titubeó un momento y cuando sus miradas chocaron, se congeló la sonrisa de cortesía que lucía en los labios y su mirada almendrada se dilató. La mandíbula se le cayó hacia abajo en una inequívoca sensación de sorpresa. Unos largos segundos, no hicieron nada aparte de mirarse. Simplemente se contemplaban el uno al otro con hambre, desesperación, sorpresa, deseo y consternación.

Ella fue la primera en reaccionar, puesto que comprendía que a él le costaría un tiempo poder hacerlo. Alargó la mano y le tocó su mejilla con ternura. Max le atrapó los dedos, incapaz todavía de asimilar el hecho de que su mujer desaparecida seis meses atrás, se encontraba delante de él. No fue

capaz de articular palabra, simplemente, parpadeaba alterado, visiblemente impresionado. Ella esbozó una sonrisa cálida al tiempo que acortaba la distancia entre ellos y se abrazaba sobre su cuerpo.

—Hola, Max. Soy yo.

El sonido de su voz tuvo un pequeño efecto en su marido y dio señales de volver en sí. Levantó las manos y la abrazó, estrechándola contra su torso. Ella, al sentir el calor de su cuerpo, no pudo contenerse más y rompió en un llanto.

—Max, cariño, háblame, no quiero volver a la época del cuaderno, por favor. Una vez me dijiste que la vida era demasiado corta para desperdiciar los momentos buenos y tenías razón. Ya hemos perdido mucho tiempo, ahora nos toca ser felices. Abrázame, por favor, muy fuerte y dime que estás feliz de que haya regresado a casa —le pidió entre sollozos.

La súplica de su voz fue ahogada por los labios de Max que se posaron sobre los suyos, besándola con una mezcla de deseo, necesidad, pasión y añoranza. Fue el beso más completo y tierno que jamás experimentaron. Se separaron riendo y, al momento, volvieron a besarse.

—*Sliczna dziewczyna* —le dijo él en polaco dándole un beso en la frente—. Sabía que volverías, te sentía y muchas veces conectaba contigo.

Levantó hacia él una mirada pletórica empañada por unas más que previsibles lágrimas de felicidad. La voz le salió apenas en un susurro.

—¿Solo chica preciosa? ¿En todo este tiempo no has aprendido nada más?

—Nada más, por ahora. Ven, pasa, tienes que quitarte esa ropa, te vas a resfriar.

Bianca se quitó las zapatillas mojadas y se adentró en la casa donde sintió flaquear ante los olores familiares. De pronto, fue poseída por una cascada de emociones encontradas. Su corazón latía con tanta fuerza que temía que en cualquier momento, estallaría. Necesitaba aire, por lo que se acercó a la puerta corredera que daba al jardín, apartó la cortina y la abrió. Escrutó el horizonte nublado mientras alimentaba sus pulmones con una generosa porción de oxígeno, después bajó la vista hacia el césped bien cuidado y en la multitud de rosas amarillas, sus favoritas, que fueron plantadas en su ausencia. Se dejó caer de rodillas en la hierba y comenzó a llorar ante esa muestra de amor y confianza. Su marido no la había traicionado ni había dejado de esperarla. Ella había dudado de Max a cada rato, no se merecía que la quisiera tanto.

Max acudió enseguida en su ayuda. La levantó del suelo acogiéndola en sus brazos y encaminó sus pasos hacia el dormitorio, al tiempo que le decía palabras tranquilizadoras. Ella se apoyó en su torso y hundió la cabeza en su cuello.

—No merezco que me trates así. —Lloró desconsolada—. He dudado de ti y de nuestro amor. Mientras estuve cautiva he pensado que tú… que tú…

—Tranquila, ya nada de todo eso importa. No tengas prisa en volver a

la normalidad, tómate tu tiempo. Como es comprensible, las preguntas bullen dentro de mi cabeza y la curiosidad hace que me muerda la lengua a cada rato, pero seré paciente, así como tú lo fuiste conmigo. No te agobies ni me cuentes nada ahora. Ya lo harás cuando estés preparada. ¿Vale? —Ella levantó la vista llorosa hacia él y asintió con la cabeza. Max le dedicó uno de sus guiños irresistibles que fue capaz de arrancarle una sonrisa, y prosiguió—: Ahora, te quitaré la ropa mojada y te meteré en la cama. Cuidaré de ti hasta que te encuentres mejor, así como en su día tú cuidaste y confiaste en mí. Duerme un par de horas, o el tiempo que necesites, mañana será otro día, ya verás cómo será un buen día.

No opuso resistencia cuando la ayudó a deshacerse de la ropa y, al deslizarse dentro de las sábanas almidonadas que olían a Max, sintió desfallecer de placer. Su marido se unió a ella y la abrazó con ternura. Permanecieron así un largo rato, sin hacer otra cosa que disfrutar del reencuentro y la paz.

El olor a carne asada le acarició el olfato y Bianca abrió los ojos perezosa. Cayó en la cuenta de que ese día no había comido y se le hizo la boca agua al pensar en un buen solomillo en sangre. A nadie le salía el asado como a Max. Se levantó de la cama y observó pensativa su dormitorio. Acarició con las yemas de los dedos las paredes lisas, pintadas en un renovado tono amarillo, y perfiló la superficie recta de la puerta del armario, debatiéndose sí debería abrirla o no. Sentía miedo ante lo que pudiera descubrir, aun cuando una parte de ella estaba preparada para comprender cualquier decisión que él hubiera tomado en su ausencia.

Un repentino enfado en contra de sí misma se cernió sobre ella y se reprendió por dudar a cada momento de Max. Finalmente, abrió la puerta y se emocionó al ver que toda su ropa estaba perfectamente ordenada, así como la había dejado antes de marcharse de vacaciones. Hacía tanto tiempo que no tenía un guardarropa propio que se abrumó ante la gran cantidad de camisas, vaqueros y vestidos que tenía. Recordó los días que rebuscaba entre todas aquellas prendas y no encontraba nada adecuado para ponerse.

Sonrió sin humor y pensó que el ser humano era infeliz por naturaleza, porque era demasiado feliz en realidad. Al tener más de lo que necesitaba, los sentidos se alteraban y los problemas aparecían de forma irremediable. El ser humano no tenía problemas, el ser humano se inventaba los problemas. Se puso unas mallas cómodas, una sudadera a juego y se recogió el pelo largo en una coleta alta. Se lavó los dientes y la cara y siguió el olor a asado. Acudió a la pequeña terraza donde Max estaba preparando una deliciosa barbacoa.

Con los ánimos renovados pensó que estaba preparada para volver a su vida, aunque antes era necesario hablar con su marido y ofrecerse el uno al otro, todas las respuestas y las explicaciones necesarias. Mientras se acercaba a él, decidió que los esclarecimientos podrían esperar un rato.

—Hmm, esto huele que alimenta. ¿Te puedo echar una mano?

—No. —Rechazó él mientras daba una vuelta a una gruesa loncha de

carne. Acto seguido, verificó el estado de una patata envuelta en papel de aluminio, que volvió a dejar sobre las brasas encendidas—. La cena está casi lista. Si quieres, saca la ensalada y el vino de la nevera y déjalos sobre la mesa. Dormilona, has dormido cinco horas seguidas, son más de las diez, estarás hambrienta.

—Vale. —Accedió cohibida, sintiéndose de repente extraña e incómoda en su propia casa.

Recordó la difícil adaptación de Max después del accidente y comprendió que cada uno tenía sus desplantes y rarezas. Entendió que las personas, una vez arrancadas de su sitio, necesitaban tiempo para volver a replantarse sus raíces. Esos profundos pensamientos a cerca de la adaptación la tuvieron retenida en el mismo sitio un buen rato. Se dio cuenta de que no había ido a por la ensalada y el vino cuando su marido la despertó de sus conjeturas con un beso ardiente.

—Estás ahogada en un mar de dudas y pensamientos extraños. El regreso al mundo real es difícil, pero date tiempo, ¿vale? Vamos, siéntate, que yo me ocuparé de todo. Hoy, mañana y todos los días que hagan falta. Estás aquí conmigo y eso es lo más importante.

Bianca se encaminó aturdida hacia la mesa y se acomodó en una silla, dispuesta a probar la cena. El primer trozo de carne que masticó le supo glorioso. Más animada probó el vino que consiguió revigorarla casi de inmediato. Sin más demora, comenzó a vaciar su alma y le contó a Max todo el infierno vivido en la República Dominicana y sus sospechas relativas a él. Finalizó su discurso mencionándole al señor De Vos y su descubrimiento con relación a Thomas.

Max la escuchó silencioso, poseído de rabia e impotencia. Le contó su propio infierno, asegurándola que había hecho hasta lo imposible para localizarla, pero sin encontrar ni una sola pista sobre ella.

—Para poder permanecer en el país llamé a Hans y le pedí dinero prestado. —Sonrió ante la mirada asombrada de ella—. Es obvio que antes de llamarlo agoté todas las demás posibilidades, pero nadie quiso ayudarme. Recurrí a él desesperado y, contra todo pronóstico, se portó muy bien conmigo y me envió el mismo día la cantidad que necesitaba. Me lo gasté todo sin obtener nada a cambio. Ni una pista, ni una señal, ni una mísera esperanza. Fue como si de pronto hubieras dejado de existir y la tierra te hubiera tragado. A pesar de todo eso, no me he derrumbado, siempre he sabido que estabas viva y muchas veces pensaba en ti y te sentía. —Alargó la mano y le acarició la suya con suavidad—. Siento mucho que hayas tenido que pasar por todo esto. No puedo creer que la mente de Thomas se haya retorcido de esa manera. Es de locos, Mary también era mi amiga y sufrí mucho su perdida. Y en el supuesto de ver en mí a su enemigo, Thomas debería de haber actuado en mi contra, no en la tuya. —Su cara se crispó y su mandíbula crujió bajo la presión y la rabia contenida.

—Ya ha pasado —le calmó con voz tranquilizadora—, al fin y al cabo,

no me trataron tan mal. Todas las penurias vividas y la experiencia en sí me han convertido en una persona que es más consciente de sus carencias y sus virtudes, ¿sabes? Me estoy dando cuenta de lo mucho que aprecio ahora todo lo que tengo. Y referente a Thomas… Me quedé tan contenta de que no fueras tú que no me puse a pensar en ello. Es muy extraño que una persona que conoces, estimas y consideras tu amigo pueda llegar a ese extremo. Bueno, mañana vamos a ver al señor De Vos y la foto que tiene despejará todas las dudas. Ahora cuéntame lo del seguro de vida y el giro de tu situación económica. Te he dejado en paro y te encuentro socio de Hans. Es, como mínimo, desconcertante, y me ha dado bastantes en qué pensar.

El gusanito de la desconfianza volvió a asomar sus patas y Bianca se esforzó en disimularlo delante de él. Max se removió en la silla y acomodó mejor su espalda contra el respaldo y sonrió sin humor.

—Lo del seguro de vida es de risa. El día que contraté las vacaciones, la empleada ofrecía como regalo un seguro de vida, ya sabes las típicas tretas comerciales para engancharte. No aceptaron hacerlo a mi nombre, puesto que me encontraba en tratamiento psiquiátrico y se trataba de un seguro básico para personas jóvenes y completamente sanas, así que para no perderlo lo hizo a tu nombre. Aquel día estaba tan excitado e ilusionado por el viaje que no me acordé siquiera de comentártelo. No volví a pensar en la póliza hasta hace un par de meses, cando me tocó pagar el siguiente trimestre. Me acerqué a la oficina y me enteré que podía reclamar una cantidad sustanciosa de dinero a causa de tu desaparición. No sabes lo sorprendido que me quedé cuando ingresaron en mi cuenta algo menos de doscientos mil libras. —Max agarró la copa de vino y bebió un largo trago. Después, la miró directamente a los ojos y añadió, levantando ligeramente los hombros—: No sé cómo quedará este tema ahora que has aparecido, pero tranquila, aunque haya que devolver ese dinero, nos lo podemos permitir.

—¿Cómo? —Se asombró—. Doscientos mil libras es mucho dinero.

—Cuando regresé de la República Dominicana desperté de golpe del estado letárgico en el que estaba metido. Fue algo así como el estímulo del ser humano ante la cruda necesidad. Comprendí que la vida seguía su curso, ajenas a nuestras desgracias y yo tenía que continuar pagando las facturas, comer, buscarte y devolverle a Hans el dinero prestado. Advertí que mi vuelta al mundo real tendría que hacerse lo antes posible. —Max untó una cantidad generosa de mostaza sobre su trozo de solomillo. Salpicó un poco de pimiento y cortó un pequeño fragmento. Lo introdujo en la boca y prosiguió, una vez lo hubo masticado—: No tuve más remedio que ir a ver a Hans. A pesar de nuestras diferencias, me pidió disculpas aceptando sus errores y me devolvió mi puesto. Acepté pensando que sería temporal, pero pronto comprendí que las cosas habían cambiado desde mi renuncia. En los últimos meses, Hans ha pasado por dos preinfartos y casi no acude al bufete, así que ahora es un placer ir a trabajar. Cuando cobré el dinero del seguro, él se reunió conmigo y me ofreció el cuarenta por ciento de las acciones de Bo&Nex y yo acepté. Así

que ahora soy el respetado socio del bufete y gano cantidades indecentes de dinero cada mes.

—Me alegro mucho por ti —exclamó Bianca sorprendida por el curso de los acontecimientos. Bebió un sorbo de vino y miró a su marido con admiración. Se sentía orgullosa de él. Había conocido el infierno, pero había sacado las fuerzas necesarias para seguir adelante y no derrumbarse. De pronto, una pregunta maliciosa comenzó a rondar por su cabeza ensombreciendo la felicidad recién alcanzada. Preguntó titubeante—: ¿Por qué sigues viviendo aquí? Sé que este barrio no…

Max no dudó ni un segundo en contestarle.

—Porque es nuestra casa, nuestro hogar. Al cobrar el primer sueldo contraté un detective en Santo Domingo para seguir con la búsqueda. Aun cuando la policía lo estaba haciendo quise asegurarme de que no dejarían tu expediente olvidado en el fondo de un cajón. El detective me mantenía informado cada vez que salía una pista nueva. Ahora sabiendo lo que sé, me doy cuenta de que alimentaba mis expectativas para seguir cobrando. Pero no me importa, ha merecido la pena pagarlo por las raciones de esperanza que me regalaba cada tanto. Para no desquiciarme me puse a pensar en lo que te gustaría que encontrases al regresar, así que arreglé todos los desperfectos y planté las rosas del jardín. Cada vez que los demonios y las dudas me envolvían, me tumbaba sobre el césped y pensaba en ti. No se me pasó por la cabeza abandonar nuestro hogar porque sabía que volverías.

Y, tras decir aquellas palabras cargadas de emoción, Max se acercó a ella, le encastró la cara entre sus manos y le dio un beso apasionado en los labios. La tomó en brazos y la llevó al dormitorio donde dieron rienda suelta al amor y a las emociones por mucho tiempo retenidas. Sus cuerpos se encendieron con el íntimo contacto y sus almas se dejaron arropar por un manto de magia y pasión.

—*Kocham cię* —le susurró él con la cabeza hundida entre sus pechos —. ¡Te he echado tanto de menos!

—¡Yo también te amo! —exclamó Bianca, al tiempo que arqueaba su cuerpo y ofrecía a su marido un mejor ángulo para sus encendidos besos.

—No quiero salir de la cama —protestó Max al escuchar el estridente timbre de la alarma a la que silenció pulsando la tecla de rechazo—. ¿Por qué no podemos quedarnos aquí al menos por hoy?

Se incorporó un poco y atrajo el cuerpo desnudo de Bianca en sus brazos. Le dio un beso en la sien mientras sus manos comenzaron a acariciarle la curva del cuello, descendiendo con intención hacia sus senos, deliciosamente receptivos.

—Porque necesitamos cerrar las cuentas con el pasado, Max. El señor De Vos está muy preocupado, tenemos que ir a su casa para ver la foto de mi verdugo. Si resulta que se trata de Thomas, debo ir a la policía, poner una denuncia, declarar y todo el rollo. No me apetece nada revivir toda esta mierda, pero no tengo elección.

—Tienes razón, iremos a ver a De Vos, pero antes, déjame saciarme un poco de ti.

Dicho esto, Max cambió la posición en la que se encontraba y colocó el cuerpo de Bianca bajo el suyo. Aprisionó sus labios en una deliciosa sensación de cautividad y, mientras su lengua se adentraba en su boca, le alzó los brazos por encima de su cabeza. Con mimo y paciencia encendió el deseo en Bianca y cuando notó su cuerpo convulsionarse, exigiendo alivio, la penetró con una imperiosa necesidad. Hundido en ella en cuerpo y alma, le hizo el amor hasta que sus exigencias quedaron aplacadas y sus emociones bajaron en intensidad.

Alrededor del mediodía llegaron a la casa alquilada por De Vos. Bianca hizo las presentaciones pertinentes y los dos hombres se saludaron con cordialidad. Tras invitarlos a pasar al salón principal, el belga les enseñó la información que el detective le había facilitado. Max trató de observar con suma atención, pero no reconoció al hombre atractivo que salía en la foto. Se sintió aliviado al darse cuenta de que no se trataba de Thomas. Advirtió que Bianca se había sentado en una silla, visiblemente afectada. Al parecer sí sabía quién era el hombre de la foto.

—¿Quién es? —le preguntó preocupado al tiempo que le cogía las manos entre las suyas y se sentaba a su lado—. ¿Le has visto alguna vez?

Ella levantó la vista angustiada y asintió con la cabeza, todavía incapaz de hablar.

—¿Sabes su nombre? —Se interesó intrigado el belga.

La voz de Bianca salió apenas un susurro, cuando contestó:

—Se llama Oleg Zaronski, es mi primer novio.

Max se levantó como un resorte de la silla.

—Nunca me contase nada sobre él. Parece un tipo muy fuerte. ¿Le crees capaz de haber hecho algo así?

—Sí, es capaz. —La joven se cubrió la cara con las manos en actitud desolada—. He sospechado mil veces de ti ni una sola de él. Me siento una

estúpida, debería haberme dado cuenta de que no se quedaría de brazos cruzados. Estoy sospechando que ha sido el principio de todo el mal que se abatió hacia nosotros.

Max y De Vos escucharon su lamento, sorprendidos. Ella lanzó un largo suspiro y exclamó desdichada:

—Siempre dijiste que el día del accidente unos faros te cegaron. Sabiendo ahora lo que sé, estoy segura de que él intentó matarte. Al no haberlo conseguido, cambió el foco del enfado hacia mí. Es militar, estuvo mucho tiempo destinado en Afganistán, debe de conocer mil maneras y estrategias.

—Tenemos que ir cuanto antes a la policía —le propuso De Vos—. Si este hombre ha provocado el accidente de Max y ha ordenado tu secuestro, es sumamente peligroso. No podemos perder ni un segundo.

Las siguientes horas pasaron con rapidez. Acudieron a una comisaría de policía y pusieron la denuncia contra Oleg, lo que ocasionó que Bianca tuviese que declarar. Los efectivos de la policía acudieron a la casa de los padres del soldado polaco, pero no consiguieron localizarlo. Según el informe de sus superiores se encontraba en una misión secreta y no quisieron desvelar su paradero. La policía lo puso en busca y captura hasta su aparición.

—No me puedo creer que la policía no haya hecho nada más. ¿Y ahora que va a pasar? —Quiso saber Bianca de camino hacia casa.

—Ya lo has oído, el inspector dijo que nada más poner un pie en Inglaterra, lo detendrán.

—Han ido a la casa de sus padres, ya estará sobre aviso. No sé, me da muy mala espina que todo esto haya quedado en nada. Me siento de nuevo muy impotente, como en los días de mi cautiverio. —Explotó presa de rabia.

—Tranquila. —La calmó Max mientras posaba su mano sobre la suya en actitud consoladora—. Deja a la policía ocuparse de él, ahora necesitas descansar y retomar poco a poco tu vida. Estoy seguro que tarde o temprano, pagará por todo.

—Tienes razón. Lo primero que tengo que hacer es ir a la casa de Thomas para ofrecerle una disculpa. Me imagino lo desconcertado que debe de estar. Cuando De Vos me dio la descripción por teléfono y la encontré tan parecida a la de Thomas, me entró tal histeria que no pude controlar los nervios.

—Thomas lo entenderá. Mañana mismo vamos a hablar con él y, por mi parte, si él quiere estoy dispuesto a que retomemos nuestra amistad.

Bianca se acercó y complacida le dio un beso en la mejilla.

—Me parece perfecto. Debemos ayudar a nuestro amigo. Y ya que hablamos de reconciliaciones, tienes que contarme como fueron tus encuentros con mi familia —le pidió sonriente.

Max aparcó el coche y sacó la llave del contacto. Se giró hacia ella en actitud misteriosa y le tocó con gesto travieso la punta de la nariz.

—Mi familia política me cae genial, que sepas que algunos domingos

he acudido a misa en compañía de tus padres. Fueron unos días especiales en los cuales vuestra comunidad rezó por ti. No entendía nada, como era lógico, pero el espíritu general me contagiaba.

Ella estalló en una repentina risa cristalina.

—Lo siento, pero no me imagino a Max Trent sentado entre cientos de polacos, cantado con devoción nuestras canciones religiosas.

—Pues créetelo. —Se hizo el ofendido, ganándose un abrazo cariñoso por parte de su mujer.

19

Thomas se quedó en el marco de la puerta escrutando con gesto crítico a sus amigos. Bianca le obsequió con una radiante sonrisa, al tiempo que se acercaba a él y estampaba un beso sonoro en la mejilla.

—Hola, Thomas. ¿Podemos pasar? El otro día me dejé aquí el teléfono y Max quiere decirte algo.

El periodista no contestó, pero se echó a un lado dejando paso a los inoportunos invitados. Una vez en el interior ella presentó sus disculpas.

—Siento mucho mi comportamiento del otro día. El hombre que me estaba ayudando a encontrar a mi verdugo me acababa de llamar para darme la descripción del… del… y yo creí que eras tú. —Las mejillas de Bianca se incendiaron bajo la mirada asombrada de Thomas.

—¿Creíste que yo mandé que te secuestraran? —Se dejó caer en una silla, demasiado afectado para poder soportarlo.

Max se aproximó a su amigo y colocó la mano sobre su hombro en actitud consoladora.

—No lo tengas en cuenta, por favor. Piensa en el calvario que ha vivido, seis meses secuestrada. No te ofendas, si te sirve de consuelo, que sepas que el principal sospechoso en su lista he sido yo.

Thomas levantó la mirada y le sonrió por primera vez desde que ocurrió el accidente.

—Yo tampoco estoy libre de culpa, cuando Bianca me preguntó si tú podrías haber sido, no dudé ni un instante en decirle que sí. Lo siento.

—Todos hemos estado distintos últimamente —intervino Bianca—. Hemos pasado por situaciones muy dramáticas. Es hora de juntar las fuerzas y apoyarnos. —Alargó la mano esperando que los hombres se unieran a ella.

El primero que lo hizo fue su marido. Depositó su mano sobre la de ella y esperó expectante la decisión de Thomas. Este los observó un rato en silencio, después dejó su mano caer sobre la de Max. Acto seguido, los tres se dieron un sentido abrazo y el hielo formado entre ellos comenzó a derretirse.

—Antes de retomar nuestra amistad quiero disculparme con Max —le dijo Thomas, algo incómodo—. Cuando sucedió lo de Mary vertí toda la rabia en tu contra. Un día salí desesperado de la habitación de ella y me pasé por la tuya. Llevaba días sin dormir sin comer, en fin, que no pensaba con claridad. Me senté en el sillón sintiéndome poseído por unos pensamientos muy feos y

de alguna manera al verte relajado y tranquilo sentí que te reías de mí. —Sonrió sin humor—. Ya ves que tontería más grande. Quería pegarte para despertarte, pero estabas protegido por tu cómodo coma temporal. Comencé a insultare para aliviarme y mientras lo hacía me entraron ganas de matarte. Y cuando digo ganas de matarte, me refiero al sentido literal de la palabra. —Bajó la vista avergonzado, incapaz de continuar su confesión.

—Déjalo, ya da igual —le calmó Max comprendiendo que sus sospechas resultaron ser ciertas—. Ese día estaba consciente de lo que pasaba a mí alrededor. Sé lo que hiciste.

—¿Lo sabes? —Thomas abrió los ojos sorprendido—. ¿Y aun así quieres retomar nuestra amistad? Eres un suicida, entonces. —Sonrió aliviado.

—Quitarme el tubo de oxígeno fue pasarse. Bastante. Pero los amigos de verdad saben perdonar. Para ti tampoco debió ser fácil olvidar lo de Mary. Y aquí estamos dándonos la mano y una nueva oportunidad, porque necesitamos apoyarnos.

—¿Qué Thomas te quitó el tubo? ¿Cuándo? ¿Cómo? —Se horrorizó Bianca.

—Lo siento mucho, Max. De verdad. Fue un impulso, fue desconectarlo y volver a ponerlo en marcha. Me di cuenta enseguida de mi error. Muchas veces quise contártelo, pero no supe cómo retomar nuestra amistad.

Max posó su mano en su hombro en actitud consoladora. Con ese gesto dejó a entender que las penas pasadas estaban olvidadas. Thomas se abrazó a su cuerpo y se dieron un largo abrazo de reconciliación.

—Eso de que hayas desconectado a mi marido me lo tienes que contar largo y tendido, ¿eh? —le regañó Bianca, una vez que los dos dieron el abrazo por terminado.

Una hora más tarde acudieron a la casa de De Vos para recogerle. Ese día, los cuatro debían de asistir a una misa especial que se celebraba en honor a Bianca, en la iglesia católica de su comunidad. El belga no había localizado todavía a sus enemigos, por lo que alargó su estancia en Mánchester por tiempo indefinido.

A la hora prevista se presentaron en la iglesia y asistieron pacientes a la misa. Cuando esta finalizó, el sacerdote invitó a Bianca delante de los feligreses y le dio su más sincera enhorabuena, felicitándola por no haber perdido la fe en medio del desconocido. Ella se emocionó delante de todos sus seres queridos y repartió sonrisas y agradecimientos a todos los asistentes. Comenzó su discurso en inglés, para ser entendido por todo el mundo.

—Quiero dar las gracias a todo aquel que se preocupó y se apenó por mi desaparición. Mi familia me ha contado que muchos domingos habéis rezado por mí y por mi regreso. Quiero agradecerles todo el apoyo, aun cuando últimamente estuvimos distanciados. A mi marido, Max, por todas sus muestras de cariño hacia mí y mi familia. A mi amigo, Thomas, que siempre ha confiado en que regresaría y, por último, al hombre que compartió una

parte de mi cautiverio y me ayudó a encontrar al hombre que me hizo esto, el señor De Vos.

La sala entera rompió en una ráfaga de aplausos sentidos y finalizaron el encuentro con la entonación de una canción religiosa de agradecimiento divino. Antes de finalizar la misa, Peter, el padre de Bianca tomó la palabra un tanto emocionado.

—Hace año y medio mi hija nos contó a mi mujer y a mi que se había enamorado de un inglés, un hombre que no pertenece a nuestra comunidad ni a nuestra religión. No fui un buen padre, puesto que en vez de hablar con ella y darle una oportunidad al hombre que su corazón eligió, la eché de la casa. De muy malas maneras. La dejé sola. —Posó la mirada arrepentida en Bianca y prosiguió—: Muchas veces hablamos en nuestras quedadas sobre racismo e integración y nos quejamos del modo como algunos nos marginan y apartan. ¿Pero nosotros que hacemos? Más de lo mismo. Por el hecho de ser de aquí los etiquetamos. Sin más. Sin una oportunidad.

Un silencio sepulcral se instaló en la iglesia cuando el señor Borowski hizo una señal con la mano invitando al estrado a su hija y a su yerno. Bianca tomó la mano de Max y caminaron sonrientes hacía su padre mientras que los asistentes rompieron en una avalancha de aplausos.

Peter Borowski le dio a su hija un abrazo colmado de afecto y arrepentimiento. Después le ofreció la mano a Max dándose un enérgico apretón.

—Delante de toda la comunidad quiero pedirle disculpas a mi única hija. Si puedes perdonar a un viejo gruñón y pasado de moda, me harías la persona más feliz del universo.

—Está todo olvidado, papá —se apresuró a tranquilizarlo—. Estoy muy feliz de volver a ser tu hija.

Los ojos del rudo albañil se empañaron al tiempo que volvió a abrazar a su hija. Después puso la atención en Max.

—No solo doy mi bendición a vuestro matrimonio, sino que la doy de todo corazón. Me has dado una lección de vida que necesitaba aprender y delante de toda la gente que me importa, quiero darte las gracias y pedirte disculpas.

Los hombres se dieron un abrazo y después regresaron sonrientes a sus sitios.

Esa noche, Max y Bianca disfrutaron de una íntima cena en la terraza.

—El hecho de que estés aquí, conmigo, me parece todavía un sueño. Recuerdo mucho las alucinaciones que viví mientras estaba en estado de coma y, de alguna manera, temo que lo que estoy viviendo sea un espejismo.

El abogado dejó el tenedor sobre el plato de la ensalada y buscó la mano de su mujer. Se la llevó a los labios y depositó un beso tierno en la muñeca de ella, alterando con su gesto el pulso y el mundo interior de ella.

—Max, esto es real. Estoy aquí contigo y no pienso irme a ninguna parte. Todo el mal que se abatió hacia nosotros se esfumó. Pienso disfrutar de

ti todos los días de mi vida. —Se llevó la mano de su marido a la cara y apoyó su mejilla en ella en gesto cariñoso.

Él aprovechó el acercamiento y, tras acortar la distancia entre ambos, le dio un beso ardiente en los labios. El deseo se desató entre ellos, por lo que Max enredó los dedos en su melena suelta para profundizarlo y dejó escapar un suspiro cuando notó la mano de ella acariciándole su piel desnuda por debajo de la camiseta.

Dieron rienda suelta a su pasión, ajenos al hecho que un hombre los observaba con el ceño fruncido desde una terraza que pertenecía a una casa situada en los alrededores.

FIN

Sobre la autora

Nadia Noor vive en Valencia con su marido y sus dos hijos. Es ingeniera técnica y tiene un máster en Políticas de Integración Ciudadana. Trabaja en el departamento de exportación de una empresa y dedica todos sus ratos libres a escribir, que es su gran pasión. Sus novelas publicadas son: *Míster 7 (2007)*, *Miss 7, Deuda de familia (2018)* y ahora, nos presenta *El principio del mal*, un suspense romántico, que fue ganador del segundo premio de Novela Romántica de LxL Editorial.